



# Cardosanto



Fausto Trujillo

Colección  
Boca del Cielo



UNICACH





# Cardosanto

Fausto Trujillo



UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS  
2014

**Colección  
Boca del Cielo**



**UNICACH**

Joya turística del estado de Chiapas, Boca del Cielo es uno de los nombres más poéticos originados de la sensibilidad colectiva de sus habitantes y el idóneo para una colección de libros destinados a la recreación artística. Los títulos reunidos bajo este sello comprenden el arte y la literatura originados en la entidad o destinados expresamente a ella por autores de diversa procedencia, hermanados todos por su vocación cultural.

Primera edición: 2014

D. R. ©2014. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas  
1ª Avenida Sur Poniente número 1460  
C. P. 29000, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México.  
[www.unicach.mx](http://www.unicach.mx)  
[editorial@unicach.mx](mailto:editorial@unicach.mx)

ISBN

Diseño de la colección: Manuel Cunjamá

Ilustración de portada: Luis Felipe Morgan Vázquez

Impreso en México

# Cardosanto

Fausto Trujillo

**Colección**  
**Boca del Cielo**



UNICACH



## Índice

El brote .....	9
El Follaje.....	41
Las espinas .....	71
La inflorescencia.....	97





## El brote

“... Verás mi cuerpo convertido en cuna, para que el hijo de sueños nazca...” No lo podía creer, pero el verso escrito en la hoja de papel arrancada a su libreta me lo repetía; los demás versos eran igualmente sugestivos, pero era éste el que me seguía llamando la atención. No sabía si lo copió, pues no tenía ninguna explicación marginal, sólo estaban los versos escritos con su letra, inconfundible para mí; la veía casi todos los días. Me tapé la cara con las manos, para cerrar mis ojos. Sentía la extraña sensación que debe sentir un toro de lidia cuando le clavan el rejón de entrada al ruedo, sintiendo el ardor, pero sin verse el morrillo aunque todo el público lo contemple. No saber lo que viene, sólo recordar en jirones, a trompicones y sin orden cómo vine a parar en esta circunstancia, a este lugar...

\*\*\*

La excitación, normal, al comenzar el ciclo escolar invadía mi ser al iniciarme en una nueva escuela, por añadidura, de las más prestigiosas del estado: el Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas. Sin mayores problemas para matricularme, esperaba con ansiedad el día en que las clases comenzaran y por fin, ese día había llegado. Desde las seis de la mañana ya estaba preparándome con ropa limpia, un cafecito con pan, libreta de notas, bolígrafo nuevo, ¡ah!, y un poco de loción, pues en la preparatoria mixta era conveniente perfumarse, a decir de mis exdiscípulos de secundaria.

Subí los peldaños de cemento, fríos y manchados, entre una multitud de muchachas y muchachos más o menos de mi edad. Caminaba como un desconocido sin llamar la atención, aunque imaginara lo contrario, como consecuencia de haber cursado la secundaria en la escuela de otro pueblo. Seguí a la multitud bulliciosa por los pasillos de la planta alta para detenerme frente a un salón, que en la parte superior de la puerta tenía un letrero que rezaba: “Aula Marcos E. Becerra, cuarto año B”. Consulté mi nuevo reloj de pulsera: las siete horas en punto. Tres pasos me situaron dentro del aula para hacer un recorrido visual buscando un asiento vacío, que descubrí en el fondo, como un *burladero*, casi pegado a la grisácea pared, muy lejos de la pizarra del maestro. Tomé asiento; mientras el mentor recorría la lista de asistencia, intenté ir identificando a mis futuros compañeros, pero tan pronto trataba de grabarme un nombre asociándolo a una cara, cuando ya el maestro nombraba a otro. En este desesperado esfuerzo, repentinamente mencionó un nombre conocido; me sorprendí al no escuchar el consabido “presente”, hasta que reaccioné poniéndome de pie para contestar con voz fuerte que intentaba ocultar mi turbación:

—A sus órdenes.

—¿De qué escuela viene usted? — preguntó el maestro.

—De la Prevo de San Cristóbal —contesté lacónicamente.

La cara me ardía; los ojos de mis compañeros me cercaban por doquier y ansiosamente esperaba que el maestro mencionara al siguiente de la lista, para dejar de llamar la atención.

—Puede tomar asiento —me dijo finalmente.

Sentí un gran ardor en las mejillas cuando me pasé una mano por ellas —por fortuna no encontré ensartada ninguna banderilla — y de inmediato busqué afanosamente un buen pretexto para disimular y lo encontré con mi libreta de notas, en la que fingí escribir algo muy importante para no levantar la cara, pero realmente repintaba una y otra vez mi nombre y el de la asignatura que nos impartirían. Entre explicaciones acerca del texto que utilizaríamos, nombre del autor y forma de evaluación, pasaron los cincuenta minutos de clase. El maestro se despidió abandonando el aula y algunos alumnos salieron también del salón para platicar en los pasillos durante los diez minutos de descanso.

Por mi parte continué sentado intentando descubrir un asiento vacío un poco más adelante para poder enajenarme del normal ruido de fondo que se forma en los salones por el cuchicheo, movimiento de muebles, arrastre de los pies u otras actividades; pero todo estaba ocupado y para colmo de males, aparentemente por bloques de compañeros bastante identificados entre sí, lo que haría sumamente difícil mi incursión entre ellos; me pareció conveniente hacerme el propósito de llegar más temprano al día siguiente, para buscar una adecuada ubicación que me permitiera poner el máximo de atención y, de este modo, evitar quedar entre los atrasados.

Quedé observando el entorno: cincuenta o sesenta sillas de paleta, un pizarrón largo ocupando casi toda la pared; ventanas de fierro y vidrio sucias, con persianas rotas que evidenciaban que aparentemente nunca se cerraban para evitar aprisionar el terrible calor; frente a ellas; una cancha arenosa de balompié en la que siempre vería estudiantes yendo y viniendo con paso despreocupado y alegre; del otro lado de la cancha y encerrada en una altísima malla de alambre, una alberca vacía, con tablas diseminadas y agrietadas, vestidores con hierba en las entradas y puertas desvencijadas. En los dos años que permanecí en esta escuela, nunca vi la alberca con agua.

La historia se repitió en la siguiente clase y diez minutos antes de las nueve, todos salíamos de la escuela para tomar el desayuno.

Almorcé de prisa en casa y me dirigí nuevamente hacia la escuela para ser de los primeros en llegar, pero no fue así; medio grupo estaba ya en el salón. Adelante, sin embargo, estaban todavía varias sillas desocupadas, hacia las que me dirigí sin tomar asiento, para tratar de participar en la plática de los compañeros que departían acaloradamente acerca de las asignaturas a estudiar. Con ellos me enteré de que nuestro grupo estaba saturado; que éramos cuarenta y cuatro varones y siete mujeres; curiosamente, ninguna de ellas había llegado todavía.

\*\*\*

Sentado aún sobre una silla de la sala, con las manos tapándome la cara y repitiendo el verso leído, mis pensamientos materializaban los

primeros días de clases, en mi intención de reconstruir la forma y circunstancias en que conocí a Marcos.

\*\*\*

El salón se fue llenando poco a poco y apoyado, aún de pie, en la paleta de una silla, noté que nadie la ocupaba. De pronto el maestro irrumpió en el aula saludando, sin percatarme de inmediato por estar de espalda a la pizarra y comenzó a recorrer la lista de asistencia. Recogí mi libreta con la intención de buscar acomodo en las sillas de atrás, pero todas estaban ocupadas excepto ésta, en la que estaba apoyado; por lo que tímidamente fui resbalando el cuerpo sobre ella para no perturbar la atención de los compañeros de clase. Al pasar mi nombre y contestar “presente” vi de reojo cómo las miradas se concentraban en mí acalentrándome por el sonrojo. La voz del maestro que explicaba lo importante que nos sería en el futuro el aprendizaje de su asignatura y lo destacado del autor del libro de texto, provocó en mis compañeros vecinos una especie de enajenamiento, evidente en la concentrada atención que manifestaban; esto me permitió, siempre de reojo, ubicar mi posición en el aula de clases: estaba en la segunda fila; el maestro hablaba sentado, desde el escritorio colocado sobre una tarima de madera, cuya altura no era mayor de cuarenta centímetros; a mi derecha se sentaban tres compañeros antes de la ventana; a mi izquierda, otras tantas compañeras sumamente atentas a las palabras del profesor; la más cercana a mí, morena clara, bastante delgada e invariablemente con la boca entreabierta para enseñar un postizo diente de oro; la que seguía morena también, con una diminuta nariz semiaguileña, de cabello ensortijado, aparentemente de abundante carne; y, la más lejana a mí, casi en la puerta, morena de facciones agradables, buen porte y cabello lacio y largo.

En la fila de enfrente, exactamente bajo la ventana, una rubia en cuya cabeza el sol matinal jugueteaba apaciblemente entre las áureas ondulaciones de su cabello, su cutis porcelanizado (cerúleo diría yo), cubría una frente amplia y serena, ojos tenuemente maquillados, amplias pestañas, nariz corta levemente respingada, boca de labios delga-

dos y mentón pequeño; a su lado una muchacha de tez blanca, delgada, rostro sensual de labios gruesos y pintados; seguían cuatro muchachos más, todos atentos, cuyas facciones el fin de la clase me impidió examinar con detenimiento. Por ahora. Comenzaban los diez minutos de paréntesis que preparaban la transición a la siguiente; casi todos comenzaron a cuchichear en parejas y los varones de la primera fila, sentados sobre las paletas de las sillas, con las caras hacia el fondo del aula, hablaban en voz alta de política estudiantil; uno de ellos, de cabello moreno enortijado, siempre risueño, algo decía respecto a que debíamos ir pensando en elegir representante de grupo; la muchacha que estaba frente a él, parándose intervino con voz fuerte y de bello timbre que era prematuro hablar de ello, pues las elecciones se efectuarían hasta después de un mes de clases.

—Ya lo sabemos Pash, pero es conveniente pensar en aquellos que incluiremos en las planillas de la Sociedad de Alumnos —dijo el muchacho risueño.

Le pregunté a mi vecino quién era el que hablaba.

—Es Ramón y fue el presidente de la Sociedad de Alumnos en secundaria —respondió.

Al oírme hablar, la flaquita volteó preguntándome a su vez, sobre la escuela de procedencia y otras cosas personales interrumpidas por la entrada del maestro al aula, momento en el que todos se reacomodaron en sus respectivos asientos apagándose poco a poco los ruidos y emergiendo de sus rescoldos la voz del maestro. Recorrió la lista de asistencia, por la cual pude saber que mi vecina se llamaba Amalia y aquella que Ramón, el compañero político, había invocado como Pash, se llamaba de otra manera que no pude identificar entonces.

A las dos de la tarde todo mundo se dirigió nuevamente a los pasillos; la escalera se llenó de pasos y voces, que se diluyeron poco a poco en los ruidos de la calle con el de automóviles y vendedores ambulantes.

Permanecí un momento en la acera observando cómo mis compañeros se confundían con la muchedumbre de estudiantes que caminaban en todas direcciones; cerca pasó la rubia acompañada de su vecina de asiento sin reparar en mi presencia y se dirigió a un diminuto coche color crema estacionado junto a la acera de enfrente; más allá pude distin-

guir a Pash y a la morena de cabello crespo, hablar acaloradamente con cuatro o cinco compañeros que poco a poco se perdieron en la cuadra siguiente

Llegué a casa con proyectos de estudio y un buen contingente de rostros y actitudes por ordenar. Mi hermano, en cuya casa vivía, había regresado de su trabajo y se disponía a comer servido por su esposa que había puesto sobre la mesa un juego de cubiertos adicionales para cuando yo llegara. Después de lavar manos y cara para quitarme la grasa rezumada sobre la epidermis por el calor de la mañana, con un breve saludo acerqué una silla a la mesa para comer y oír a mi hermano platicar cosas de su trabajo, citando familiarmente a compañeros que a mí nada me decían. Tan pronto como concluimos la comida, sin que ninguno de los dos me preguntara sobre mi primer día de clases, se dirigieron a su alcoba a tomar la siesta y yo a la mía a repasar y enlistar los útiles que tendría que adquirir para las clases sucesivas, pero no hubo tiempo de concluir con mi intención, porque la esposa de mi hermano se presentó en la alcoba que me habían asignado para indicarme con una sonrisa de ésas que parece que algunas personas tuvieran a la mano para cuando se requiriera, para indicarme la obligación que tenía de levantar la vajilla que acabábamos de usar «¿hasta cuándo los que me rodean, me verán como adulto?». Al filo de las tres de la tarde, cuando mi hermano se disponía a reanudar su jornada de trabajo, salí acompañado por él a la calle, comentándole mi intención de ver a una persona con quien antes ya había hablado, para vender suscripciones de la revista *Visión*, ocupación que me permitiría, según pensaba, un ingreso adicional para gastos personales y útiles escolares. Cuatro cuadras después nos separamos; él entró a un edificio en donde estaban instaladas las oficinas de su trabajo. Quedé observándolas un instante, para después continuar calle abajo en dirección a la casa del gordo que había conocido una semana antes, mientras arreglaba los trámites de colegiatura. Toqué a la puerta y una muchacha piernuda, cubierta con una bata tropical, floreada y calzada con chanclas de hule me preguntó qué deseaba. Le di mi nombre y le comuniqué mi intención de ponerme a las órdenes de su papá para trabajar como agente de suscripciones. Un poco gestuda me invitó a pasar a una sala modesta; mientras ella avisaba, tuve ne-

cesidad de esperar unos minutos pensando en si había atinado en que la piernuda fuera hija del gordo, cuando éste apareció en el quicio de la puerta saludando afablemente con una mano, al mismo tiempo que intentaba taparse la boca con la otra, como para evitar que los monstruos de la indigestión irrumpieran violentamente entre nosotros. Se dirigió hacia un desvencijado escritorio de donde sacó unos talonarios, algunas revistas y un instructivo acerca del cual intentó orientarme sobre la forma de usarse cuando tratara de sensibilizar a los clientes y convencerlos de las bondades de la revista. Me preguntó si todo estaba claro sin esperar respuesta; entonces sacó una libreta de donde empezó a copiar en una vieja máquina de escribir nombres, direcciones y fecha de vencimiento de las suscripciones que debería renovar según deduje y corroboré, cuando me advirtió de la utilidad de esta lista de clientes a quienes había de renovarles la suscripción antes de su prescripción, sin excluir dentro de mis obligaciones el tener que abrir una cartera de nuevos clientes, con aquellas personas recomendadas por los mismos suscriptores o que por propia iniciativa yo entrevistara, para lo cual me recomendaba el auxilio del directorio telefónico; cuando me explicaba esto, llegó Marcos ya hecho un agente y tras él Paco, que también lo era y a quienes había conocido ahí mismo días antes; me entregó la lista y comenzó a elaborar la de los que serían mis compañeros de trabajo.

Sentado en el mismo sofá en que lo hiciera antes, observaba cómo ellos continuaban rodeando de pie al gordo, cambiando impresiones con él; finalmente cerró la caja de la máquina y ya de pie, nos dio a entender con un gesto, el final de sus indicaciones. Con su sonrisa de vendedor nos acompañó hasta la calle, donde contesté afirmativamente la pregunta de Marcos acerca de si siempre me había inscrito en la escuela:

—Hoy fue mi primer día de clases y por fortuna no tuve problemas para inscribirme en el turno matutino, pues siempre me ha parecido que al vespertino van todos los atrasados —añadí.

—A mí sólo pensar en la escuela me resulta aburrido —intervino Paco con aire de suficiencia—; lo urgente es ganar dinero para salir de este mundo de privaciones en que estoy inmerso casi desde el momento en que nací. Seguiré el ejemplo de mi padre que es un excelente agente de ventas y para lograrlo, trabajaré en la revista el tiempo necesario



para conseguir ingresar en una de esas grandes compañías de medicinas y cuando esto suceda, me verán venir por la calle, con mi flamante portafolios de piel, distintivo de esas compañías.

Aun cuando en su charla ambos se dirigían a mí, yo únicamente los escuchaba o a lo sumo, asentía de vez en cuando con la cabeza, pero eran ellos los únicos que hablaban. Marcos me preguntó si tenía previsto entrevistar a algún cliente:

—Antes que nada tengo que conseguir mis útiles escolares —le dije moviendo negativamente la cabeza—. No quiero quedarme rezagado ante mis compañeros que tienen, según me he percatado, un buen nivel de conocimientos por venir debidamente encarrilados desde la secundaria que estudiaron también en el ICACH, a la inversa de lo que sucede conmigo, que la estudié en otra escuela y por lo mismo, me siento desencanchado y con la obligación de estudiar más desde el inicio para nivelarme cuanto antes.

—Te acompañaremos a comprar tus útiles —dijo Marcos—, pero antes irás con nosotros a entrevistar a un cliente con quien concerté pasar a visitarlo hoy por la tarde.

—Nada mejor —intervino Paco—, porque entre los dos lo trituraremos imbatibles para que se suscriba, entrenamiento improvisado que, le será muy útil a nuestro nuevo compañero.

Media cuadra más adelante, Marcos tocó a una puerta que no tardó en abrirse, tras de la cual supuse que había alguien a quien no veía, ya que mis compañeros de trabajo tapaban el quicio de la entrada, pero alcancé a escuchar a Marcos saludar:

—Buenas tardes don Ernesto. Vine a renovarle su suscripción de *Visión*.

—Cómo no joven; gracias por acordarse de mí —contestó el señor y añadió— ¿Cuánto va a ser?

—Lo mismo de hace seis meses don Ernesto —contestó Marcos.

Me cambié a la acera de enfrente buscando la sombra; el calor de las cuatro de la tarde me estaba haciendo sudar y dejé de oír lo que hablaban, pero vi el momento en que la puerta se cerró y mis amigos voltearon buscándome. Mientras cruzaban la calle, Marcos se metía a la bolsa trasera del pantalón los billetes que seguramente había re-

cibido. Los tres reunidos, seguimos caminando rumbo al centro de la ciudad en donde estaba la papelería en la cual me habían dicho que encontraríamos los libros y útiles escolares. Llegamos sin prisa a una tienda bastante concurrida, donde efectivamente adquirí casi todo lo que necesitaba, con la promesa de la despachadora de tener en existencia la semana siguiente todos los faltantes, pues ya los habían pedido a la Ciudad de México. Salí a la calle con un paquete debajo del brazo y dispuesto a despedirme para ir a la casa a dejar y revisar lo adquirido, cuando Marcos dijo, adivinando mis intenciones:

—No te vayas Coletto. Te invito un raspado en los portales con el dinero de la suscripción de don Ernesto. ¿Qué vas a ir a hacer a tu casa a esta hora? El fresco vespertino no se percibe hasta más tarde.

Mis pasos siguiéndolos hacia el parque eran respuesta sobrada. Mis ojos se quedaron colgados de la copa de una altísima palmera en donde los zanates chillaban y brincaban; no dejé de preguntar para mis adentros, «¿Dónde encontrarían maíz para comer, rodeados de cemento?» Mi imaginación los vio dispersarse sobre los maizales de Tzajalá, como en mi infancia. Mientras mis pies me conducían en busca de placeres ignorados a las refresquerías de los portales, pegadas a uno de los costados de la catedral de San Marcos; las celestes alturas en las que anidaban los zanates, seguían tirando de mi imaginación en un postrer esfuerzo por cobijarme en la seguridad de tiempos que seguramente no volverían. Marcos se adelantó a una mesa cercana a la rockola y nos invitó con un ademán a sentarnos; pidió tres tamarindos con mucho hielo pavoneándose un poco y sin dejar de mirar a lado y lado (yo diría que un poco femeninamente), fue a seleccionar una melodía que no tardó en hacerse escuchar en la voz de una mujer de registro infantil, que repetía incesantemente: “No tengo edad para amarte...”

Conforme la tarde avanzaba, el parque se poblaba más y más, principalmente de gente joven que daba vueltas en los andadores o atestaba las refresquerías en busca de una silla desocupada; nosotros en cambio, sentados, platicábamos de todo. Tuve que describir de la mejor manera posible a mis siete compañeras, ante la insistencia de mis amigos, citándoles apellidos sin saber a quién aplicarlos, pero que ellos identificaban claramente por ser tuxtlecos; así me enteré de que la rubia llamada por

ellos Chiquis, era de una familia de inmigrantes muy poderosos económicamente; que dos más de mis compañeras eran hijas de ferreteros; otro par hijas de profesores; la frondosa morena de cabello crespo, hija de un conocido médico; sin lograr identificar a la séptima por no ser tuxtleca, según ellos. Eran más de las siete de la tarde cuando me despedí; eludí pasar por el parque repleto de paseantes a esta hora, entre los cuales podría estar alguno de mis compañeros de clase con quienes no quería encontrarme, porque siempre me resultaba penoso tener frente a mí a un conocido, sin saber qué decirle; peor aún si en vez de ser compañero era del sexo opuesto.

Ya en casa, encontré a mis parientes en la cocina preparando la cena, crucé algunas palabras con ellos y caminé presuroso hacia mi recámara a desatar el paquete donde traía los útiles que había comprado; los fui revisando cuidadosamente y poniéndoles mi nombre con toda calma y lo más dibujado que me fue posible. Consulté en los horarios que había copiado en la escuela las clases del día siguiente, para leer los respectivos textos que me permitieran no estar en la luna, acerca de lo que los maestros disertaran y tener idea de las respuestas correctas, en caso de ser cuestionado con preguntas de las que estilan los mentores, para mantener el interés de sus oyentes.

Con algunas semanas de permanencia en la ciudad de Tuxtla y habituándome no sin ciertos sacrificios a mi nueva vida de estudiante, casi me sorprendía la fiesta del patrono tuxtleco, cuando se me presentó un problema en casa. Mi hermano tenía obligación, por razón de las labores que desempeñaba, de salir a trabajo de campo, pasándose casi toda la semana fuera. En su ausencia, su esposa casi siempre estaba indispuesta, y por lo mismo en cama. Mis padres le habían enviado una sirvienta para que la ayudara en los quehaceres de la casa, y de este modo, evitar la carga extra que yo suponía, puesto que Juanita se encargaba de mi ropa, comida y obviamente, de la de ellos también; sin embargo, ella bien poco podía hacer cuando mi hermano se ausentaba de la casa porque su esposa, pretextando que no le había dejado dinero, escaseaba los víveres para la alimentación; de cualquier modo Juanita se las ingeniaba con las sobras de la comida para completar desayuno y cena. Aún así, un día la señora me dijo:

—Héctor, tu hermano tiene la intención de comunicarles a tus padres que ya no te podremos albergar más, por lo que te sugiero que comiences a buscar una casa de huéspedes.

Asentí con un movimiento de cabeza y esa misma tarde salí a la calle como era ya costumbre, a pasar en ella las horas de mayor calor platicando con los amigos o compañeros.

Encontré a Marcos en las inmediaciones del parque; ahora sabía que sus cuates le llamaban Caninocha por sus piernas largas (una extraña manía por apocopar los nombres lo convirtió en Cani) y que para entonces, ya había conseguido trabajar en un almacén de maíz. Nos sentamos en la fresquería del parque a escuchar las canciones de moda mientras entreteníamos el sentido del gusto con un coloreado raspado.

En tanto que los Hermanos Silva, acompañados del arpa entonaban “Quisiera ser...” desde la rockola, los dedos de Caninocha se deslizaban silenciosamente sobre la mesa, acompasando la melodía; sus ojos acintunados se movían permanentemente a diestra y siniestra sin que por ello dejara de escuchar. Cuando terminé de explicarle que necesitaba encontrar una casa de huéspedes, me confió que su mamá tenía en su casa un solo abonado y una cama extra desocupada, que fuéramos a hablarle y en caso de convenirme, compartir con ellos la vivienda. Así lo hicimos y no hubo mucho de qué hablar, la mesada estaba al alcance de mi presupuesto; la mamá de Caninocha era muy amable y la mar de alegre (con el tiempo me habitué a generalizar estas cualidades en quien las encontrara, llamándolas simplemente, muy tuxtlecas). De modo que sin preguntarle a mi hermano nada del asunto pasado, le comuniqué mi decisión de pasarme a vivir en pocos días, a una casa más cercana a la escuela; conservé por siempre la duda de si habría sido realmente él quien pretendía echarme de su casa o más bien, su esposa.

Regresamos al parque a gastar los minutos que todavía nos quedaban antes del descanso y acompañados de Paco, dimos algunas vueltas a la rotonda.

Al pasar en una de tantas vueltas frente a Palacio de Gobierno, nos encontramos con un grupito de muchachas a cual más bellas, entre las que venía Pash flotando sobre una nube amarilla de chifón levemente acampanada que hacía contrapuntos de equilibrio papilonáceo en sus

vaivenes, con la levedad de unas mangas abullonadas, que más que cubrir sus hombros remataban su escote, del cual emergían como de un capullo, cara y cuello trigueños, regia y orgullosamente levantados

No bien había reparado en ello, cuando me sentí violentamente disparado hacia ella; como era imposible detener la embestida, apenas si pude variar mi trayectoria para no arrollarla. Por algunos instantes permanecí malparado, confuso y humillado, sin saber qué actitud tomar al oír a mis espaldas, las carcajadas de mis amigos. Pash quedó momentáneamente parada para evitar el empujón, me obsequió con un pedacito del cielo de su sonrisa para reconfortarme y continuó su paseo. Caní, que había sido quien me empujara, me decía sin contener la risa:

—Debieras de haberla acompañado.

El estaba enterado, por mis propias palabras, que era mi compañera de escuela y sospecho, que no la veía con malos ojos, a juzgar por la frecuencia con que me preguntaba por ella. No pude reprimir mis recuerdos, que traían las primeras imágenes de Pash.

\*\*\*

El sol no salía franco aún, pero la claridad de la alborada plateaba las fachadas de las casas y las pavimentadas calles por donde transitaba a paso rápido, para poder ganar el lugar que ocupara en la media mañana de ayer. El parque central estaba vacío y varios operarios lo barrían sirviéndose de escobas improvisadas con hojas de palma. Algunas mujeres entraban a la catedral de San Marcos y las refresquerías, bulliciosas un día antes, estaban ahora cerradas con tapas de madera que la víspera no vi por ningún lado.

Dos calles más adelante, por donde el sol hacía su aparición y cuyos destellos apenas si me dejaban ver las verdosas paredes de la escuela, iban convergiendo muchachos y muchachas de mi edad con destino similar al mío. Caminé de prisa hacia las escaleras repletas de estudiantes. Subí pegado al pasamanos de cemento verdoso como la fachada de la escuela y ya en los pasillos de la planta alta, me acerqué rápidamente al aula del cuarto B en la que, satisfactoriamente, aún estaban desocupados los asientos que mis compañeros y yo habíamos ocupado en la ma-

ñana de ayer. Acomodé mis útiles debajo del asiento, en una repisa que para tal efecto tenían las sillas. Estaba dispuesto a sentarme, todavía en cuclillas, cuando la vi entrar sonriente y fresca con el cabello todavía mojado y los labios color sangre moviéndose en constante charla con su compañera. Entró con paso firme y diciendo “buenos días”, se sentó junto a mí sin verme y continuó conversando con la morena de cabello ensortijado que estaba a su lado. No me atrevía a verla, pero sentía una agradable fragancia dispersarse de su presencia inquieta, cuando se movía en su constante charla; si casualmente, giraba el torso para hablar con alguien de atrás, los holanes de la manga de su vestido me acariciaban el brazo, que yo trataba de retirar cohibidamente. Cuando el maestro finalmente llegó, la mirada de Pash navegaba infatigablemente en el torrente de palabras del mentor, a quien pedía aclaraciones sobre el tema tratado, o cuestionaba sobre lo mismo. En correspondencia táctica, el maestro se dirigía a ella casi invariablemente.

—Explíquenos Pash, ¿en qué consiste esto?

Ella contestaba con aplomo y conocimiento. Por mi parte, al mismo tiempo que atendía las explicaciones, leía el texto; bajo el temor de hacer el ridículo, en el supuesto caso de que al preguntar el maestro, encontrara a Pash ocupada tomando notas y se viera obligado a dirigirse a mí, pero nada pasó; cuando el maestro no podía preguntar a Pash, cuestionaba a Ramón que estaba en la fila de enfrente.

Paulatinamente fui conociendo a mis compañeros y ganando espacio en su estimación, básicamente, porque en las clases estaba ya entre los más aplicados. En el afecto de los varones, fui ganando terreno poco a poco con Ciro, un muchacho lúcido e inquieto intelectualmente que continuamente me invitaba a jugar ajedrez y a quien le agradaba oírme hablar de mis lecturas literarias, bastante frecuentes en la biblioteca de la escuela; a través de él fui estrechando mi camaradería con Amalia, la flaquita que me dirigió la palabra en el primer día de clases; con Marsella, en quien no reparé, hasta algún tiempo después del inicio de clases; siempre estaba al día en todas las materias y a veces, cotejaba sus tareas con las mías; sus pecas sonrientes y su amena charla ponía a cualquiera de buen humor; todos le reconocían la aureola de tener por padre a un intelectual, excombatiente de la revolución española y ahora, catedrático

tico de la escuela donde nosotros estudiábamos; lo que de algún modo la segregaba de los demás, era su profesión religiosa que no se esforzaba en ocultar, platicando cada principio de semana su asistencia al culto presbiteriano, en el que dejaba de manifiesto su anticlericalismo en cuanto oportunidad tenía ante un auditorio mayoritariamente católico; parecía que el único que compartía su culto era Juan Augusto, destacado también en las clases por su disciplina en el estudio e inquietud intelectual en problemas matemáticos o religiosos, con quien también en poco tiempo estreché los lazos de la amistad. Entre mis compañeros de la media para abajo, también hice amistades como la de Fonchis, improvisado pero solícito maestro de billar; y Sergio, un buen muchacho un tanto solitario que me observaba sin darme cuenta, cuando sentado detrás de alguna de nuestras compañeras le declamaba al oído algún verso de los que había memorizado; esto lo hizo considerarme poeta en vez de declamador, por lo que se procuró mi amistad para tener quién juzgara los poemas que él escribía; francamente me parecían bastante ingenuos y primitivos, aunque no dejaban de distraerme...

Para esta fecha en mi grupo se habían formado tres equipos más o menos definidos. Comandado por Pash y Malena el primero, a quienes seguían como abejas a la miel por todos partes, varios muchachos de nuestro grupo y aún de otros. El segundo lo jefaturaban Marsella, Amalia y otra muchacha muy callada de nombre autóctono que a mí me sonaba como Nukú, en el que nos agregábamos tres o cuatro varones más. El tercero, con Chiquis y Susana, que eran seguidas por aquellos que se consideraban, aunque no lo fueran, de la más alta burguesía. Pasaba casi todos los descansos, entre clase y clase, con el grupo de Marsella; ella se sentaba en la primera fila y yo la seguía, casi invariablemente, en la segunda para tener la comodidad de poder hablarle al oído, sin sentir la obligación de moverme de mi lugar.

Al día posterior al incidente en el parque, llegué temprano a la escuela sin que nada sobresaliente sucediera; tan pronto como la clase de las ocho terminó, salí presuroso del salón para eludir aparecer en el objetivo de la mirada de Pash, pues me sentía aún bastante apenado. Desayuné de prisa y regresé a la escuela para poder dar un último repaso a la clase de filosofía, pues daba como seguro que el maestro me haría

preguntas, como sucedía muy a menudo en esta clase. Cuando llegué, el salón estaba casi desierto y pude acomodarme a mi antojo en una silla para estudiar la lección anterior y tratar de darle una ojeada a la que seguía. Leía un párrafo y cerraba los ojos para digerirlo, oyendo como en un eco lejano que mi cerebro no registraba, cómo mis compañeros iban llenando el salón y, afortunadamente, estaba por terminar de repetir la lección que tocaría esta mañana, cuando percibí el deslizarse de un vestido a mi izquierda y aun antes de que levantara la vista para satisfacer mi curiosidad, oí que me decían casi en el oído con voz clara:

—¿Por qué ni siquiera me saludas?

Era Pash refiriéndose posiblemente al incidente de ayer. La quedé viendo con la cara ardiéndome, sin encontrar nada qué contestarle. El maestro, que ya había llegado, comenzó a recorrer la lista y continuamos en silencio.

Tal y como lo había intuido, el profesor me pidió hacer un resumen de la clase anterior. Creo haberlo logrado tal vez demasiado sintéticamente, puesto que el maestro me sugirió que hiciera algunos comentarios acerca de lo que había entendido; oportunidad que aproveché para lanzarme decidido en las grietas del imperativo categórico y extraviarme en el imperio de las categorías éticas. Sin proponérmelo había ganado la admiración de mis condiscípulos y obligado al maestro a repetir el tema para intentar encender la antorcha de Kant, ahora extraviada y apagada en los más grandes abismos por mi ligereza. Cuando la clase terminó, permanecí sentado pretextando tomar algunas notas, pero realmente esperando a que se levantaran las compañeras sentadas a mi izquierda para, a mi vez, salir a reunirme con Marsella que ya estaba apoyada en el barandal de los pasillos, hablando con alguien del piso de abajo. Todos se movieron menos Pash. Intenté salir por el lado derecho cuando ella me detuvo:

—¿Qué? ¿Tan mal te caigo?

No contesté de inmediato. Pensaba en que realmente me caía muy gorda con su insolencia preguntándome cosas, mientras yo temblaba como un pañuelo al aire sólo de tenerla cerca. Tan dueña de sí misma; tan solicitada; tan buena estudiante; siempre rodeada de muchachos de uno y otro sexo que hacían una valla infranqueable, para cualquiera que tuviera mi grado de timidez, porque tenía que aceptar que envidaba a



los que eran sus amigos que, por lo mismo, me resultaban chocantes y engréidos. Finalmente contesté:

—¿Cómo crees? Lo que pasa es que soy tan distraído que cuando me percato de la presencia de algún conocido pasando cerca de mí, ya es tarde para saludarlo. Por ejemplo anoche; me sentí tan aturdido cuando mis amigos me empujaron sobre ti, que no supe qué hacer; tuve que ir inmediatamente a casa para que se me pasara lo apenado.

—Yo te admiro mucho —dijo Pash—; eres buen estudiante, serio y centrado; no como este montón de relajados con los que tenemos que convivir diariamente.

—Yo pensé que ellos eran el tipo de gente que te agradaba —contesté interrumpiéndola—; siempre estás rodeada de ellos.

—Me divierten, pero yo desearía compartir mi amistad con otra clase de amigos y, de no haberlos, tengo que convivir con quienes se pueda para no vivir aislada como monja —después de una breve pausa agregó con el rostro más animado—. Te invito a mi casa en la tarde, estudiaremos un poco y platicaremos. ¿Quieres?

Quise decirle que lo haría de mil amores, pero las palabras se rebelaron y sólo puse pretextos.

—Soy lo suficientemente aburrido como para provocarte sueño y no estoy seguro de que a tus padres les guste mi presencia. Ni siquiera sé dónde vives.

—No seas engréido. Préstame tu cuaderno para apuntarte mi dirección y de mis papás no te preocupes; a cambio de que no ande en la calle, me permiten que reciba a todo mundo en mi casa sin que intervengan para nada. Ve después de comer —me dijo, cuando ya el maestro de la siguiente materia se acomodaba en su escritorio, los compañeros en sus respectivas sillas y Pash anotaba en mi libreta:

Pash...

2ª. Sur núm. 31, casi 3ª Pte.

—Te espero después de las cuatro de la tarde, o ve a la hora que quieras pues no saldré a parte alguna —añadió a media voz.

Las clases transcurrieron normalmente hasta la hora de la salida. Todos se fueron retirando del aula mientras yo demoraba ordenando algunas notas hasta que Marsella, que estaba en la fila de enfrente, me dijo

—¿Te vas a quedar?

Cerré el cuaderno, recogí algunos libros que tenía en la repisa inferior de la silla y la seguí, observando que nuestra aula quedaba ya vacía. Caminamos sin prisa, viendo en el patio de la primera planta cómo se mezclaban los que descendían las escaleras con los que salían de los salones de abajo. Bajamos las escaleras de cemento; Marsella dos gradas delante de mí, meciendo la cadera que hundía su cuerpo en el espacio del descenso. Quedé viendo cómo sus zapatillas negras golpeaban con seguridad el piso, manteniendo rígidas sus blancas pantorrillas semipecosas. En el descanso, donde la escalera da vuelta, me esperó volteando la cabeza y diciendo risueña:

—Estabas muy entusiasmado con Pash. Qué se me hace que dentro de poco pasarás a formar parte de su corte.

—Platicábamos, sí; pero tú sabes que no soy el tipo de gente que la divierte. Ella los prefiere mundanos y enciclopédicos de la frivolidad; yo no tengo cualidades ni interés en compartir tan delicados pasatiempos —le contesté ampulosamente, terminando de bajar las escaleras. Desde ahí Marsella dirigió la mirada a la salida y volteando nuevamente a verme se despidió:

—Nos vemos mañana, mi mamá ya está esperándome.

Emprendió una carrerita hacia la salida, haciendo ademanes a su mamá que, al volante de su Gordini, la esperaba estacionada junto a la acera de enfrente. En el asiento trasero iba su hermanita; rubia, gordita, ojos azules y cabello crespo, con la cara pegada al cristal.

A las cuatro de la tarde aún continuaba una leve llovizna, saldo de vibración postrera del aguacero que se había desatado a las dos de la tarde, como las campanas que siguen sonando en ráfagas sonoras cada vez más débiles, después de haber sido tañidas, hasta extinguirse en el silencio. Me asomaba una y otra vez a la puerta de la calle con interés por salir y nuevamente regresaba, al ver las calles anegadas. Finalmente, a las cuatro y media de la tarde, guareciéndome bajo los aleros y pasando a veces de perfil en las estrechas banquetas, me dirigí por la segunda sur, hacia la tercera poniente. Pegado a la pared quedé viendo de perfil el número 31 sobre el ángulo superior derecho del quicio de una puerta de madera empotrada sobre una pequeña grada que atestiguó las ve-

ces que intenté tocar subido a ella y las otras tantas que retiré el puño entre duda, temor y timidez. Intenté varias veces bajar de la grada y continuar mi camino rumbo al parque, pero mi cobardía me sublevaba; hasta que temiendo que la puerta se abriera sin haber llamado y me sorprendieran parado allí, sin poder explicar por qué no tocaba, mi puño se estrelló en la puerta con golpes, tan a duras penas refrenados para hacerlos discretos, que me hicieron sudar de axilas y palmas de las manos. Pocos segundos después, Pash abría la puerta. Sin darme cuenta, después de haber tocado, como espantado de mi atrevimiento, bajé de la grada para quedar plantado a la mitad de la acera, desde la que ahora veía a Pash parada en el hueco que dejara la puerta abierta, invitándome a pasar con su voz firme y sonrisa condescendiente. La miré varios centímetros arriba de mí puesto que, como antes dije, la puerta estaba en un altillo. Subí la grada y ella dio media vuelta para que la siguiera. Vestía una blusa que más bien creo debiera ser camisa femenina con los faldones al aire cubriendo la cintura y una falda roja de drapeados anchos. Caminaba asentando los pies, pero haciendo con la planta de ellos una circunvolución que daba la impresión de que giraban, porque no separaba los pies del piso, en tanto no los hubiera tocado finalmente con la punta de los dedos. Volvía a verle ahora, de cerca, las venas del envés de las rodillas; azules, cruzándose, para subir y perderse bajo su falda, como tantas veces vi en la escuela cuando, con pretexto de indagar si no tenía retardos, se agachaba sobre el escritorio del maestro para examinar la lista de asistencia. Terminamos de atravesar la pequeña sala amueblada con tres modestos sillones de color rojo; un piano en un rincón y varias fotografías colgadas a la pared. Llegamos a un corredor que desembocaba, por la derecha, a un patio cementado y al fondo, hacia un par de habitaciones.

Me ofreció una silla y ella arrastró otra para sentarse cerca de mí. El aplomo de ella durante todo el tiempo que permanecí en su casa, contrastaba con mi inseguridad; a ratos me provocaba nuevamente sudores y otras veces, rubores incontenibles. En todo tiempo sentí flotar en la silla, por más que intentaba a cada rato acomodarme bien en ella. Nunca pude hilar una frase lúcida, o tan siquiera, afortunada. Muchas veces desatendía la charla de ella, para hipnotizarme en el timbre de su

voz y en la danza permanente de su sonrisa. Cuando después de una hora o más, empezaba a buscar un pretexto para despedirme, ella sugirió que cotejáramos nuestras notas de sicología, pues le había faltado tomar algunas definiciones. Leyó lo que tenía escrito, pidiéndome que le dictara lo que no había anotado. Esta actividad me pareció un poco relajante, después de la tensión en la que me había sentido hasta ahora, cuando tocaron la puerta. Dejó sus notas sobre la mesita en donde estaba escribiendo y con un movimiento semicircular, echando la cabeza hacia atrás para acomodarse el cabello que le caía cual velo islámico sobre la cara, se dirigió a la puerta hasta donde la seguí con la mirada, obsesionado en descifrar la ejecución de esa rotación de la planta de los pies, aparentemente estudiada para tensar las venillas de las corvas, cada vez que adelantaba una pierna. No vi quién era el que tocaba, cuando ella abrió la puerta de la calle, pero escuché que dijo:

—Pasa.

Sergio, el poeta, sorprendido un poco al verme sentado en el corredor, se puso colorado. Mientras él se acercaba, me paré cuando Pash acercaba una silla más.

—Vine sólo a que me prestes tus apuntes de sicología, Pash.

—Te los puedes llevar si quieres —dijo Pash, cerrando su libreta para ofrecérsela—. Ya los tengo completos y me los puedes devolver mañana en la escuela.

—Yo me retiro —dije—; es tarde y aún tengo que estudiar.

Sin esperar respuesta, me dirigí hacia la salida. Pash, rebasándome en el camino, se adelantó para abrir la puerta.

Tuve que hacerme delgadito para pasar en el estrecho hueco despejado entre ella y la puerta abierta. Su cabello, cual hisopo, me roció la mejilla y desde la grada le agradecí emocionado su compañía.

—Esta es tu casa; ven cuantas veces quieras. Casi nunca salgo entre semana. Adiós —me dijo cálidamente y cerró la puerta.

Me fui aspirando fuertemente la humedad de las calles ya en penumbra, cuando Sergio me alcanzó presuroso.

—No sabía que llegaras a la casa de Pash —me dijo agitado todavía.

—Es la primera vez que vengo —le dije—, a ti te consta que no somos muy buenos amigos.

—Yo llego con frecuencia; es más, no te había confesado que los poemas que escribo están inspirados en ella. Tiene algún tiempo que pretendo hacerla mi novia, pero ella no está muy segura de aceptarme, porque tiene novio en la Ciudad de México, con quien dicen que prometió casarse cuando termine la carrera —me fue confesando con la cabeza gacha.

Lo acompañé hasta su cuarto, en donde leí dos sonetos que había escrito en los últimos días, dándole mi opinión benevolente de lo que me parecían. Me platicó un rato más acerca de su pretendido amor con Pash, aclarándome con tristeza que esa relación se había enfriado últimamente, por lo que solicitaba mi colaboración pues, según él, era claro que Pash tenía en gran estima cualquier opinión que yo externara. Le prometí sinceramente hacer lo que estuviera en mi mano para ayudarlo y me despedí; pero no fui directamente a mi casa, sino que pasé al parque para hacer tiempo, ya que no podría concentrarme en el estudio, ni mucho menos dormir. Pasé a curiosear los carteles de las películas que se exhibían en el cine Alameda y atravesé el parque viendo desde lejos cómo la luna iluminaba la catedral, que parecía una mujer decapitada, enseñando la desnudez de un solitario seno de plata, hinchado, esparciendo vías lácteas en el cielo.

Me disponía a cruzar la avenida para asomarme a las refresquerías, cuando escuché un característico silbido; era Cani acompañado de otros amigos circundando una de las bancas metálicas del jardín. Me acerqué a ellos para distraerme con sus bromas e inalterable buen humor. Después de un buen rato, mi inestabilidad emocional se ponía de manifiesto: me paraba, intentaba sentarme, daba dos o tres pasos; estaba inquieto y quería irme. Caninocha había notado mi deseo e insinuado con un gesto que lo esperara para irnos juntos. Con algunos minutos más de chascarrillos y carcajadas partimos a casa bastante tarde, las diez quizá. Cani se fue directo a la cocina a calentar la cena, mientras yo intentaba repasar una de mis materias, pero mi mente mariposeaba de tal modo que hasta a las torres de catedral les veía venas azules desaparecer bajo las nubes rojas de la tarde del día que había transcurrido, cuando un silbido procedente de la cocina me avisó que el alimento estaba listo. Entre bocado y bocado, Cani me platicaba que se había

hecho novio de la hija de su jefe, por lo que ahora se la pasaba casi todas las tardes con ella. A propósito, me sugería que buscara también una chamaca para tener con quién entretenerme; como si esto le hubiera abierto alguna grieta en su memoria, me preguntó por Pash intentando que se la describiera detalladamente, cosa que nunca logré, pues la verdad era que aún viéndola seguido nunca había ponderado adecuadamente sus cualidades o defectos físicos. No se lo dije, pero yo sabía que teniéndola cerca, una especie de aura me impedía verla y de hecho, nunca me había interesado en ello; lo único que tenía grabado era su voz firme, segura, tersa y musical; y su sonrisa, que se deslizaba por su cara como las cataratas de Las Delicias en mi pueblo; como un velo líquido, tranquilo, alegre, fresco y danzarín. Ahora que Cani me obligaba a recordar detalles, me doy cuenta de que aun cuando estoy seguro que en los pasillos de la escuela, con los ojos cerrados, puedo distinguir el momento en que ella pasa cerca, lo cierto es que no sé si tiene un aroma personal o usa alguna loción especial (mañana intentaré identificar el olor que con toda seguridad la debe de caracterizar ... algún jabón quizá ... quién sabe).

Me fui a acostar para intentar dormir, pero las preguntas que Cani me formulara y que por sinceridad no supe contestar, seguían estando ahí, como un enjambre sobre mi cabeza, dándole vueltas en una y otra dirección.

—¿Es muy guapa, verdad?

—No sé.

—Cómo no vas a saber... ¿No le has visto la cadera, las piernas, el busto?

—No; no me he fijado en ello...

Yo era sincero cuando le contestaba porque, sin presumir de casto aunque Cani no lo creyera, era verdad que yo no me había fijado en nada de lo que él me inquiría. Lo único que podía describir, pero no me lo preguntó y además, no estoy seguro que sea una característica de las mujeres guapas, eran sus venas apretujadas en la piel del envés de sus rodillas, sus sinuosidades azules ascendiendo hasta esconderse bajo su falda.

Después de esta primera incursión en su casa, mis visitas se fueron haciendo cada vez más frecuentes, en las que estudiábamos un rato, intercambiábamos notas y charlábamos de todo. Una tarde conocí a sus padres; asomaron por el corredor y Pash les dio tan pocos datos de mi persona, que me hicieron suponer que ya tenían antecedentes míos; la señora, delgada, morena, en apariencia, envejecida prematuramente; el señor, moreno también, un poco hosco. Ambos permanecieron un corto tiempo con nosotros en el corredor, platicándonos cosas intrascendentes y, desaparecieron como llegaron. Posteriormente los seguí viendo de la misma manera, platicando poco con nosotros; me daba la impresión de que no eran muy amables conmigo, pero tampoco descortes; me trataban respetuosamente y yo a ellos; no hacían bromas a mis costillas, como es frecuente en los adultos cuando tienen que convivir con muchachos, actitud que les agradecía porque cuando me bromean, me ruborizo incontroladamente; a Pash la trataban más bien respetuosa que cariñosamente, lo que me animaba a seguirla visitando a sabiendas de que, mientras no advirtiera en Pash expresión alguna de disgusto, nada tenía qué temer por parte de sus padres.

Un día le pregunté del supuesto novio que la gente comentaba que estudiaba en la Ciudad de México, con el objeto de cumplir mi promesa hecha a Sergio y ella me explicó, que si bien nunca habían terminado formalmente, ya no mantenía comunicación alguna con él. Ya en el terreno de las confidencias, ella me confesó que, cada vez que me sorprendía en clases, murmurándole poemas en el oído a Marsella, sentía deseo de salir del salón. Aun hoy, al escribir estas líneas, cierro los ojos como entonces, para intentar ingresar en ese corazón que fue capaz de diluirme en un ser astral, sin consistencia física, convertido en un fluido de ternura que había quedado en el lugar en que estuviera sentado, como una mancha azucarada en el piso. Si bien es cierto que yo era un año mayor que Pash, nunca pude negar que para entonces, ella tenía ya plena conciencia de ser mujer; yo en cambio, no era más que un niño grandote que el frío de mi origen había preservado del precoz desarrollo de los muchachos madurados mágicamente, en el reverbero tropical. Quedé un buen rato mudo, esperando que mi alma retomara su vestimenta terrenal; pensé en ese momento que la confesión de Pash,

transparentaba su orgullo herido, acostumbrada como estaba, a ser el centro gravitacional del sistema estudiantil; aunque deseaba más bien creer que era una declaración de amor y ello, me llenaba nuevamente de ternura tal, que el alma volvía a escapárseme de los poros. Me despedí temprano y me fui febril a encerrar en mi cuarto en donde, para calmar mi excitación, intenté escribir un acróstico con su nombre.

A la mañana siguiente, aprovechando la hora libre en que uno de los maestros no se presentó, le entregué el acróstico. Me lo agradeció discretamente y me dio una noticia que ensombreció lo que el día anterior había parecido una alborada: la sociedad de alumnos la había elegido como candidata a reina de la escuela. Ella escudriñó mi rostro, en donde con toda seguridad sólo encontró el mundo de sombras que mi imaginación formaba, porque inmediatamente, por cortesía aclaró:

—Puedo no aceptar, si tú me lo pides.

Yo no contesté; sabía que ninguna muchacha normal declinaría una invitación como ésta y Pash, era absolutamente normal. Aquello implicaba la realización de un sueño acariciado tiernamente por todas las preparatorias. Me quedé esperando unos minutos y al ver que yo no habría la boca se despidió, aclarándome que en ese momento tenía una junta con su futuro comité electoral.

Quedé sentado en la banca de cemento, incrustada en el piso de los corredores de la dirección con vista a la calle, donde estudiantes de secundaria y preparatoria deambulaban inciertamente; algunos jugaban “volados” con el nevero; ya había observado e incluso, participado pasivamente en estos “volados”; si alguien quería invitar una nieve, pero sólo tenía dinero para la suya, jugaba el “volado”. Si ganaba, tenía nieve para él y su invitado por el precio de una; de lo contrario, riéndose ambos, se retiraban del carrito nevero tan felices como si hubieran ganado.

Me paré de la fría banca y fui caminando con lentitud hacia las gradas que me conducirían al salón de clases. Mientras subía cogido al pasamanos, me repetía que lo mío no era mezquindad; ¡no!; jamás me atrevería a quitarle el pastel de la boca; pero su candidatura implicaba una serie de actos sociales que la mantendrían lejos de mí.

Más tarde desgraciadamente, tuve que comprobar que mis temores no eran infundados; apenas durante las clases, podíamos cruzar algu-



nas palabras. En los inicios, me hacía uno que otro comentario acerca de las vicisitudes de su campaña: ejercicios para caminar regimiento, sesiones de estudios fotográficos, promociones para ganar la simpatía de los compañeros. Poco a poco fue omitiendo estos comentarios al notar mi desinterés por este tipo de actos, hasta que ya cerca de las elecciones casi dejamos de hablarnos. A cambio de ello fui fortaleciendo mi amistad con el grupo de Marsella, con quienes de vez en cuando íbamos a las refresquerías del parque a charlar, oír música y comentar acerca de los temas de las clases. Me sentía a gusto con ellos, sin tensiones, con un afecto limpio, sin dobleces, aceptando nuestra juventud, aprovechando nuestras virtudes y minimizando nuestros defectos; frecuentemente hablábamos de religión en un nivel bastante irreverente, que nos permitía sentirnos superiores a la enorme cantidad de fanáticos de los que estaba cuajada la escuela, desde catedráticos hasta alumnos. Cuestionábamos la injusticia social de nuestro país a la sombra de la Revolución Cubana recientemente conquistada y que para nosotros, representaba el prototipo del ejercicio político a favor de las grandes muchedumbres de desposeídos. Esto me recordaba alguna plática acerca del tema religioso que alguna vez sostuviera con Pash y que lograba apenarme por mi involuntaria falta de honestidad, ya que a sabiendas de que ella era un poco mocha, adoptaba sin proponérmelo, una actitud mística en la cual ahora estaba seguro de no creer. Nuestro punto de vista acerca de la cuestión social impregnaba las demás actividades humanas; así comentábamos desdeñosamente la compasión, derivada de un complejo pequeñoburgués.

Llegó el momento de las elecciones, a las que los que participábamos en el grupo de Marsella no asistimos; pero pronto nos enteramos del arrollador triunfo de Pash que, a partir de ese momento, dejó de asistir a clases para preparar su coronación que se llevó a efecto ese mismo fin de semana y a la cual tampoco asistimos, aun cuando en el salón nos enteramos también del lugar, hora y grupo musical que amenizaría el baile. Lo único que vi de esos actos fueron dos fotografías en las que la veía, francamente muy linda; aunque sin su habitual sonrisa.

Comenzó otra semana de clases y desde la mañana, todo mundo hablaba del fastuoso baile del estudiante y la coronación de su reina, que

con todo esplendor se había llevado a efecto el sábado de la semana que acababa de finalizar y en el cual no habría cabido un solo alfiler. Uno que otro me preguntó la causa de que no hubiera asistido, a quienes invariablemente contestaba con evasivas, inventando un supuesto viaje. Pash llegó a clases bastante tarde, con restos de maquillaje en la cara, un peinado sobrio, con caireles en las sienes bastante ajados, inusual en ella y algo pálida. Estando ya ocupadas las sillas de las primeras filas tuvo que ir atrás, para sentarse. Marsella platicaba conmigo entre clase y clase y ya para la última, cambié de asiento con Ciro que estaba en la primera fila junto a Marsella, para ser el primero en abandonar el aula y evitar encontrarme con Pash.

Al día siguiente, me ubiqué entre Marsella y Amalia para sentirme protegido en los intermedios y facilitar el escape del salón al finalizar las clases, con la intención de eludir a Pash, a quien deseaba con el alma ver, pero sentía pánico de enfrentarme a ella. Extraña lógica atávica, que nos conduce extraviadamente por la senda opuesta a la de nuestros deseos. ¿Será que no es en la mar apacible, donde navega la felicidad; sino en la borrasca llena de incertidumbre y sufrimiento, donde uno se debate para salvar la vida y tan pronto lo consigue, se vuelve a precipitar en busca de la perdición irremediable?

Entre cavilaciones angustiosas llegué a mi casa; todavía alcancé a Cani que acababa de llegar del trabajo. Con el pretexto de sestar fui a mi cuarto después de comer; con los ojos cerrados continuaba martirizándome con especulaciones incoherentes de las cuales me sacó el característico silbido de Cani que llamaba desde la sala. Lentamente me levanté del catre frotándome la cara con las manos, mientras atravesaba el patio que conducía a la sala contigua a la calle. Cuando traspuse el umbral ... allí estaba sentada, un poco cohibida, muy lejos de su aplomo habitual de las reuniones en su casa; sus rodillas apretadas una contra otra y las manos en su regazo ocultando su carpeta.

—Intenté hablarte hoy, pero me dio la impresión de que me estabas eludiendo y decidí pasar a buscarte a esta hora en que casualmente andaba en las cercanía haciendo mandado, para darte a leer estos poemas —me dijo Pash, entregándome algunos papeles recientemente arrancados de su carpeta, a juzgar por las perforaciones que tenían en

una de sus orillas—. Sé que esto es algo que a ti te agrada —añadió, poniéndose de pie.

Recibí los papeles y no atiné a decir más que :

—¡Gracias!

Se fue. Cerré la puerta y me senté en el sillón en que ella lo hiciera un momento antes repitiendo mentalmente: “Verás mi cuerpo convertido en cuna, para que el hijo de tus sueños nazca”. Con los papeles en la mano y la mirada perdida en la cresta más alta de las olas de un mar proceloso, o en el centro de la plaza de toros, como dije antes, buscando el movimiento de un capote para embestir y contagiado de la miopía de los astados, tampoco encontré al matador. Sin levantarme de la silla, lentamente me quité las manos de la cara...

\*\*\*

Cani llegó entonces preguntándome con gran admiración sobre la imprevista visita de Pash. Le informé que me había traído unos poemas que él quiso leer de inmediato, a lo que me opuse mientras yo no lo hubiera hecho. Salió refunfuñando y desde el patio me gritó que se bañaba y me esperaba, por si también quería hacer lo mismo; después prometía invitar los refrescos en el parque.

Releía con calma los versos. Creía encontrar alusiones personales en ellos y me los guardé en la bolsa de la camisa, muy cerca del corazón ¿coincidencia?. Siempre creí tener buena memoria para recordar poemas, pero curiosamente, éstos nunca me los grabé a pesar de haberlos leído muchas veces, quizá porque cuando los leía imaginaba a Pash escribiéndolos para mí, envolviéndome en misteriosos efluvios que me impedían objetivar la lectura. Más tarde, Caninocha que siempre se creyó irresistible con las mujeres, leía estupefacto los poemas que no habría creído transcritos por Pash, de no haber sido testigo presencial de que me los había entregado personalmente. No hacía caso de sus comentarios admirativos, que más bien me apenaban; pero él fogosamente pasaba los poemas a los amigos para que lo leyeran, quienes con mayor discreción que la suya, me los devolvían.

Llegué de nuevo a clases unos minutos más tarde, con el propósito de no encontrar lugar en las primeras filas y desde atrás, poder estar pendiente de Pash para abordarla, pues sentía inmenso deseo de oír su voz e identificarme en su sonrisa que, en mi cara adusta, fuera una proyección de la mía, pero todo fue en vano. Tan pronto como el maestro daba por concluida la clase, todo mundo se le acercaba; aun antes de que el maestro terminara, ya la puerta estaba cubierta por alumnos de los otros grupos que esperaban a Pash. De ningún modo quería mezclarme con ellos, sin tener la serenidad necesaria para hablar de intrascendencias con gente que no me agradaba. Pensé que al terminar la mañana todo cambiaría y la podría abordar cuando se dirigiera a su casa, pero tampoco pudo ser; los guardianes se multiplicaban y me fui quejumbroso a mi casa pensando en la posibilidad de ir a la de ella, pero intuía que ahí las cosas serían similares y deseché la idea, ocupando la tarde en escribir algunos versos para aliviar mi desasosiego.

Ahora que tenía tiempo para recapitular detalles y actitudes, caía en la cuenta de que no la había visto más con aquel vestido de algodón amarillo con florecitas negras, escote austeramente recto y diminutas mangas rematadas en holanes con el que la vi el primer día de clases. ¿Sería la causa su diseño un tanto juvenil, o bien que la moda aceptaba cada día menos la crinolina, indispensable para darle la rigidez campanulácea que la falda requería? Durante varios días continuó la situación igual y tuve que abandonar la estrategia premeditada para reacomodarme en el asiento de costumbre, con Amalia a mi derecha y Ramón a mi izquierda, que entusiastamente nos platicaba su participación en las filas de la juventud del partido oficial, cuando pasó Pash en busca de asiento. Él giró instintivamente la cabeza, para verla en el momento en que lo llamaba con un ademán que quizá había adivinado, porque en ese momento estaba ya de pie acercando la cabeza, para oír lo que ella a media voz le decía. No alcancé a escuchar mas que la respuesta de él:

—Sí; como no Pash.

Silenciosamente recogió sus útiles y se fue caminando hacia las filas del fondo, dejándole el asiento. Ella a sentarse y yo a empezar a temblar todo fue uno; me moví inquieto sobre la silla mientras el maestro pasaba lista, cuando Pash me dijo despacito:

—¿Estás enojado conmigo?

No le contesté, pretextando estar atento a que mencionaran mi nombre. Mientras la clase transcurrió, nos mantuvimos en silencio y mi mente ordenaba lo que días antes había decidido decirle; era imperativo disculparme por mi tozudez e intolerancia a fin de poder seguir como antes, pero en el momento decisivo los pasados días de amarga frustración, habían cambiado mi habitual mansedumbre para con ella, en un sordo resentimiento y cuando la clase terminó, las frases se indisciplinaron y oía una voz ajena reclamar:

—No he tenido oportunidad de que me sea concedida audiencia con la reina.

—Por favor, esa pesadilla ya pasó. Tú no aceptas los actos sociales, pero comprende que en mi condición de mujer, estoy sujeta a ellos o condenada al aislamiento —me dijo humildemente.

—Perdóname Pash, soy un grosero; la verdad es que no tengo valor para hablarte cuando te veo rodeada de tanta gente —lo dije con sinceridad, sintiendo que mi pecho se deshacía de un enorme fardo.

Seguimos hablando en tono menos agresivo y gustosamente, me comprometí a ir a su casa por la tarde. Reiniciamos así, una relación que su reinado había truncado y los cancerberos se fueron ahuyentando, en la medida en que la veían conmigo más frecuentemente.

Para entonces habíamos llegado a septiembre y con él se acercaba el período de exámenes. Un día vimos el temido letrado en la pizarra de avisos que nos informaba que esa tarde estarían en los tableros los horarios respectivos. Llegué pues en la tarde, a copiarlos; lo malhice sobre las cabezas de muchos y con el cuaderno al aire, para luego ir a apoyarme sobre la ventana que daba hacia la calle a ordenar lo que ya había anotado, cuando escuché la voz de Pash a mi espalda. Cerré mi cuaderno y la quedé viendo con admiración: falda azul marino corte sastre, blusa de mangas largas en seda blanca y zapatillas de tacón alto. Mi atención siguió aferrada a las zapatillas; era la primera vez que la veía con tacones altos.

—Me arreglé lo mejor que pude para impresionar a alguien que quiero tener cerca de mi corazón —me dijo para aclarar mi sorpresa y continuó—. Creo que nunca te lo había platicado, pero esto es un ver-

dadero sacrificio, ya que de niña enfermé de polio y aunque no quedé paralítica, es un verdadero tormento ponerme estos tacones altos.

Aunque me sentía mortificado pensando en ese alguien, platicaba con ella preguntándome a qué hora se despediría de mí para reunirse con ese fulano a quien ya odiaba sin conocerlo, pero esto no sucedía y después de un par de horas de estar parados ahí, nos encaminamos a la calle para ir a nuestras respectivas casas; ya en la acera me dijo:

—Tan pronto como los exámenes terminen y aun antes de que nos entreguen las calificaciones, tengo que ir a la Ciudad de México para conocer la universidad a la que me inscribiré el próximo año y empezar a frecuentar también la capital, para no llegar como pollo recién comprado. Mis padres no me permitirían ir sola, por lo que han sugerido que me acompañe una prima; pero yo les dije que no era necesario, porque posiblemente tú me acompañarías. ¿Qué dices? ¿Vas conmigo?. Ellos están de acuerdo.

Tomé mi tiempo para contestar, porque esto era algo que definitivamente no había imaginado; por otro lado, no tenía ni el dinero ni la autorización de mis padres para tomar un autobús e irme con una compañera a una ciudad que tampoco conocía.

—Déjame ver si es posible, porque yo sí tengo que recoger mis calificaciones antes de hacer cualquier otra cosa. Mis padres me estarán esperando y cuando me vaya, no regresaré a Tuxtla hasta las inscripciones del próximo año —le dije, pretextando algo que me diera tiempo para analizar lo que haría. Nos despedimos en la calle como buenos camaradas; ella siguió hacia su casa y yo al parque a distraerme un rato con los amigos.

Iniciábamos la última semana de clases y en el transcurso de ella, los maestros completaban sus respectivos programas y nos orientaban en el repaso general, que prácticamente nos indicaba las unidades que habríamos de estudiar preferentemente para el examen final. Yo estaba tranquilo en la mayoría de las materias; no así Pash, a quien inquietaba psicología por los compases que perdió durante su reinado; si bien pensaba que aprobaría, no aspiraba a una calificación sobresaliente que le mantuviera un promedio alto. De modo que cuando el maestro, una vez concluido su último día de clases, nos invitó a quienes quisiéramos

reparar alguna unidad para reunirnos el día sábado, en el que él estaría dispuesto a orientarnos, Pash me invitó a que viniéramos. Estuve de acuerdo y acepté gustoso.

El sábado en la mañana me hallé en una escuela ajena, prácticamente vacía. Llegué al aula y la encontré fantasmalmente silenciosa; parado en la puerta me acometió la tentación de escribir un letrero más sobre la pared, a los tantos pintarrajeados por cuantos como yo, habían pasado por el aula. Pero esto era algo a lo que mi formación se oponía. ¡Qué distante estaba ahora el día en que llegué por primera vez y cómo habría de prever lo que el destino me depararía dentro del aula, en este año que estaba por concluir! Di media vuelta, oyendo cómo mis pasos reverberaban en pisos, paredes y gradas que me condujeron de nuevo al patio de la primera planta, en el momento en que Pash llegaba para decirme que el maestro también estaba llegando. Subí nuevamente, ahora acompañado de Pash, las gradas otrora atestadas de gente que bajaba o subía; hoy, indolentes a nuestros pasos, que sonaban apagados sobre su espinazo de cemento. Nos sentamos uno junto al otro, en la primera fila; arrimando todavía más nuestras sillas al escritorio del maestro que en ese momento hacía su entrada, observando con rapidez el salón semivacío que lo obligó a preguntar y responderse:

—¿Sólo ustedes llegaron? Bueno; no importa.

Nosotros habíamos anotado los temas que nos parecían más oscuros y así se los trasmitimos al maestro, que pacientemente los fue desarrollando uno a uno, durante un buen rato. Como no había nada que nos distrajera, los dos permanecíamos prendidos de las palabras del maestro, hasta que sentí que el sol entrando por la ventana bajo la cual estaba sentado, me incendiaba. Cuando ya no soportaba más, el maestro había desarrollado el último tema. Deseándonos buena suerte en el examen y alentándonos a sacar la mejor nota, se despidió de nosotros. Tan pronto como él se paró del escritorio, yo lo hice de mi asiento, deteniéndome frente a Pash que empezó a reír. La quedé viendo y pensé en esos dibujos infantiles en los que se representa al sol riendo; pero éste me quemaba, mientras ella en estos momentos, me refrescaba iluminándome.

—Parecías una velita derritiéndose —me dijo, sin dejar de reír.

Cerré su carpeta y la puse junto a la mía debajo del brazo, mientras ella se paraba. Salimos juntos al pasillo, comentando que esto nos aseguraba seguramente, una buena calificación, para aspirar a un mejor promedio, que no obstaculizara nuestra matriculación en la universidad, dada la enorme cantidad de estudiantes que aspiraban a inscribirse año con año y que exigía, no sólo no haber reprobado, sino un promedio de aprovechamiento, alto.

En la calle me dijo que ese mismo día sus padres le comprarían el boleto para la Ciudad de México con salida el próximo sábado, terminando el último examen. No me volvió a preguntar si la acompañaría, pero me sentí obligado a explicarle que en definitiva no podría embarcarme con ella, porque mis padres me habían pedido que, tan pronto como recogiera mis calificaciones, tomara la avioneta hacia mi pueblo. Ella no comentó nada, pero la noté un tanto desilusionada. ¡Cuánto habría yo de lamentar posteriormente este momento de cobardía que me quitaba la oportunidad de pasar veinticuatro horas en el camión, sentado a su lado, comentando lo que se nos ocurriera y cuidándole el sueño cuando el cansancio la agotara!

La semana de exámenes pasó como una exhalación y durante ella, sólo nos veíamos en la escuela; unas veces un rato antes de un examen y otras después. El día sábado presentamos el último y pensé que ella, que había resuelto la prueba antes que yo, me esperaría para acompañarla a su casa y desearle felices vacaciones; pero cuál fue mi sorpresa cuando minutos después salí, percatándome de que ya no estaba. Me acerqué a un grupito que platicaba junto al barandal de fierro, para preguntar por ella. Ciro me informó que Pash había salido presurosamente a su casa, porque tenía que arreglar sus maletas, pues esa misma noche salía hacia la Ciudad de México. Esa fue la despedida de un año que terminaba. Invité a Marsella y a otros compañeros a las refresquerías del parque, en donde pasamos el resto de la mañana, entre risas y proyectos para el año venidero.





## El Follaje

Entre botes y rebotes en el aire, la avioneta me conducía a Tuxtla ladeándose, como para que pudiera observar a mis anchas cómo los límites de mi terruño saltaban un río, o se extinguían en la cresta de una montaña. En el paisaje verdeazulado, emergían frecuentemente, casitas liliputienses diseminadas en la inmensidad del verdor, que pronto se perdían en la distancia, para ser suplidas por otras similares. En tanto mis ojos se entretenían en el paisaje, mis pensamientos ora regresaban a Tzajalá, ora venían atropelladamente a Tuxtla. Me preguntaba con insistencia: ¿por qué ahora fui tan cariñoso con mamá, rompiendo los moldes familiares de una educación de austeridad sentimental, auspiciada por mi padre e imitada por sus hijos? ¿Será el influjo de una publicidad y una moda cada vez más insistente a favor de las manifestaciones de cariño? ¿O tal vez la añoranza del regazo materno, del que en estos años me tenía que privar necesariamente, para continuar con mi estudio? ¿Quizá un intento por resarcirla de satisfacciones negadas, a las que tenía derecho, pero que inexorablemente se antojaban cada vez más remotas, por los años que empezaban a doblegarla y las enfermedades que la minaban más profundamente? ¿O acaso, no quiero admitir que volcaba en ella una ternura, inspirada en la ausencia de Pash? ¿Y, qué será de ella? ¿La encontraré casualmente, o tendré que ir a buscarla?

Esta serie de interrogantes se vio truncada por los brinquitos que la avioneta comenzaba a dar en el aire, al estilo de las jubilosas cabriolas de los perros, al percibir las cercanía de su querencia. Ya se veía desde la altura, el caserío de Tuxtla y el aeroplano comenzaba a virar perdiendo altura, para buscar entre abrocales, la pista de su domicilio.

Me zumbaban aún los oídos cuando un taxi me conducía a mi posada. La mamá de Cani me recibió con evidentes muestras de afecto. (El tiempo me había convertido en parte de la familia.) Me informó, sin preguntárselo, que su hijo estaba trabajando, pero que estaría de vuelta a la hora de la comida.

Desempaqué mi breve equipaje dispuesto a tomar un baño para relajarme de la tensión del viaje y despedirme de los olores de sudor de que venía impregnado que, aunque de origen honesto, no son de gente educada. Saqué la ropa que mamá había acomodado cuidadosamente dentro de la petaca de lámina de color azul. (Ella, me recordó en este momento el día en que mi padre nos compró petacas a mi hermano Pólux y a mí, cuando llegamos a estudiar, hace años, a San Cristóbal. Él escogió una de color verdeolivo de la misma factura que la mía y yo, ésta. No dejé de preguntarme si conservaría la suya al igual que yo, o si habría optado por cambiarla por otra más moderna, ahora que había empezado a trabajar en la Ciudad de México.)

Por la tarde me enteré, que ese día comenzaban las inscripciones; de modo que acompañado por Cani, fui a la escuela. Sus verdosas paredes me hicieron detenerme unos segundos a observarla y a imaginar su frío cemento, aparentemente inerte, alimentándose del calor de la adolescencia albergada en sus entrañas, donde cada año se remozan los corazones jóvenes que, encerrados entre sus paredes, descubren cambios anatómicos y fuegos impensados que se abren paso entre las sillas de las aulas, buscando la grieta de un corazón afín. En el tablero de avisos se anunciaba que los que iban al quinto grado o sea, segundo de prepa, les correspondía matricularse hasta el jueves. Revisé la lista de documentos que habría de presentar, para examinar que los míos estuvieran en orden y a través de ella, caí inmediatamente en la cuenta, de estar justo a tiempo para que me tomaran fotografías actualizadas. Le pedí a Cani que me acompañara a un estudio retratista de una buena vez, para no estar obligado después, a tener que pagar cargos de urgencia.

Los tres días que faltaban para el jueves, me entretuve acompañando a Cani a su trabajo, sin dejar de pasar por la escuela en las tardes, con la esperanza de encontrar a Pash; pero esto no sucedía, por lo que iba a la refresquería a platicar con los amigos.

Llegó el jueves y con él acudí a la escuela, donde me encontré a varios de mis compañeros, con los que el gusto por saludarnos fue recíproco. Pasé toda la mañana haciendo mis trámites, sin ninguna prisa y departiendo con los camaradas esperando que Pash asomara, pero tampoco aconteció. Las clases comenzarían el lunes inmediato, lo que me obligaba a tener que aburrirme tres días más pues, para colmo, la biblioteca de la escuela no se abría hasta que las clases comenzaran y no tenía en qué ocuparme satisfactoriamente.

El lunes llegó inexorable y a las siete de la mañana, ya estaba acomodado en mi asiento, cuando el primer maestro se presentó. Terminó la clase y Pash no llegó; pasó la siguiente y tampoco. Me preguntaba si no se habría inscrito en otra escuela. No dejaba de perturbarme la idea de que lo hubiera hecho en la Ciudad de México (Había escuchado que no faltaba quiénes lo hicieran, para facilitar su ingreso en la facultad.) Salimos a las nueve a nuestros respectivos hospedajes para desayunar y una indefinible tristeza me invadía, porque nuestro grupo se había reducido casi a la mitad, temiendo que algunos de los que hubieran sido mis compañeros el año pasado, ya no lo fueran en el presente. Para mi satisfacción, durante las clases del resto del día, el salón continuó llenándose hasta quedar, a lo sumo, unas diez sillas desocupadas en la fila de atrás, entre las cuales, seguía estando la de Pash.

Por la tarde, para distraerme, anduve de librería en librería ocupado en buscar los útiles que habría de requerir para este curso. Casi en todas ellas había en existencia lo que yo necesitaba, pero pretextaba buscar aquella en la que estuvieran a mejor precio, a sabiendas que en todas ellas, se cotizaban igual. Al filo de las siete de la noche, los compré al fin, en una librería cercana al parque. Con mi paquete de libros, pasé junto a las refresquerías, en una de las cuales estaba Cani con sus amigos, a quienes me acerqué para sentarme con ellos, pues el andar de aquí para allá, me había agotado un poco. Platicamos un rato; la sensación de vacío en el estómago y la curiosidad por hojear mis libros en privado, me decidieron a acelerar la despedida.

A las siete de la mañana del siguiente día, ya estaba en clase hojeando mi libro nuevo y Pash no estaba. El maestro comenzó a recorrer la lista de asistencia que le habían enviado de la dirección con el conserje;

me sabía el orden en que nos mencionaba, pues era casi la misma del año pasado. Escuchaba con atención para oír si nombraba a Pash y la nombró, justo en el momento de percatarme que algunos me observaban con curiosidad, al ver que tenía estirado el tórax y más aún la nuca, como si al que nombraran fuera a mí. Me relajé y acomodé nuevamente en la silla, cuando con pasos precipitados hacía su entrada Pash para ir a acomodarse en las filas de atrás. Fue tan repentina su entrada y de tal modo rápida, que no tuve tiempo de observarla con detenimiento.

Cuando la clase terminó, permanecí en mi asiento para anotar el temario que habríamos de desarrollar a lo largo del curso. Estaba de tal modo enajenado en lo que hacía, que no percibí el que alguien se sentaba a mi lado, sino hasta que acercó la cabeza sobre mi libreta preguntando:

—¿Tienes la lista de libros y autores?

Era Pash. La veía y no creía que estuviera sentada junto a mí. Le contesté afirmativamente, indicándole que podía arrancar la hoja, pues ya los tenía comprados. Así lo hizo, sin dejar de justificarse por no haber tenido tiempo todavía ni de comprar una libreta.

Se quedó sentada junto a mí para la siguiente clase, que deseaba que nunca terminara, porque ahora todo me parecía distinto (*vos estis lux mundi*). Pero finalmente concluyó y todos abandonamos nuestros asientos. Bajamos juntos las gradas y yo sentía que subía, sin hacer más comentarios que los de las clases. Observaba con admiración su falda blanca, deportiva, que nunca antes le había visto; la debía de haber comprado en la Ciudad de México.

Para las diez de la mañana, llegó puntual y nuevamente fue a sentarse conmigo. El maestro no llegó y la mayor parte de mis compañeros salió a los corredores a platicar; nosotros permanecemos en el salón permutándonos la seguridad que nuestra cercanía nos proporcionaba. Le pregunté cómo le había ido en la Ciudad de México, con el objeto de escuchar su voz sin importar su respuesta. Me comentó entusiasmada que prácticamente había dejado arreglado su ingreso a la Universidad Femenina.

—A propósito, te traje esto —me entregó un broche de los Pumas—. Es una insignificancia, pero como me acordé que tú irás a la UNAM, lo adquiriré para ti.

Se lo agradecí, sintiendo muy hondo el halago de que en la inmensidad de la gran ciudad, se hubiera acordado de mí.

En toda la mañana y en las subsecuentes, no me insinuó que fuera a su casa y me apenaba hacerlo de mi motivo, por lo que únicamente la veía en horas de clase.

A la semana siguiente, Ramón pidió permiso al maestro para dirigirnos algunas palabras; recordándonos mediante ellas, que en veinte días se efectuarían las elecciones de la nueva mesa directiva y la conveniencia de cerrar filas para integrarnos a la planilla que proponía el otro grupo, para asegurar nuestra participación en la sociedad de alumnos. Acordamos unánimemente reunirnos en la tarde para discutir el asunto.

Después de la comida, conforme íbamos llegando, ocupábamos los espacios del corredor sin poder congregarnos en el salón, que en ese momento ocupaban los del turno vespertino. El paraninfo de la escuela era la alternativa que casi todos proponían, previo permiso del director, Ramón y cuatro o cinco compañeros más, que siempre estaban en la política de la escuela, se ofrecieron en tramitarlo. Caminamos hacia la otra ala de la escuela, en donde se ubicaba el mencionado salón de actos, sin tener que esperar gran cosa a que los compañeros comisionados llegaran con las llaves. Al abrir las puertas, Ramón y sus compañeros se posesionaron de la tarima y los demás, ocupamos los asientos del auditorio. Inmediatamente Ramón, que llevaba la voz cantante, nos informó de quiénes integraban la planilla del otro grupo en la que, obviamente, él estaba incluido, mencionándose para puestos de suplencia a los que lo acompañaban en la tarima. No dejó de advertirnos, que los de los cuartos años podían también, si no cerrábamos filas, presentar su propia planilla con fuertes posibilidades de ganar apoyados en su mayor contingencia. Uno que otro de los que estábamos abajo, pedía alguna aclaración sobre nuestra participación o cualquiera otra cosa, relacionada con el asunto. Cuando al parecer nada quedaba por añadir, Marsella pidió la palabra para decirnos que ella no estaba de acuerdo en que apoyáramos a la planilla del otro grupo, puesto que contábamos con mejores prospectos para integrar nuestros propios cuadros. Ramón, con una sonrisa burlona, le preguntó quién podría encabezar la planilla, a lo que ella contestó sin titubeos.

—¡Héctor!

Una nota de cuerda de contrabajo vibró en mis oídos. Primero sentí que el cuerpo se me helaba e inmediatamente, que ardía cuando la sangre se agolpaba en mi cara. Borrosamente veía a Ramón, sin perder la sonrisa, hablar:

—No se puede negar que el compañero es buen estudiante... pero de eso, a pensar que tiene carácter para esto... Además, fuera de nosotros, nadie lo conoce en la escuela. No, compañeros... el presidente tiene que ser entrón...

—Es inteligente y honesto —contestó gritando Marsella— y aquí estamos nosotros para apoyarlo.

Los demás compañeros la corearon, más por demostrarle su admiración, que por estar de acuerdo y la reunión se dio por terminada, sin que pidieran mi opinión, cosa que les agradecí en silencio, porque yo sí estaba seguro de no contar con el carácter que se requeriría. Ya en los pasillos, los compañeros y algunos simpatizantes me rodearon. Curiosamente Pash, contra su costumbre, no había intervenido; no dejó de llamarme la atención, pues siempre era la primera en asentir o disentir según su criterio, para poner en juego su gran capacidad de convencimiento; tal vez ya se había comprometido con el otro grupo, aun cuando seguía caminando con nosotros. Marsella nuevamente tomó la palabra:

—Necesitamos un lugar donde establecer nuestro cuartel general para planear la estrategia que habremos de seguir.

No fueron pocos los que ofrecieran sus respectivas posadas, pero las mujeres ponían reticencias sobre lo que pudieran pensar sus propios familiares cuando se enteraran que asistían a casas de huéspedes de hombres, aun cuando ellos fueran sus compañeros. Todos estuvimos finalmente de acuerdo cuando Pash, ofreció su casa y hacia allá nos dirigimos, sin que yo hubiera tenido oportunidad de manifestar mi opinión. Definitivamente, en nuestro grupo, no había más voz que la de las mujeres y no valía la pena resistirse a ella, para ganar el repudio de éstas.

Sin saber cómo, me vi inmerso en un mundo febril de actividad agotadora, que apenas me dejaba tiempo para estudiar y mantener mi prestigio de buen colegial. Tan pronto como comíamos, nos concentrábamos en casa de Pash, donde nos dividíamos en varios grupos. Unos

eran pintadores de calle; teníamos que pintar cinco: la de la escuela y las cuatro adyacentes, con letreros alusivos a la campaña (habíamos acordado que por ningún motivo pintaríamos paredes o aceras), porque suponíamos que lejos de ganar simpatías, provocaríamos el repudio de los vecinos o una llamada gratuita a la fuerza pública, so pretexto de simpatizantes de la Revolución Cubana, que en ese tiempo era fuertemente reprimida como sinónimo de comunismo. Teníamos otro grupo, encargado de ductilizar a los compañeros de otros salones, en campaña directa. A mí me tocaba con Pash, que alegaba no tener autorización de sus padres para salir a la calle, pintar las mantas que otros habrían de colocar en aquellos lugares en donde hubieran previamente obtenido el permiso para colgarlas.

Cabeza con cabeza, pintábamos las mantas. Mientras Pash mantenía frente a mí la manta estirada contra el suelo, yo la pintaba lo mejor que podía. Al rato cambiábamos de posición, tornándose ella pintora y yo restirador. Dado que la manta era angosta, siempre estábamos cabeceándonos; cuando a mí me tocaba estirar la manta, como era más alto que ella, prefería mantener la cabeza levantada para no estorbar, quedando mi barbilla sobre su negro cabello, temblando y obligándome a sujetar la manta con fuerza para que el temblor no se me notara en las manos que estaban bajo la mirada de Pash. Este esfuerzo excesivo, menguaba mi fuerza en tal forma que, repentinamente, soltaba la manta, recibiendo a cambio, la reprimenda de Pash.

—¡Héctor! ¡Qué flojo eres! —levantaba la mirada y ponía su linda carita sonriente, a escasos centímetros de la mía que instantáneamente, se incendiaba.

No dejaba de interesarme a ratos, por qué todavía a nadie se le ocurría preguntarme si estaba de acuerdo en lo que yo mismo ejecutaba; pero para qué pensarlo, colaboraba y, hasta el más tonto, deduciría que no tenía nada qué objetar.

A veces, a las siete u ocho de la noche, cuando los activistas regresaban de la calle, me sentía obligado a acompañar a alguien a su domicilio. Era Marsella a quien con más frecuencia tenía que ir a dejar a su casa, pues vivía lejos; en una colonia que estaba ubicada casi a la salida hacia San Cristóbal. Íbamos al parque, frente a la catedral de San Marcos, a



tomar el *veintero* que nos dejaba a dos cuadras de su domicilio. En esas ocasiones, fui conociendo a sus padres y hermanos, que me parecieron personas encantadoras. Su padre era un refugiado español, de vasta cultura, que se desempeñaba como catedrático en la escuela en la estudiábamos, impartiendo la clase de ética. Estábamos optimistas respecto a los resultados que esperábamos de nuestra campaña, cuando cierta noticia nos puso en guardia: el papá del candidato a la presidencia de la sociedad de alumnos del otro grupo, acababa de donar cierta cantidad de dinero para mejoras de la escuela. Nos pareció una turbia maniobra, para comprometer la decisión del director y nosotros, no podíamos estar dispuestos a permitirlo; por lo que decidimos ejecutar acciones más combativas. Por lo pronto, propugnaríamos para que el escrutinio de las urnas, que tradicionalmente se efectuaba en la dirección lo hicieran, de aquí en adelante, los representantes de grupo en un acto público frente a los estudiantes y la dirección. La respuesta no se hizo esperar. El director nos amenazaba por atentar contra las tradiciones de la escuela. En este momento caí en la cuenta de que estábamos yendo demasiado lejos; hasta la secundaria, estaba acostumbrado a que fuera el director quien nombrara a la sociedad de alumnos. Aquí, francamente eran liberales al permitir que se hicieran planillas, propaganda y ahora, hasta el escrutinio pretendíamos quitarle a la dirección. Realmente esto para mí, era demasiado y así se los hice saber a mis simpatizantes, advirtiéndoles que si decidíamos continuar lo haríamos, advertidos, de que nos estábamos colocando al margen de la ley; pero Marsella no permitía pasos laterales y dijo:

—Si defender lo justo, nos coloca fuera de la ley, nuestra obligación es crear nuevas leyes.

—¡Adelante! —gritaron los demás, con igual vehemencia con la que ella había hablado.

\*\*\*

En pocos minutos y en forma ordenada, la escuela entera había depositado su respectivo voto en las urnas, el día de las elecciones. Con todo y protestas, las urnas fueron llevadas a la dirección. Aprovechando

el nutrido auditorio, inmediatamente declaramos nulas las elecciones e intentamos sensibilizar a los compañeros, a que nos brindaran su apoyo para convocar a nuevas elecciones e informar por escrito a la Secretaría de Educación, los motivos de nuestra inconformidad. La dirección de la escuela declaró vencedores, pocas horas después, a nuestros contrincantes y nosotros, enardecidos por la pasión que nos infundían nuestras líderes (¿era yo el líder?), nos declaramos en pie de guerra en los espacios que las clases nos dejaban libres. La Secretaría de Educación se vio obligada a intervenir, mandándonos a llamar para evitar que el conflicto se disparara, ya que nuestro movimiento estaba desatando una ola de simpatía entre los padres de familia, que admiraban el orden y entrega con que hacíamos conocer nuestras demandas. Para entonces, habíamos centrado nuestra inconformidad en seis puntos:

1. Desconocimiento de las elecciones.
2. Participación mayoritaria de los alumnos, en el escrutinio.
3. Autonomía de la sociedad de alumnos en su gestión.
4. Práctica anual de auditoría a la sociedad de alumnos, por el propio alumnado.
5. Actualización de becas a estudiantes sobresalientes.
6. Elaboración de estatutos estudiantiles.

Habíamos seguido utilizando la casa de Pash, como cuartel general, desde donde elaborábamos propaganda y preparábamos los mítines que habrían de efectuarse en la escuela o en el parque central.

El día sábado me había comprometido ir a casa de Marsella por ella a las ocho de la mañana, para reunirnos y preparar nuestra entrevista, a efectuarse, el día lunes, con las autoridades de la Secretaría de Educación en la dirección de la escuela. Abordé pues, el *veintero*, frente a la catedral de San Marcos, para ir a la colonia El Retiro, que era donde ella vivía, a un costado de la carretera que conduce a San Cristóbal, como antes anoté. Entre jalones y frenones que me obligaban a colgarme del tubo donde iba asido, como si lo que estuviera haciendo fuera poner a prueba mi fuerza para desprenderlo, llegamos a la colonia. Un poco grotescamente, me apeé para caminar el trecho que me separaba de su casa. No tuve necesidad de tocar el timbre, pues a través de la reja, uno

de los hermanos de Marsella me vio y al abrir la puerta me indicó que entrara. Pasé hacia la sala y me dijo:

—Está en el comedor.

En efecto, allí estaba sentada a la mesa con su papá y su hermanita con cara de muñeca. Saludé y quedé apoyado en el respaldo de una silla, mientras ella me indicaba con ademanes, que ya había desayunado y que estaba lista para irnos. En ese momento su papá le dijo en tono cariñoso:

—Hijita, recuerda que soy refugiado y que no podemos inmiscuirnos en asuntos políticos. Por favor hija, no nos comprometas.

—¿Por qué eres refugiado papá? Interpeló Marsella, sin pararse aún de la mesa.

—Porque participé en la Revolución Española. Perdimos la guerra y no me quedó otra alternativa que abandonar España —contestó su padre.

—Pero, ¿por qué peleabas papá? —insistió Marsella.

—Por defender mis ideales —respondió de nuevo

—Pues eso es lo que yo pretendo estar haciendo papi —dijo muy convencida Marsella.

—Haz entonces lo que quieras, hijita; pero sé prudente —dijo el señor, limpiándose la boca con la servilleta (¿no se habrá lavado las manos?).

Marsella se paró, diciéndome que en unos segundos estaría lista; su papá también se puso de pie moviendo la cabeza, como queriendo decirme algo acerca de la obstinación en la que estábamos inmersos y hasta la cual no llegaba ningún razonamiento.

Efectivamente, poco tuve que esperar para que Marsella regresara con sus pecas sonrientes, adelantándose a la puerta.

Caminábamos hacia el bulevar para tomar el camión, mientras Marsella no paraba de hablar; que su hermanita esto, que la sirvienta lo otro, que su mamá lo de más allá; apenas si me dejaba espacio para asentir. Mucho tiempo después tuve que preguntarme, si esta forma de hablar era normal en ella o la motivaba cierto nerviosismo; por supuesto que introvertida no era; pero, ¡qué manera de hilar intrascendencias, vitalizadas con humor y gracia tal, que poco me fijaba en la calle, para seguir

su sonrisa que malabareaba incesantemente en sus mejillas, sus labios, sus ojos color de miel! Con la misma importancia con la que me hablaba de nuestras acciones y futuro estudiantil, repentinamente lo hacía de su ropa sucia.

Abordamos el urbano casi sin enterarnos y nos sentamos uno al lado del otro; en su continua charla, sentía a veces que sus pecas me brincaban y que las mías también la salpicaban. ¡Ah! esta manía mía de embobarme en los gestos de los demás. ¡Cuántos problemas me habría de causar! Pero es que los gestos eran para mí, la manifestación más clara de los pensamientos, aun cuando el tiempo me demostró, que también podían ser la peor trampa cuando no se les identifica adecuadamente.

Los demás compañeros ya estaban reunidos, cuando nosotros llegamos e inmediatamente nos pusieron en antecedentes del consenso general: ante las autoridades de la Secretaría de Educación, no había que ceder frente a los puntos uno y dos, puesto que eran los que habían dado origen y trascendencia a nuestro movimiento.

Ciro propuso además, que se nombrara a los que nos representarían en la entrevista. Todos nos aprestamos a hacer sugerencias en lo respectivo a prospectos para representantes, cuando Amalia preguntó con voz de sax:

—Y, ¿cuántos habremos de nombrar? —dicho lo cual, con la lengua intentó quitarle los residuos de palabras, a su diente de oro.

Se barajaron números, sin que los acompañara razón alguna. Acorramos al fin, que fueran cuatro; seguramente porque el número nos gustaba en su concepto abstracto o, porque la mayor parte tenía ya en su mente, a quienes quería nombrar. En pocos minutos, fuimos electos Marsella, Amalia, Ciro y yo. Pash, que no había sido nombrada, pues gozaba de escasa popularidad entre estos bisonños políticos, observó:

—No tenemos idea de cuántos representantes estén dispuestas las autoridades de educación a aceptar, por lo que sugiero que se establezca una escala, para no discutir en el momento, quiénes deben entrar y quiénes no.

Siendo el candidato, ocupé el número uno; el dos parecía seguro que le correspondería a Marsella, por estar reconocida como la más combativa, pero presioné para que recayera en Ciro; lo necesitaba, a pesar de

ser el más joven, por su equilibrio pero, fundamentalmente, porque era quien más fe tenía en mí; fe, que me haría falta para actuar sin titubeos.

—No estoy seguro de que deba ser el número dos, ni siquiera el cuatro; pero si Héctor lo sugiere, no tengo por qué hacer acertijos con sus intenciones; por lo que si ustedes están de acuerdo, acepto —lo dijo con una voz grave que a todos pareció impostada, pues seguíamos pensando que a lo sumo, debiera estar cambiando de voz.

Sus palabras insinuaban, que ya había sido electo y fueron respetadas. En seguida, Marsella fue ubicada en el número tres, ocupando el cuatro Amalia.

Intenté débilmente convencerlos, de que yo no podía ser capaz de defender a capa y espada las peticiones, porque mi carácter se oponía a toda acción violenta y que reflexionaran en su actitud, para que posteriormente, no se sintieran defraudados; pero los compañeros se habían encaprichado y no hubo más, que aguantar los reparos, una vez montado en el corcel del liderazgo.

Acordé con el Tetrágono (nombre que se le ocurrió a algún chistoso para identificarnos y que, posteriormente, tomó carta de naturalización en nuestro grupo) establecer al día siguiente, domingo, la estrategia a seguir, para presentarnos a luchar con la dignidad que nos caracterizaba y el talento que nos correspondía, por los ideales que los compañeros habían cargado sobre nuestros hombros y nos despedimos, no sin antes preguntarle a Pash, a solas, si podría verla por la tarde.

Intenté una siesta después de la comida, pero me sentía inquieto y a cada rato sentía un olor grosero esparcirse desde mis húmedas axilas. Mi cuerpo me enseñaba que, se oponía a guardar inquietudes y no tenía por qué no incorporar mi alma, a esa abstención de angustias, suponiendo que a mi edad, ellas debieran ser epidérmicas. Bastaría pues, un baño y ropa limpia, para estrenar mi estado de ánimo. Acostado en su catre, Cani me preguntó si quería acompañarlo; de ser afirmativa mi respuesta, él estaría toda la tarde en el parque, con su novia. Le contesté que llegaría hasta eso de las ocho, porque tenía que estudiar un poco en la casa de un compañero (no le quise decir que iba a la casa de Pash).

A las cinco de la tarde, estaba ya frente al timbre de su casa dispuesto a oprimirlo, cuando me di cuenta que la puerta estaba abierta y a

través de ella, podía ver a Ángel, el poeta, observando a Pash, sentada frente al viejo piano de su casa, interpretando algo. Permanecí parado en el atilillo de la entrada, el tiempo necesario para que Pash terminara con lo que parecía un ejercicio musical; pero antes de que eso sucediera, se dio vuelta como intuyendo que alguien más la observaba.

—Pásale, Héctor —me dijo con una sonrisa—. Estoy tomando un curso de piano y como hoy a las siete tengo clase, quería practicar la lección.

Caminé hasta el piano, dedicándole una sonrisa de saludo a Ángel, para observar de cerca el instrumento de teclas amarillentas.

—Llevo ya algunos avances —me dijo Pash orgullosa—. Te voy a tocar esto, que es mi quedar bien.

Permanecí parado a sus espaldas, contemplando sus negros cabellos, como asomado al borde de un pozo oscuro en el que se ocultaran, quien sabe qué misterios. Los sencillos acordes, danzaban en mis oídos y mis ojos se arrobaban en la dedicación que Pash ponía en la ejecución. Pocos minutos después, con sonrisa satisfecha y bajando la cabeza mientras cerraba el piano y se disponía a pararse, dijo:

—Es lo único que medio me sale bien.

Fue a sentarse en uno de los sillones de la sala, bajo una fotografía de las que le sirvieran de publicidad en su reinado, en la que el fotógrafo la retrató con la cabeza inclinada hacia abajo, con un bucle artificial cayéndole en la cara, de expresión seria. La seguí para sentarme al lado opuesto donde se encontraba Ángel, bastante adusto e inquieto a la vez. Lo veía un poco atormentado o con ganas de marcharse; actitud inusual en él que, cuando estábamos solos, era un buen conversador, bastante alegre. Decía que formaba parte del equipo de fútbol de la escuela, cosa que nunca pude corroborar, porque desde que terminé la secundaria, me mantuve lejos de las canchas. Finalmente, con postrer restregón de manos, se paró intempestivamente y se fue. Pash, no intentó detenerlo, sino que me pareció que le agradecía que se marchara e inmediatamente, comenzó a platicarme de su estancia en la Ciudad de México. Quién sabe, si con un mensaje oculto que yo no estaba en condiciones de leer, me comentó que el muchacho, que decían que era su novio, le había llevado a regalar una caja de chocolates, a la casa donde estaba hospedada, con lo que ella adivinó su intención de algo que no quise escuchar por-

que, sin proponérmelo, me chocaba tener que enterarme de su relación con los demás.

—Platicame de tus clases de piano —le dije con descortesía—. Hace tiempo yo también estudié música, pero nunca prosperé.

Hizo un leve mohín, como diciéndome que entendía mi intención, explicando que había localizado una buena maestra que la convenció a tomar clases con ella, para aprender a tocar el piano que, con esa intención, habían adquirido sus padres. Estando a solas con ella nunca hablábamos de política, sin entender la causa, puesto que participábamos activamente en ella. Con franqueza, yo no hablaba de ello, porque era incapaz de abordar un tema, que ella no sugiriera. Aun pintando las mantas, cuando lo tuvimos que hacer, platicábamos de todo; menos de lo que estábamos haciendo. Me parecía que participaba, sin estar de acuerdo. Me confesó también, que tenía un sobrino con problemas de conducta. Frecuentemente, se subía al pasamano de la terraza de su casa y caminaba sobre él, amenazando a sus padres, con arrojarlo a la calle, o matarse de cualquier otra forma, con el evidente propósito de chantajearlos, puesto que sólo tenía doce años. Ella deseaba que hiciera amistad con él, para conducirlo por el *buen camino*. Acepté intentarlo, con la advertencia de que no esperaba tener éxito, ya que aceptaba que el primero en requerir orientación, era yo. En posteriores visitas, el chamaco estaba ahí. En un principio el asunto me divirtió, pero después comenzó a chocarme; porque ya no había espacios para la charla personal con Pash. Algún tiempo después, empecé a imaginar que esa había sido la verdadera intención, para evitar el peligro de que pretendiera llevar mi relación con ella por otros senderos, aun cuando nunca pude corroborar que esto fuera realmente así. En estas y otras cosas, casi daban las siete y advertido, de que Pash iba a esa hora a recibir clases particulares de piano, me despedí.

Tenía registrado en mi memoria, la promesa de reunirme con el Tetrágono a delinear lo que haríamos, pero hasta ese momento me di cuenta, que no les había dicho en dónde nos veríamos. Religiosamente, el día domingo, nadie de nosotros iba a la casa de Pash; ignoro por qué motivo, pero yo también respetaba esa restricción. Decidí entonces, pensar un poco en el asunto y trasmitírselos hasta el día siguiente. Por lo pronto me dedicaría a estudiar un poco.

No bien había acabado de desayunar, cuando Ángel se presentó en mi posada. Esperó un rato a que terminara de asearme y ordenar lo que tendría que hacer, para que saliéramos a estudiar juntos a un lugar, al que el año pasado ya había tenido oportunidad de pasearme en él para preparar las materias de la temporada de exámenes. Era muy concurrido por estudiantes de la capital del estado: el Jardín Botánico. Fuimos pues, allá, caminando. Platicamos en el trayecto, algunas cosas intrascendentes y algunas otras, que me hicieron reflexionar en días posteriores. Ángel me había preguntado qué era AJEF y le había contestado mi ignorancia acerca de lo que fuera realmente, pero que tenía entendido a grandes rasgos, que era una agrupación juvenil relacionada con la masonería; al menos, eso era lo que me había dicho Juan Augusto, que aseguraba pertenecer a ella. No dejé de interrogarlo, por su interés en tan extraña pregunta y él me explicó, que algunos amigos de él, que decían pertenecer a esa agrupación y que se la daban de librepensadores, defendían con exagerado celo a los héroes de La Reforma y que a él, le parecían demasiado manchados en sangre.

—No acabo de entenderte con claridad —le dije—. ¿Te refieres a nuestros héroes nacionales?

—¿A quiénes más? —me contestó rápidamente—. ¿O eres tú también, de los que veneran a esos sanguinarios?

—No había pensado en ello —le dije—; pero si bien es cierto, que casi todos ellos mataron directa o indirectamente a sus opositores, no lo es menos que dejaron para la posteridad, leyes; por las cuales nos sentimos ahora, como seres civilizados. No sé si se justifique como valor político, eliminar a los contrincantes. Desde luego ahora, en nuestro momento, yo no lo justifico por lo mismo, porque somos civilizados y estamos obligados a intentar los cambios institucionales que nos conduzcan a la felicidad nacional, desde la plataforma de la paz. Pero, tenemos que aceptar, que hace cien años éramos tantas veces más salvajes, cuantas optemos por la vía de la violencia y que lo volveremos a ser, cuando el proceso político que ahora vivimos se haya agotado,.

—A todo le encuentras justificación —me dijo, como sintiéndose tambaleante en su argumentación—; pero estoy seguro, que tú no aceptarías donar ninguna conquista a la humanidad, a cambio de tener que salir nadando en la sangre de los que no estuvieran de acuerdo contigo.



No tenía interés en continuar un tema tan espinoso y por el cual podría herir la susceptibilidad de Ángel e intenté y creí haber logrado cambiar el tema de nuestra conversación; sin embargo, debajo ya, de la fronda verde del jardín y a la sombra de un gigantesco amate insistió, antes de que nos separáramos en una de las múltiples bifurcaciones de veredas, que comunican el bosque, a estudiar nuestros respectivos textos:

—Tengo la impresión de que los defiendes para cobijarte bajo su sombra, ahora que pretendes tomar el poder de la sociedad de alumnos.

—No me inquietes más. Cada media hora nos veremos en este mismo lugar, para tratar de platicarnos el tema que estamos estudiando; hasta el momento en que decidamos irnos.

Caminé un buen rato sin leer, impregnándome del aroma a bosque tropical, tan bellamente representado en el Jardín Botánico. En él fui identificando algunas plantas, abundantes en mi remoto Tzajalá, como las uvas silvestres que de niños buscábamos golosamente en aquellos andurriales; hasta sentir que la inquietud se disipaba, para dejar vacía la acequia que pretendía ir llenando pacientemente, con los conocimientos que me hicieran un ciudadano útil en mi edad adulta. No hubo más agitaciones ese mismo día.

En los intersticios de las clases de la mañana, los del Tetrágono platicábamos, más nerviosa que animadamente, sobre la inminente reunión, tan misteriosa para nosotros, pero que habría de poner fin a aquella febril excitación, que había venido a trastocar nuestra vida estudiantil. Durante las clases nos seguíamos manteniendo juntos, en espera de que nos avisaran el momento de la reunión. Al inicio de la clase de las doce, al nombrarme el maestro en la lista de asistencia, me indicó que me esperaban en la Dirección. Estando todos enterados del motivo del llamado, le hablamos al profesor amontonados sobre su escritorio, para que nos diera libre la hora y poder estar pendientes, de lo que de ella resultara. La presión multitudinaria obligó al maestro a que se doblegara ante nuestro deseo, posponiendo su tema para el día siguiente. Allá fuimos todos aglomerados, a los corredores donde se ubicaba la dirección, en espera de acontecimientos que juzgábamos trascendentes. Los del Tetrágono, nos presentamos en la secretaría de la dirección, donde

nos indicaron que se habían recibido instrucciones superiores, de no dejar pasar a otro, más que a mí. Los quedé viendo desconsoladamente, cuando recibí un leve codazo de Marsella, que me decía a media voz:

—¡Adelante Héctor! Te esperamos afuera ¡Suerte!.

Las piernas me temblaban y aún ahora me preguntaba, en qué momento había aceptado representar los problemas de los demás, cuando a duras penas podía enfrentar los propios. Abrí la puerta que el secretario me indicaba con una señal de los ojos, sin pararse de su asiento. La traspuse raudo y de la misma manera la cerré, para enfrentarme a lo que creía un mundo nuevo y ante gentes que nunca había visto, pero no fue del todo así; frente a una mesa larga, estaban sentados el director de la escuela, mi rival en las elecciones estudiantiles y un viejecito de cabello blanco, que supuse era el representante de la SEP. La sala era amplia y con las paredes cubiertas de vitrinas.

—Adelante, Héctor. Siéntese. Es mejor que sus compañeros no hayan entrado, para que podamos entendernos. El profesor que está con nosotros es el secretario de la SEP que, será testigo de la forma educativa, en que nosotros resolveremos nuestros problemas. Por lo pronto, le sugiero que observe en las vitrinas la cantidad de trofeos que nuestra escuela ha ganado en el transcurso de su historia, con el objeto de que medite bien cada uno de sus actos y palabras, durante esta reunión.

Di vuelta por toda la oficina, más por cumplir lo que sentí como una orden, que para ver el sinnúmero de trofeos, a los que en este momento no iba a estar leyéndoles los letreros, que por otro lado, no me dirían nada. Cuando terminé de dar la vuelta, sin pronunciar palabra, me acerqué a la mesa, manteniéndome de pie y observando los labios apretados de mi contrincante, sin osar verle a los ojos, so temor de que su odio me incendiara

—Siéntese, Héctor —me ordenó el director.

El viejecito, que no había pronunciado palabra, me quedó viendo con mirada bondadosa, diciéndome:

Me da gusto conocerlo, jovencito. No se sienta atemorizado; llegaremos a un acuerdo en el que no se sienta usted frustrado ni menguado en el predicamento, que sus compañeros le tienen. Su director le va a hacer una propuesta. Medítela y responda con la suya.

—Opino que es él, quien primero tiene que proponer —dijo el director.

—Mi propuesta es del dominio público, pues le hemos dado difusión —contesté atropelladamente.

—Así lo creo yo también —dijo con voz serena el viejecito—; por lo mismo, le pido a nuestro director que, para abreviar, haga su propuesta.

—Si la proposición a la que el muchacho alude, es la esos famosos seis puntos, he de advertir que los hemos ponderado con detenimiento, estudiando la procedencia de unos y la improcedencia de otros. Esta dirección está dispuesta, a aceptar los tres últimos puntos y desechar los tres primeros, por atentar contra nuestras tradiciones —dijo en tono solemne.

—Le recomiendo nuevamente, que lo medite joven, antes de resolver —me aconsejó con paciencia el viejecito, a quien empezaba a ver con cariño filial.

—Gracias, pero no hay mucho qué meditar. Los tres últimos puntos, complementan a los tres primeros; resultando absurdo querer calificar a un sujeto que no existe.

—No estamos dispuestos a tolerar intransigencias —me dijo con severidad el director, a quien se le habían hinchado las venas de la cara.

Seguramente se había percatado que yo estaba temeroso, pero la sonrisa burlona de mi contrincante, me inyectó brío. Quise recitarle las clases de ética, pero afortunadamente el viejecito me contuvo.

—Observe de nuevo las vitrinas, jovencito; mientras platico con su director.

Di la vuelta sin intentar escuchar lo que decían, porque no me interesaba. Ahora ya estaba consciente de mi fuerza y estaba seguro que no me dejaría derrotar. Después de algunos minutos, me volvieron a llamar y con semblante, ahora risueño, el director me dijo:

—Acepto lo que usted observa joven; o sea, que los medulares, son los tres primeros puntos; por lo que mi proposición ahora, es que yo escogeré los tres puntos que serán desechados y usted los que se aceptarán. Lo haremos alternadamente, para que estemos en igualdad de circunstancias; pero la dirección se reserva para sí, el derecho de ser el primero en proponer...

Ya estaba con la palabra en el aire, pero el viejecito me ganó:

—Le sugiero que no consulte con sus compañeros, porque esto haría engorroso el arreglo. Sus partidarios están apasionados con la lucha que han venido desarrollando y no aceptarán razones. Si ellos le tienen confianza, como lo demuestra el hecho de que sea usted el que está aquí, es usted quien tiene que decidir por ellos.

—Necesito unos minutos —dije; retirándome hacia la pared a estudiar los famosos seis puntos para hacer mis deducciones.

(El director escogerá primero y lo hará seguramente, entre el punto uno y dos, que son el origen de la lucha. Por el silencio que ha guardado mi contrincante, tengo que creer que, el director, le está defendiendo su posición; por lo que escogerá el número uno. Si esto sucediera así, aceptaría haber sido derrotado por mi contrincante en las elecciones, pero el movimiento triunfa, porque yo elegiría el dos; con lo que aseguraríamos que en el futuro no pudiera cohecharse una elección más. Pero si el director eligiera el dos, se pierde el movimiento, pero se gana la elección; con la alternativa de que dirigiendo la sociedad de alumnos, tendría tiempo para que el número uno se institucionalizara.)

En estos discernimientos quedé viendo en lo alto de la pared, la enhiesta barba de uno de nuestros héroes e instintivamente me hice a un lado, no fuera que Ángel tuviera razón y me salpicara algunas gotas de sangre. No supe qué se había agitado dentro de mí y de dónde me salía, ahora, una fuerza secreta que me hizo hinchar el pecho y caminar decidido hacia la mesa con la cara entre las manos, como queriendo ignorar la cruz en la que habría de ser crucificado (Señor, pase de mi esta copa), para decir:

—Acepto.

Entonces, sin más preámbulo, el director dijo:

—Siendo así, el número uno desechado.

—Número dos aprobado —contesté inmediatamente.

—Número tres desechado —añadió el director.

—Número seis aprobado —repliqué.

—Número cuatro desechado —finalizó lentamente.

—Número cinco aprobado —dije tajante.

—Bien —dijo el viejecito—. Los felicito por haber tomado una

determinación tan rápida. Tendremos que firmar el acta, en la que se asienta lo que hemos acordado. Esperemos que esto, no nos ocupe ya más tiempo.

Me volví a parar inquieto, despegando paulatinamente los codos, con los que me había mantenido apoyado en la mesa y bajando de la misma forma las manos, con las que había mantenido oculta mi cara, para limpiarme el sudor que la perlaba. Daba vueltas en el salón, observando la estantería, como si nada hubiera pasado; agachándome sobre un trofeo para examinarlo mejor; con un interés exagerado en los detalles, pero todo era fingido. Quería prever la reacción de las mujeres, a quienes más miedo tenía y sólo de pensarlo, deseaba que el acta no pudiera ser elaborada, para que hastiadas se fueran a su casa; pero repentinamente, sin saber de dónde había salido ni quién le había informado lo que escribiría, al voltear la cabeza hacia la mesa, descubrí a una de las secretarías entregando unos papeles al director, que ya se aprestaba a firmar. Cuando lo hubo hecho, me dio el bolígrafo diciendo:

—Léala, para ver si responde a lo pactado y sírvase firmarla.

Evité leer los consabidos “En la ciudad de...” buscando los puntos que habíamos tratado y, allí estaba:

...La Dirección de la Escuela acepta, que en lo sucesivo, sea la representación estudiantil quien haga el escrutinio de la elección de...

...Acepta también, que la sociedad de alumnos electa, elabore estatutos que la rijan...

...Conjuntamente con la SEP, acepta regularizar el sistema de becas...

Busqué mi nombre y firmé tantas hojas, cuantas me fueron presentadas. Firmó también el, a partir de este momento, mi excontrincante, que a duras penas podía reprimir una sonrisa de satisfacción. El viejecito firmó al último. Se despidió afectuosamente, entregándome una tarjetita para que lo visitara.

—Venga a verme cuantas veces lo desee; me dará mucho gusto platicar con usted. Y, un último consejo: Manténgase sereno ante sus compañeros; porque las pasiones ciegan a los hombres y es posible, que de momento no le entiendan... ¡Suerte!

Salí después de mi excontrincante. En la puerta levantó las manos, imitando a los políticos de moda, gritando a sus simpatizantes:

— ¡Ganamos!

Salí detrás e inmediatamente, rodeado por el Tetrágono, caminé por el corredor hacia donde intuyeron mis partidarios, que les iba a informar lo ocurrido y les dije:

—La dirección ha aceptado los puntos dos, cinco y seis de nuestras peticiones y nosotros hemos retirado los restantes; esto quiere decir, que nuestro movimiento ha triunfado y que a cambio de ello, por última vez, la dirección impone a la sociedad de alumnos. La razón que tuve para aceptar es muy simple; nosotros no tenemos nada que objetar contra la otra planilla, sino contra el método que se usó para elegirla. Peleábamos defendiendo principios, de ningún modo, en busca de posiciones personales.

No hubo aclamaciones ni gritos. Fui caminando rumbo al salón al lado de Ciro, que me informó que ya no habría clases, hasta el día siguiente. Seguí entonces caminando sin virar, para tomar la calle. Media cuadra adelante, noté que varios me seguían, entre ellos Marsella, quien me dijo cuando nos deteníamos a esperarlos:

—Creo que hiciste bien; pero difícilmente lo entenderán todos. Ya hay quienes te tildan de vendido.

—¿Ustedes, qué creen? —contesté preguntando.

—Nosotros te conocemos, Héctor; por eso confiamos en ti —mientras Marsella me hablaba, observaba su expresión un poco afligida—. Estamos seguros que hiciste lo que otro no haría. Creo, a veces, que te das muy poca importancia.

Tardamos un poco, parados en la calle. Tal vez formábamos un grupo de diez o quince, en el que Pash no estaba, aunque por el momento, no le di importancia. Cuando el follaje crece, no hay sabia para floración. Seguí caminando y hablando, con rumbo a mi casa. En el trayecto, el grupo se fue desintegrando; una cuadra antes de mi domicilio, las mujeres se despidieron también y continué acompañado, ya solamente por Ángel y Ciro que no me abandonaron, hasta la puerta.

Al día siguiente, me dirigí a la escuela como de costumbre, pero en el trayecto, iba ensayando las respuestas a las preguntas con las que, intuí, me habrían de estar martirizando.

En la mañana nada pasó, pero después del desayuno, cuando entré al salón, aún vi la sonrisa de Ramón diluyéndose entre un grupito que lo escuchaba y en el cual estaban las mujeres.

—No debían haber confiado demasiado en Héctor que, finalmente, ¡es coles!

Caminé silenciosamente como si nada hubiera escuchado, con la intención de buscar asiento en las filas de atrás, pero Ciro no me lo permitió; había apartado una silla para mí en la tercera fila.

—No les hagas caso. Te tienen envidia.

—No —le contesté lacónicamente a Ciro. Me senté y comencé a hojear mi libreta para encontrar los apuntes de la clase correspondiente.

Pasé todo el resto de la mañana custodiado por Ciro, para evitar las impertinencias de los compañeros. A cada rato oíamos voces y ruidos en los pasillos que eran inusuales, acompañados, una que otra vez, por carreritas; Ciro me comentaba:

—Se preparan para el festín. Todo parece indicar que ya se sentían perdidos, pues habían olvidado hasta la celebración.

Yo no le contestaba, pensaba en otras cosas tratando de no atormentarme; no había necesidad de hacer yo mismo, lo que otros harían de mil amores. No era exclusivamente a mí a quien Ciro inspiraba confianza; sabía de sobra que de algún modo, era confidente de Pash. Hacía las veces de comodín, en las tres facciones en que nuestro grupo se dividía, pues con alguna frecuencia, se le veía también con los burgueses que lo querían de verdad, tal vez por considerarlo de su clase o por lo que ya antes apuntaba, que inspiraba confianza. Muy pocas veces me sentí tentado a cuestionarlo a cerca de lo que Pash, con toda seguridad le comentaba; porque habiéndome dado muestras claras de que era discreto en mis asuntos, no tenía por qué suponer que no lo fuera en los de los demás.

Finalmente concluyó la última clase. Hacía rato que tenía la intención de marcharme del salón, pero me había aguantado estoicamente hasta el último momento. Cuando el maestro dio por terminada su sesión, me le adelanté para salir presuroso.

Durante la tarde, me encerré en casa con el pretexto de estudiar. Cuando Cani regresó del parque, a las ocho de la noche, me encontró aún echado sobre el catre, entre libros y notas.

—No tomes el estudio tan en serio —me dijo—; tenemos otras necesidades que satisfacer. Te estuve esperando en el parque. Le había dicho a mi novia que te iba a presentar con ella, para que “te meta el hombro” con alguna de sus amiguitas del colegio; pero te hiciste ojo de hormiga.

—La verdad, no es que tome el estudio demasiado en serio; sino que hoy no tenía deseos de salir a la calle, para evitar la charla con quien fuera. Tuve ayer un problema, que prefiero que se enfríe un poco antes de abordarlo. En este momento, es posible que yo mismo lo enfoque demasiado temperamentamente —mientras le hablaba, una sonrisa se bosquejaba con trazos rápidos sobre los labios de Cani.

—¿Tiene algo qué ver Pashita, en tus preocupaciones?

—¡No! —contesté turbado—. Son cosas de la política de la escuela.

—No te compliques la existencia —me dijo—; meterse en política, significa pretender arreglar los problemas de los demás. Es preferible que cada quien sufra sus propios dolores de cabeza para resolver sus problemas —confidencialmente continuó—. Hoy, como a eso de las siete, vi a Pash en la calle con un muchacho. ¡Qué guapa está! Por eso creí que estaba entre tus problemas.

—Tú sabes que es mi compañera, pero nada más —le contesté.

—Estás desaprovechando una oportunidad de oro, porque sinceramente, yo creo que te da lado. Es francamente muy guapa y cuando finalmente te decidas a hablarle claro, ojalá no sea ya tarde; porque pretendientes, no le han de faltar. Es preferible que sufras por ella y no por otros.

En ésas y otras charlas, nos entretuvimos un buen rato más, hasta que cansado, le dije que me iba a dormir. Me senté en el catre a quitarme los calcetines y con tristeza, vi que uno de ellos ya estaba roto de la puntera.

Casi nunca he padecido de pesadillas, pero esa noche me tuve que parar de madrugada a buscar un vaso de agua, porque desperté sobresaltado después de estar soñando que estaba en un gran banquete, entre familiares y amigos. Una de mis hermanitas me servía una nuca de pavo horneado (mi pieza favorita). Al momento de empezar a descarnarla, noté con repugnancia que exudaba sangre. Retiré el plato y



en ese momento, el pavo se paraba de la palangana y me perseguía a picotazos tales, que me despertaron con la garganta seca. Atravesé el patio, que me separaba del comedor, para ver desde él, una enorme luna de hielo, cuyo frío resbalaba sobre el lugar, desde el que yo la veía. Busqué en el firmamento a los gemelos Cástor y Pólux, pero yo no estaba ahí. En la quietud de la noche, empezaba a respirar una paz sedante, que me transportaba navegando sobre encajes de nubes hacia inmensidades azules, lejos de las inquietudes del corazón. Pero, qué solitario estaba todo. Quizá Cani tuviera razón y fuera preferible regresar a este mundo, a sufrir; pero con Pash.

Como se abstrae del mundo la luz del sol cuando se oculta, sin que se note un cambio brusco en la intensidad lumínica de nuestro entorno, así los acontecimientos que un día parecen absorber todos los actos cotidianos, se van alejando como el crepúsculo: iluminando a veces un detalle con colores vivos, que antes parecía insignificante. Agigantando otro, que se erguía aterrador. Ridiculizando al de más allá, que en forma de nubécula tímida, se esconde rauda en lontananza. Así, los acontecimientos políticos se fueron diluyendo en los pliegues oscuros del pasado, para que nuestra vida estudiantil retomara su cauce normal, sin realces o colores fuertes. Nada parecía haber cambiado; sin embargo para mí, algo ya no era igual. Conforme los días pasaban iba, poco a poco, ocupando mi mente en el análisis de los sucesos pasados y ahora, que ya casi nadie los sacaba a colación entre las charlas, era yo quien insistía en que opinaran acerca de ello.

Un día Ángel me comentaba, sentados en el borde de la cama que ocupaba en su posada:

—No me explico cómo pudiste renunciar a esa oportunidad. Para todos tus seguidores, los famosos seis puntos con los que tanta alharaca hicimos, no eran más que uno: desconocimiento de las elecciones, para que tú fueras el presidente. Sin embargo, parece que te enredaste en tus propios razonamientos, porque te quedaste en la elección de los que sólo eran argumentos auxiliares, del objetivo único de nuestra ambición: la sociedad de alumnos. ¿Acaso crees que alguien de nosotros se interese por lo que va a pasar en las elecciones del próximo año, cuando nosotros seguramente estaremos lejos de aquí?

Mesé mi cabello nerviosamente, intentando quitarme la imaginaria aureola que yo mismo, en mis ensoñaciones, había colocado sobre mi cabeza, cuando creía emular las grandes hazañas de los transformadores de las sociedades y musité confundido:

—Pero, si fuiste tú mismo quien me atormentaba con esas bobadas de los caudillos chorreando sangre.

—Recuerdo eso y creo que te lo dije para atormentarte un poco, con lo que todos considerábamos un hecho. Pero no pensé, que la lucidez con la que siempre nos impresionas, se opacara en ese momento, que me dio la oportunidad de vengarme de algo que tal vez ni siquiera sospechas. Porque en esos días, creí que tú eras el causante de que Pash se alejara más y más de mí.

—Me parece que fuiste retorcido conmigo —le reproché.

—Tal vez tengas razón; pero es que tú no sabes los consejos que da el despecho. Aun cuando sigo teniendo a mi favor, que fui de todos modos tu partidario.

Hurgando entre las piedras del camino en el que había transitado, estaba percibiendo un inframundo que nunca hubiera imaginado. Me sentía humillado y más que nada, ridículo. Ángel me rogó que no me enojara, pues finalmente no había hecho otra cosa, que explicarme con sinceridad, lo que yo mismo le había preguntado y que siguiéramos platicando. Le aseguré que no estaba enfadado, pero que tenía que irme; otro día continuaríamos la plática. Insistió en que tenía cosas que me interesaría oír, pero yo no quise saber más. Le ofrecí que tal vez al día siguiente, hubiera tiempo para continuar la charla y salí a la calle, a respirar el aire aún caliente de la primavera tuxtleca.

Me dolía el cuerpo como pretexto, para no admitir que lo que realmente tenía mortificada, era el alma. Empezaba a oscurecer en las calles y yo caminando sin saber a dónde ir. Ardientemente deseaba ver a Pash para platicarle mis desazones, pero cada día era más difícil la intimidad con ella, por culpa de ese mocoso malcriado, que estaría mejor en una correccional, que interponiéndose como parásito entre la tierra y la rosa.

Extraviado entre cavilaciones, llegué al parque, en donde no pude reprimir el deseo de pararme frente al palacio de gobierno con los ojos cerrados, para recordar aquel domingo de girasoles de chifón amarillo,

cuando oí el característico chiflido de Cani. Volteé a todas partes, hasta localizarlo en una de las bancas centrales, sentado junto a una muchacha. Me acerqué a ellos y señalándome, le dijo a la chica:

—Este es el colete de quien te he hablado.

Nos estrechamos las manos en el momento en que ella volteaba a ver a Cani, recriminándole con la mirada, por no llamarme por mi nombre; pero él, sonriente como siempre, dijo:

—Siéntate un rato con nosotros. Parecía que esperabas ver salir al gobernador por alguno de los balcones.

—No. Me estaba acordando de tu bromita aquella, cuando me empujaste sobre un grupo de chamacas.

—¡Marcos! Siempre actúas como un chiquillo —dijo la muchacha, cuyo nombre hasta ese momento no recordaba, a pesar de que Cani me la mencionaba a cada rato.

Era un poco pretenciosamente elegante, con arracadas, pulso y reloj de oro. Lucía un vestido de una sola pieza de seda estampada japonesa, de ésa que se pega sensualmente al cuerpo. Zapatillas y bolso de piel de color verde. Morena clara y rasgos negroides que, a mi gusto, le restaban atractivo a su cara.

—No me extrañaría que al describirme, te hubiera dicho que soy moreno de ojos azules. Parece ser su prototipo de belleza masculina. Es lo que siempre le anticipa a cualquier chamaca —añadí.

—Exactamente —dijo Martina (ahora me acuerdo de su nombre)—. Eso fue lo que me dijo. Se ve a leguas, que lo conoces.

Cani había acelerado la sonrisa, desbocándola en carcajadas, para manifestar que se sentía muy divertido. Mientras platicábamos yo permanecía de pie, viendo a todos lados, para encontrar un pretexto y dejarlos solos. Juan Augusto y Ciro me dieron la oportunidad, cuando los descubrí cruzando la avenida.

—Nos veremos más tarde. Estaba haciendo tiempo para encontrarme con unos amigos y ahí los veo venir. ¡Mucho gusto Martina! —le di la mano y me dirigí a interceptar a mis compañeros.

—¿Llegan o se van?

—Estamos llegando —contestó Juan Augusto— y buscando con quién platicar. Nada mejor que contigo, a quien tiene días quería pre-

guntar algunas cosas. Tú sabes que me mantuve al margen del mitote de las elecciones, pero te soy franco, me simpatizabas más tú que Rodolfo, pero... siempre sospeché que no deseabas estar metido en esos líos, porque para mí siempre estuvo claro, que eran las viejas las que te estaban empujando. Me preguntaba cómo le harías para desembarazarte de ello y he de admitir, que me agradó la forma como te quitaste el bulto de encima. Pero me quedó la duda de, si fue casual o meditado.

—Me supones con una clarividencia que estoy muy lejos de tener —le repliqué, con una sonrisa nostálgica—. Nunca quise soslayar ninguna responsabilidad y si lo hice, fue totalmente involuntario. Hasta hace un momento, estaba seguro que actué según mis principios; ahora ya no estoy seguro de que los tenga.

—Supuse, cuando insististe en que fuera el número dos —intervino Ciro—, que pretendías que estuviera presente, para ser testigo de tu triunfo. Cuando te vi salir derrotado, no pude imaginar, qué amenazas tan graves habrían podido usar para obligarte a callar, incluso con nosotros.

—Ni me amenazaron, ni creí salir derrotado —dije con vehemencia—. Es ahora que empiezo a intuir, que me derrotaron por haber sobreestimado a mis simpatizantes. El deseo de gobernar a otros, es un veneno del que pocos se inoculan a tiempo. Nuestro país, cuna de caudillos, no abandonará del todo su estado salvaje, hasta que no cuente con menos gobernantes y más estadistas; pero, ¡ay!, es pedir que los hombres pierdan su naturaleza humana, porque hasta los grandes filósofos le han hecho propaganda a la política, como el arte supremo de los hombres y yo estoy suponiendo que debiéramos aspirar a ser dioses para ordenar el concierto supremo del cosmos. Nunca he tenido pretensiones de ser líder de nada, me conformo con llegar a ser un ciudadano honesto, porque la política es el vano follaje de los mortales.

—Aún con lo que has dicho, creo que fue una lástima que no fueras presidente —dijo Juan Augusto—. Todos quedamos un poco frustrados y a pesar de tus palabras, creo que tú tampoco eres la excepción. Nos veremos mañana.

\*\*\*

Cuando llegué al salón, Pash platicaba en los corredores con los muchachos del otro grupo. Me sentí injustificadamente molesto por ello y decidí sentarme atrás de Marsella, esperando que el maestro llegara para seguir inmerso en mis cavilaciones, sin que fuera evidente que me sentía marginado.

Pash finalmente entró, con pasos rápidos y tras ella el mentor, quien inmediatamente empezó a explicar su tema. No pasó lista, hasta terminar la hora; para entonces, Pash había pedido permiso para retirarse.

En los diez minutos de receso, aproveché para pedirle a Marsella que me acompañara a los barandales del corredor, porque tenía algo que decirle. Al estar con ella en este lugar, vi que Pash salía del otro grupo; afortunadamente, para entonces, ya le había formulado a Marsella mi pregunta, acerca de lo que ella pensaba sinceramente de mi actitud en el pasado conflicto político y ya estaba hablándome:

—El asunto ya pasó y tal vez, lo mejor fuera no hablar más de ello, porque seguramente lo único que logremos, sea lastimarte; pero ya que lo deseas, te he de decir que pensé durante algún tiempo y es más, le consulté a mi papá sobre el asunto. Él admira la forma en que te comportaste, pero creo que la verdad, es que él no quería que el movimiento continuara. En lo particular, habría preferido que se perdieran los otros cinco puntos, menos la sociedad de alumnos. Me siento aún humillada, cuando me acuerdo de esos mediocres gritando que habían ganado, pero no me hagas caso; si me obligo a pensar en ello un rato, con serenidad, sé que hiciste bien y por eso te admiro; porque tu forma de pensar, está muy lejos de la nuestra.

—Gracias por tu sinceridad Marsella. Entremos al salón, que no tarda en comenzar la siguiente clase.

Me senté nuevamente atrás de ella y Ciro, que estaba sentado al lado de ella me preguntó:

— ¿Qué tanto le decías en secreto?

— “Serenatas del diablo a Marsella” —dije en voz alta; actitud que hizo que las muchachas quedaran viendo interrogantes a Marsella, quien, turbada pero risueña, intentó una broma tapándose la cara. Bus-

qué, volteando para ver si Pash se había impresionado con mi ingenio para aplicar el verso, pero ella no estaba.

Terminaba esta semana y empezaba la última, anterior a las vacaciones de Semana Santa. Cada año, la sociedad de alumnos conseguía un autobús, para los estudiantes que quisieran ahorrarse el pasaje y éste no era la excepción; ya había en la pizarra de avisos una cartulina, anunciando que se podía reservar asiento de ida y vuelta a Puerto Arista, con salida el Jueves Santo y retorno el Domingo de Resurrección. Desde el lunes era tema de casi todos, haciendo planes para ir a la playa, que año con año se saturaba de vacacionistas. Era posible ahorrarse el pasaje trasladándose en el camión que ofrecía la sociedad de alumnos, pero aún así, se requería algún dinero para solventar los gastos de alimentación y a veces, hasta de alojamiento, si se era un tanto delicado, pues no eran pocos los que dormían a la intemperie, sobre la arena. Las temperaturas tan altas del trópico, hacían menos incómoda la pernoctada al aire libre. Aquellos, cuyo peculio no alcanzaba ni para estos gastos, permanecían en la ciudad para ir un día a Cahuaré, que estaba sobre el Río Grande, a diez kilómetros de Tuxtla. O si se prefería algo más refinado, al Chorreadero, distante veinte kilómetros; cascada sobre el arrollo, oratoria demagógica de la montaña, modulada en el fondo de una gruta. Yo no sabía aún qué iba a hacer; inclusive descartaba de una vez, el viaje a Puerto Arista; nunca fui aficionado a concurrir a lugares multitudinarios.

Ese mismo lunes, Marsella me había confiado que no pensaba salir a parte alguna durante los días de vacaciones, puesto que los dedicaba a su culto y a ponerse al día en los pendientes que tenía en las clases. Casi a media semana tuve oportunidad de platicar con Pash de ese mismo tema. Recordaba que era aficionada a escuchar a Hugo Avendaño y en esos días, uno de los hermanos de Cani me había regalado un disco maltratado del cantante, cuando le sugerí que lo pusiera en su consola. Le dije a Pash, que tenía ese disco y que yo no podía escuchar por falta de tocadiscos, que si no lo encontraba demasiado maltratado, se lo regalaba.

—Llévalo esta tarde a mi casa para que lo oigamos.

Llegué, con el fonograma, que resultó francamente inaudible; pero afortunadamente, del sobrino ni su sombra y me guardé muy bien de

preguntar por él. Para estas fechas me resultaba ya, francamente odioso.

Pash volvió a ser casi como antes: afectuosa y conversadora. Dije afectuosa, porque el hecho de que platicáramos en el corredor interno, tenía para mí, un significado de intimidad; en cambio, el permanecer en la sala, parecía una cuestión de formalidad; donde cada cual se sentaba y se obligaba a una serie de convencionalismos. No así en el corredor, donde ella estaba de acá para allá, impresionándome con su presencia, su forma de asentar y retirar los pies del suelo; todo ese conjunto de actitudes y mohines que yo tanto añoraba.

Cuando le pregunté de sus vacaciones, se extendió en detalles de su visita al puerto el pasado año y lo que suponía que sería éste; porque ella sí estaría en Puerto Arista con hermano y primos que ex profeso venían de la Ciudad de México para este evento. Me platicaba deleitosamente sus paseos en cayuco por los esteros; en motocicleta, por los caminos; los interminables bailes bajo las palmeras; y la inexcusable bronceada, en el comal salmuerado del mar tropical. En su larga exposición de lo que significaba el puerto para el tuxtleco, nunca se le ocurrió preguntarme, si yo también iría. No me importó, porque no pensaba hacerlo; pero días después, en la soledad de las calles de Tuxtla, durante la Semana Mayor, pensaba si no eludí a propósito la pregunta, para evitar compromiso conmigo, en un programa donde no estaba incluido.

Después de esta ocasión, llegaron las ansiadas vacaciones, sin que volviera a tener oportunidad de platicar a solas con ella y me quedé cual fantasma, en las solitarias calles tuxtlecas, porque hasta Cani partió a Puerto Arista.

## Las espinas

La Semana Santa no fue tan improductiva. Debidamente pertrechado con libros y obligado por las circunstancias, ya que hasta las fresquerías estuvieron desiertas, tuve la oportunidad de leer algunos libros, cuyos textos había estado aplazando indefinidamente. Hubo días en los que me sentí tan solitario, que marché al aeropuerto, con deseos de encontrar un lugar desocupado en los aviones que regularmente cubren la ruta hacia mi pueblo; pero ya estando en los hangares —que más servían de bodegas u oficinas, que para resguardar los aparatos—, me arrepentía; para no malgastar mis pocos pesos, en un viaje tan efímero. Así, me entretenía viendo a los aviones despegar y aterrizar, u oyendo los comentarios de los pilotos acerca del estado del tiempo, o recorriendo con la imaginación, estimulado por los nombres, los lugares hacia donde viajaban (nunca los dejé de admirar por su arrojo en pilotar todo el día, esos artefactos que a mí me infundían pánico). Pero en fin, eso había quedado ya en el pasado y hoy lunes se reiniciaban los cursos, que esperaba con verdadera alegría.

Las clases de antes del desayuno, fueron poco concurridas y quizá por lo mismo, aburridas; pero para las diez de la mañana el panorama fue otro, al escuchar a cual más, contar las peripecias de las vacaciones. La mayoría se quejaba de las incomodidades; de la falta de seguridad (uno que otro, había tenido que alimentarse mendigando la comida entre los conocidos, pues los habían bolseado); otros se quejaban de que habían demasiados ebrios; los de más allá, que la policía había querido prohibir que durmieran en la playa. No faltaron sin embargo, los que entre suspiros, platicaban de aventuras románticas, de bailes concu-



rridísimos, de la belleza de las concursantes en el certamen tradicional que el puerto organiza. En fin, cada uno traía su alforja llena de vicisitudes, como tema para contar cuando menos durante toda una semana.

Veía a Pash, con la piel enrojecida, más que bronceada, platicar entusiastamente de bailes y paseos. Su tez, normalmente un poco pálida, como es general en tierra caliente, tenía un extraño atractivo, enrojecida por el sol y la sal que, al transcurrir los días, fue cambiando paulatinamente. La brillantez rojiza del lunes se fue apagando poco apoco, hasta convertirse en un bronce mate bastante oscuro. De ahí en adelante, hombros, brazos cuello y cara comenzaron a despellejarse, para mudar a los pocos días. El retoño en su habitual color, me recordó a las serpientes de Tzajalá, que mudan piel, más o menos en esta época, para estrenar en las fiestas de San Juan, una lozana y lustrosa.

En lo que esta metamorfosis duró, algo más de una semana, no intenté entablar conversación con ella; sobre todo en la última fase, como si temiera el contagio del despellejamiento, reminiscencia de las recomendaciones de mi madre cuando niño: mantenerme lejos de quien estuviera en tales circunstancias, si quería evitar el contagio de la varicela.

Pero cuando estrenaba ya su nueva piel tierna y abrigantada, acechaba nerviosamente el momento de abordarla, manteniéndome siempre cerca de ella, con la esperanza de que me insinuara ir a su casa, pero como esto no sucedía, me sentía cada vez más prisionero de la zozobra.

Más de un mes estuve en este estira y afloja, sin lograr analizar con claridad el asunto, para tomar una determinación. Contra mi voluntad, tuve que pedir asesoría a Cani para intentar serenarme. No le expliqué mi estado de ánimo, sino que un tanto vagamente le preguntaba qué hacer en una situación, en la que insistía que era ficticia y que me interesaba, para constatar lo que realmente había aprendido del alma femenina, por si algún día tenía necesidad de echar mano de sus enseñanzas. Divertido y orgulloso de su experiencia, me decía:

—Cuando una mujer te gusta, lo mejor es intentar el noviazgo y esto, no es complicado; por el contrario, declarársele a una chamaca, es lo más simple del mundo. No tienes más que preguntarle si quiere ser tu novia y listo. Si te dice que sí, ya la hiciste; porque la declaración de amor, en

forma, ya te saldrá después; cuando estés a solas con ella. Si te dice que no, que es muy remoto, pues no queda más que probar con otra.

—Oye, ¿pero si la que te dice que no, es la que realmente te gusta?.

—De todos modos prueba con otra y sigue insistiendo con la que te dijo que no. Por lo general, las mujeres se dejan llevar por el gusto de los demás, de ahí que sean tan fácil presa de las modas. Si otra te dice que sí, recapacitan y te aceptan; porque piensan que no evaluaron correctamente tus virtudes, puesto que otras te codician. Por otro lado, si no pruebas con otra, corres el riesgo de que creas que todas te van a decir que no y en lo sucesivo, resulta muy difícil vencer el temor —lo decía muy convencido de su experiencia—. Si quieres probemos esta semana. Ya te dije que mi novia está dispuesta a ayudarte con alguna de sus amigas. Acompañame a las dos de la tarde, hora en que sale del colegio; te presentamos con alguna de ellas y la invitas a la tarde para que te acompañe a la refresquería. Ahí te dejamos solo y te le avientas.

—No; mañana no puedo. Tengo clases.

—No importa. Te queda cerca. Sales a la carrera de la escuela y nos vemos a la entrada del colegio; allí te espero. Voy a ver de qué mañas me valgo para hacer tiempo con ellas.

—No es nada seguro que llegue; mejor lo dejamos para otro día que no tenga clases.

— ¡En caliente! —me animó—. Mañana te espero de todos modos.

A todo esto, ya era tarde y suspendimos la charla, para dedicar el tiempo necesario al descanso. Ya veríamos mañana cómo enfrentar las cosas.

Sucedió algo inesperado al día siguiente. El maestro de la última clase de la mañana, no se presentó; llevábamos media hora esperándolo y no se presentaba. El prefecto nos llegó a comunicar que podíamos retirarnos, porque el maestro había comunicado que no llegaría. Salimos sin prisas, platicando con Juan Augusto, al que le dije que lo acompañaría a su casa para hacerle tiempo a la comida, porque no tenía otra cosa qué hacer. Él vivía en el centro, en un edificio de apartamentos, frente al cual me despedí de él. Consulté mi reloj: cuarto para las dos. Regresé por la calle del colegio y desde lejos divisé la figura de Cani, reclinado sobre un poste de los que conducen la energía eléctrica (o la del diablo).

No ocultó su satisfacción, de tener quién lo acompañara. Cuando me tuvo cerca expresó:

—Qué bueno que te decidiste. No tardan en salir.

En efecto, diez minutos antes de las dos, empezó a brotar de la puerta de enfrente, un torrente guinda de muchachas entre los trece y los dieciséis años, del cual se desprendió una de ellas, que se dirigió hacia nosotros.

—¡Hola Héctor! —me dijo efusivamente Martina, ahora vestida de colegiala—. Qué milagro que te veo.

—No tuve clase a esta hora y decidí acompañarlos un rato mientras llega la hora de la comida.

—Invita a una de tus compañeras —le dijo Cani.

—Ahorita viene —contestó Martina—. Coincidentemente, Doris me pidió que la pasáramos a dejar a su casa.

Volteó a ver hacia la puerta del colegio y atraídos por esa fuerza misteriosa de la curiosidad, nosotros también lo hicimos, para observar que una muchacha menudita, morena como la mayoría, se dirigía hacia nosotros.

—Te presento a Héctor. Es amigo de Marcos —dijo Martina—. Vámonos.

Ellos se adelantaron y yo los seguí, acompañando a Doris. Caminaba abajo de la banqueta, para que los centímetros que tenía de altura sobre el nivel de la calle, se le agregaran a ella y no se hiciera notoria nuestra diferencia de estaturas. A la vuelta de la esquina, estaba prácticamente el parque y hacia allá nos dirigimos siguiendo a Cani y a su novia, que se encaminaron a ocupar una de las bancas centrales (creo que la misma, donde los había visto unas fechas antes).

—¿Qué te parece si los esperamos aquí? —Le dije a Doris, cogiéndome con la mano del respaldo de la banca y prácticamente, interceptándole el paso.

—Como quieras —dijo.

Mientras ella se sentaba poniéndose su carpeta sobre los muslos, vi pasar a Paco, que aún no lograba encontrar chamba en ningún laboratorio y que ahora estaba nuevamente trabajando con Cani. Nos quedó viendo y continuó su camino entre titubeos y a pesar de los mismos,

agitó la mano en señal de saludo. Me senté también y comencé a preguntarle a Doris intrascendencias, tratando de decidir si le haría caso a Cani o no.

—Oye Doris. ¿Quieres ser mi novia? —le dije repentinamente.

La vi saltar levemente de la banca y reprimirse de inmediato. Se agitó sobre su asiento como para acomodarse mejor. Se tranquilizó tragando un poco de saliva (yo había hecho lo mismo) y me dijo aún temblorosa:

—No lo sé. Casi no nos conocemos

—No importa —le dije arrepentido de mi irresponsabilidad—. No hay prisa. Piénsalo con calma.

—Si quieres, nos vemos mañana en la tarde con Martina y su novio aquí, en las refresquerías. Prometo tenerte una respuesta.

Quise ponerle pretextos que la hicieran olvidarse de mi proposición, pero me sublevaba la descortesía y no puedo negar que una corriente de ternura me invadía ante su tierna ingenuidad.

—Claro —le dije—. Tengo algo que hacer, pero vendré a las seis.

El tiempo había transcurrido velozmente y ya Cani se paraba junto a su novia, cuando el reloj público anunciaba, con dos campanadas cortas, las dos y media. Nos paramos también y los seguimos. Más adelante, al ver que los guías se detenían, Doris me dijo:

—Esa es tu casa —señalaba con el índice unas dos o tres casas adelante de donde estábamos—. Creo que es mejor que me dejes aquí, no sea que te vean mis papás.

Le di la mano despidiéndome con un gesto y quedé a la expectativa de lo que Cani y su novia hicieran. Los vi regresar, una vez que Doris desapareciera tras una puerta y ya juntos, los acompañé una cuadra más, para despedirme diciéndole a Cani:

—Te espero en la casa porque ya me muero de hambre.

—No tardo más de diez minutos —me contestó Cani—. Marty vive aquí cerquita.

Doblé la esquina con pasos lentos, para darme tiempo en analizar lo que acababa de hacer. Definitivamente no estaba a gusto; ojalá nadie se enterara. Pidiéndole que fuera mi novia a una chiquilla que ni siquiera conocía; con quien no tenía nada en común. Lo peor, era mi falta de respeto al pretender tomarle el cabello con algo que definitivamente no

deseaba. ¡Pobrecita! Creo que le costó trabajo no decirme sí, de inmediato. Todo por hacerle caso a Cani. Temblaba de indignación contra mí, porque aún sentía su ternura impregnando mi corazón. Lejos de resolver mis problemas, creo que los empiezo a enredar demasiado.

Por la tarde fui a las refresquerías, observándolas de lejos, para estar seguro de no encontrarme con Doris y afortunadamente, no estaba. Cani me había dicho que estaría un rato en el parque con su novia. Me dirigí a una mesa en la que ya había visto a Paco haciéndome señas y me senté junto a él. Sin muchos preámbulos me dijo:

—Oye colesito, no me vayas a decir que andas enamorando a esa chamacaca con la que estabas hoy. Definitivamente hacen la pareja más dispareja que haya visto. Frente a ti, ella es una enana; tú blanco, ella un tizón. No, no es posible. Búscate algo más acorde.

Bastante apenado, le expliqué que había tenido que acompañarla un rato, porque ella iba con la novia de Cani; pero que no tenía ni la mínima intención de enamorarla, ni a ella ni a ninguna otra. Me faltaba tiempo para estudiar (el ruido de los coches, me impidió escuchar si algún gallo cantaba). Afortunadamente, se dio por satisfecho con la explicación y platicamos otras cosas.

Por la noche le pedí a Cani que, al día siguiente, inventara algún pretexto para decirle a Doris que yo no llegaría.

—No le saques al parche —me dijo entusiasmado—. Hoy en la tarde me dijo Marty que la dejaste flechada. Segurito que mañana te dice que sí

—Así será. Pero no voy a ir. No quiero meterme en dificultades por andar siguiendo tus consejos. Ya estamos grandecitos para seguir haciendo niñerías.

—Yo me encargo de seguir atizando el fuego con ella para cuando te decidas —agregó conciliadoramente.

—No; no y no. Por favor, no le hagas concebir esperanzas de algo, de lo que me siento profundamente apenado. No iré ni mañana ni nunca —le dije casi gritando.

—Qué se me hace que estás enamorado de Pash y no me lo has platicado —me dijo sorprendidamente—. ¿Ya le dijiste algo?

—Es hora de dormir —le respondí cortante—. Hasta mañana.

Comprobé que me había complicado la existencia tontamente; ahora ya no podía ir como antes a la refresquería. Tendría que reanudar mis visitas vespertinas a la casa de Pash, aun cuando me tuviera que encontrar con el mequetrefe de su sobrino todos los días. Pero ya no fue tan fácil; frecuentemente me sentía desplazado cuando llegaba alguien más y tenía que despedirme intempestivamente, cuando notaba que estaba de sobra, sin que nadie intentara detenerme. Otras veces era yo el blanco de bromas, frente a la indiferencia de Pash, quien ya no intentaba defenderme, haciendo que me sintiera humillado y obligado a retirarme.

Mis días de tranquilidad empezaban a alejarse con celeridad. Con los amigos, me sentía pronto aburrido y malhumorado; prefería caminar por las calles, con cualquier pretexto, que acompañar a alguien.

En la escuela, me daba mañas para sentarme cerca de Pash y entre clase y clase, ella se las ingeniaba también, para rodearse de cuantos podía, con lo que yo sentía el dolor de la marginación, en tal forma, que me paraba y salía a los corredores para demostrarle mi disgusto; pero ella no se daba por enterada. Mi carácter había cambiado; ya no era el muchacho tranquilo y conciliador. Por favor quítame esta paja, perdía la ecuanimidad, adoptando poses fascistoides reñidas con mis principios. En la intimidad de la cama, reflexionaba y estaba consciente, de que tenía que encontrar una salida; pero no la veía por ningún lado.

Una noche de sueños interrumpidos dos o tres veces por sobresaltos, me dije: Cani tiene razón. La única forma de tener derecho a prioridades, en la compañía de Pash, es proponerle que sea mi novia.

Satisfecho momentáneamente, por haber desatado el nudo gordiano, me volví a dormir.

A partir del día siguiente, cambié de táctica; sentándome algo lejos de Pash, para acecharla. Los días pasaban y la oportunidad no se presentaba. Cada vez que me acercaba a ella, algo se interponía. Ciro la acompañaba con frecuencia a su casa y le hablé claro:

—Acompaña a Pash, por favor; cuando me veas llegar, déjanos solos. Tengo algo que hablar con ella en privado.

Se le iluminó maliciosamente la cara, pero no me pidió explicaciones, contestándome sonriente:

—Claro, Héctor. Cómo no.

Al terminar la última clase, fui el primero en salir del salón. A pasos rápidos, me dirigí al auditorio municipal y entré donde se ubican las taquillas, pretextando ver los anuncios de eventos a escenificarse, pero realmente para esconderme, en acecho del momento en que viera pasar a Pash, por esta ruta obligada para ella. No tardó en aparecer en la acera de enfrente, acompañada de Ciro. Los dejé adelantarse un poco, para alcanzarlos por atrás. Sin mediar palabra le dije a sus espaldas:

—Quiero hablarte.

Ella volteó a verme sin decir nada, abriendo los ojos sorprendida, como diciendo: “y, ¿éste qué?”

—Nos veremos mañana —dijo Ciro y se fue, sin recibir respuesta de nadie.

Pash siguió caminando majestuosamente y yo a su lado, empujándolo. Después de unos diez pasos, aspirando fuertemente, le dije explotando:

—¿Quieres ser mi novia?

No pareció extrañada, ni sobresaltada. Siguió caminando con la cabeza erguida y serenamente contestó:

—No es posible, Héctor. No funcionaría. Eres muy diferente a mí. Yo soy gente sociable, me gustan los bailes, las amistades. Tú por el contrario ...

—Haré lo que tú hagas —interrumpí precipitadamente—. Si hay que ir a bailes, iré. Si hay que visitar a alguien, lo visitaré. El hecho de que hasta este momento no haya procedido así, no quiere decir que no lo pueda hacer.

Pretextó mil cosas más, pero yo no le dejé un solo hueco por donde pudiera eludirme; de modo que finalmente, no muy animada, me dijo, ya casi para llegar a su casa:

—Bien. Probemos. ¡Adiós Héctor!

Di media vuelta con pasos rápidos; sudaba copiosamente. Pasé a la refresquería y me bebí un embotellado sin respirar. Pagué y continué caminando hacia la casa, donde medio comí y me fui a acostar al catre, porque me sentía profundamente cansado. Tal vez, estaba enfermo.

Con los ojos cerrados, vi cómo enormes olas me arrastraban hacia precipicios, lanzándome en despeñaderos, pero no quería abrir los ojos; ¿para qué?

Cuando el crepúsculo incendiaba el horizonte y mi pasión, el alma; sumido aún en dudas, decidí ir a su casa. Fue la primera vez, que no la encontré en ella. Con un gran rodeo por las calles, llegué a la refresquería, pero no me atreví a entrar, porque de lejos me pareció que Doris estaba ahí. Seguí caminando sobre la avenida, para cansarme físicamente; repasando cada uno de mis actos de los últimos días; escondiéndome cada vez que avizoraba algún conocido, temeroso de que adivinara mis congojas. A ratos levantaba la cabeza, rebelándome de actitudes tan poco dignas, pero pronto prefería nuevamente las sombras para caminar. Finalmente llegué a la casa, con la idea de dedicarme un rato a estudiar, pero no pude; los conceptos me pasaban volando por los ojos, sin que mi mente los pudiera aprisionar. Tenía pendiente por resolver algunos problemas matemáticos, cuyo rigor, siempre lograba el milagro de abstraerme de preocupaciones; hoy, sin embargo, hasta ese recurso me fallaba y tuve que invertirles el doble del tiempo que normalmente me hubieran ocupado. Sentía como un cingulo de espinas estrechándome ásperamente el vientre y un leve dolor en el pecho me obligaba a hacer continuamente inspiraciones profundas. Me acostaba en el catre y mis oídos eran la caja de resonancia de las percusiones de mi agitado corazón. Opté por el baño. Era la segunda vez que me bañaba en el día. El agua fría me alivió un poco y tan pronto como la serenidad reconfortaba mis débiles fuerzas, intentaba evaluar los conflictos que me asestaban y del mismo modo volvía a alterarme.

¿Qué había de pasar en mi relación con Pash?. Algo me decía, que no había avanzado un ápice, a pesar de que hoy al medio día, me hubiera aceptado. Estaba sobre una senda demasiado saturada de espinas, que habría de recorrer con el corazón; la piel de mi alma, estaba exageradamente tierna para recibir las heridas de los cardos. Sentado en el borde del catre, doblaba con frecuencia el tronco, con la intención de cogerme las rodillas con las manos, para aliviar un incipiente dolor de espalda que, inicialmente, achaqué a la tenaz posición; pero que posteriormente atribuí a una trampa psicológica por medio de la cual, mi cuerpo se



obligaba a tomar la olvidada posición fetal, que me proporcionara en estos momentos de conflicto, la seguridad del vientre materno.

Hacia rato que el manto nocturno había caído y Cani no llegaba. Decidí bajar al patio a esperarlo, pero me retracté en las gradas; un rayo impetuoso había iluminado el firmamento y su estruendoso rugido, me acobardó. ¡Qué lejos el arrojito de apenas un año atrás! A través de la ventana, observaba el cielo iluminarse a cada rato y al mismo tiempo, nublárase el corazón. Permanecí un buen rato sin dormir, pero afortunadamente, Cani llegó y con él, la charla amena; trivial, pero sedante.

El martirio continuó al día siguiente; Pash no me daba muchas facilidades para acercarme. Siempre estaba escoltada por varios de nuestros compañeros, o se iba al grupo rival, a pasar los descansos. Llegó la última clase y ella se retiró antes de que concluyera.

Después de la comida, pensé en ir a su casa, pero deseché la idea; el hecho de que hubiera salido prematuramente de la clase, indicaba que tendría algún compromiso (mañana será diferente). Eso fue lo que pensé, mas no lo que sucedió. La historia del día anterior, se repitió y por la tarde, me armé de valor y fui a su casa. La misma sirvienta de un par de días antes, me informó que la señorita había salido. Sentí una enorme soledad. Algo anormal estaba pasando y yo sin enterarme; tal vez Pash, tenía un problema ajeno al mío y la estaba juzgando mal.

Al tercer día por la mañana, había recibido un telegrama depositado en fecha anterior, en el que mi padre, me pedía que lo buscara en el Hotel Jardín a las diez de la mañana, porque llegaría en la avioneta procedente de mi pueblo.

No fui pues, a la clase de las diez y estuve esperando en el hotel, a que mi padre llegara, observando desde el patio las nubes negras que presagiaban lluvia. Impaciente me acerqué a la oficina de la compañía aérea, ubicada al lado de la recepción del hotel, para conocer el estado del tiempo a través de la radio interna, en donde el radio operador me informó, que por el mal estado del tiempo, los vuelos se habían suspendido. Caminé el trecho que me separaba de la escuela, con lentitud, esperando que fueran las once, para llegar justo a la hora en que empezaba la siguiente clase; pero en el trayecto, no pude eludir el encuentro

con unos parientes, que me demoraron más allá de la hora y llegué a la escuela, quince minutos tarde.

Me disponía a trasponer el pórtico, cuando vi a Pash sentada en una de las bancas de los corredores frente a la dirección, con Malena. No lo pensé dos veces y me dirigí a ella para decirle:

—Necesito hablarte unos minutos.

Quedó viendo a Malena que, se paró y se retiró. Luego, lentamente volteó la cara para decirme:

—Héctor, lo nuestro no puede ser. Perdóname, pero hemos terminado —se paró y se fue.

Quedé viendo el espacio vacío en la banca de cemento. Me senté en ella sin pensar en nada, viendo en un esquinero de la pilastra, una araña devorando una luciérnaga, enredada en la tela tejida por su victimaria; su luz nocturna no le había servido de nada ante la astucia de su enemiga. Comencé a sentir el soplo de un céfiro invadiendo mi interior, de tranquilidad beatífica, que me obligó a pararme nuevamente para caminar sereno, ausente totalmente de las excitaciones de mi sistema nervioso. Desde media cuadra, distinguí a un compañero con quien casi no tenía relación y hacia él me dirigí, con la intención, de entablar conversación. Él fue quien me informó que el maestro de la materia que nos debiera corresponder a esa hora, no había llegado.

El resto de la mañana, la pasé en las clases, sin mayores agitacione- nes, flotando en un limbo lejano, sostenido por nubes de algodón de colores, como ésos que tanto me gustaban en las ferias, cuando niño. A mis pies, lagos azules refrescándose con su vapor. Sin embargo, estaba consciente de que no me podía concentrar en nada.

Hoy juzgo conveniente, detenerme en algunas consideraciones. No puedo decir que no tenga palabras para describir las emociones de esa ocasión, porque no las tuve. ¿Cómo me atrevo a decir que no tuve emociones, sin que se crea que estoy mintiendo? Pareciera que cuando el cerebro encuentra meandros por donde vislumbra posibilidades en contra o a favor del problema que nos aqueja, es cuando desarrolla su máxima capacidad para transmitir sufrimiento al individuo en general y que, por el contrario, cuando éstas han desaparecido totalmente, el estado de zozobra ya no tiene justificación. Muchos años después, tuve ocasión de

experimentar nuevamente, este increíble fenómeno, que no estoy seguro que a todos nos suceda: tuve un accidente automovilístico y cuando el vehículo estuvo en el aire, volando irremediamente hacia el precipicio, no sentí emoción alguna, ni angustia ni nada. Me había encontrado a mí mismo en lo irremediable. Había trascendido el dolor humano. Supongo que fue esto mismo lo que sentí tras las palabras de Pash; no había por el momento, nada que se pudiera hacer; la puerta estaba irremediamente cerrada; mi sufrimiento comenzaría cada vez que se filtrara alguna luz por las rendijas de su alma y éstas, no tardaron en asomarse, pero fue varios días después. Por ahora no sentía ni siquiera la necesidad de llorar (en mi familia ni las mujeres lloran). La angustia por detener lo que se ha ido; la sed de venganza por la injuria recibida; el resentimiento por la amistad burlada; nada que pudiera inventar para causarme un dolor inútil, pero placentero. No sé si el dolor se siente cuando las espinas se clavan en el corazón, o cuando lo abandonan. El dolor profundo no se siente de inmediato. Aquél que traspasa vertiginosamente el torrente del ADN, para incrustarse como información genética, en el indescifrable misterio cromosomático; el que rompe las fronteras del tiempo, para seguir manifestándose en generaciones venideras; sólo se siente, cuando perdida su inercia, el proyectil regresa a la superficie humana, inflamando los desgarres que su mordedura lacerante efectuara. Es entonces, cuando el sufrimiento le susurra a uno, que por unos instantes quizá, ha traspasado los linderos del infinito, para sentir la satisfacción de un placer más allá del moral; porque el sufrimiento es el residuo del trueque con lo eterno.

Al otro día, tomé asiento donde siempre, en la primera fila; pero para las siguientes clases, me coloqué en la segunda, desde donde observaba a Pash, sin interés exagerado. Su expresión era un poco triste; como que a pesar de todo, ella también se sentía levemente afectada por los acontecimientos pasados. Pero esto duró poco; al correr de los días, fue volviendo a la normalidad e intentando, aparentemente, que yo lo tomara de igual manera; pero ella ignoraba que entre los dos, se levantaba gradualmente un muro de incomunicación. Poco a poco fui recorriendo mi lugar más y más atrás, hasta terminar sentándome en la última fila. Mi interés por las clases también fue declinando, pero afortunadamente, llevaba un tramo de ventaja tal, que aun así, me mantuve en los prime-

ros lugares. Cuando ella notó que lo mío no era pasajero, es decir, que lo que ella había considerado un simple arañazo, era un surco profundo; también cambió un poco de carácter. Ambos habíamos dejado, en un rincón del tiempo, un pedazo de nuestra antigua personalidad.

Mi resentimiento se ponía a veces de manifiesto, prometiendo no darle ninguna oportunidad de hablarme; seguir a pie juntillas sus palabras: habíamos terminado.

Posteriormente, en vísperas de la elección de reina del estudiante, llegó al salón acompañando a los del otro grupo, con la intención de hacer proselitismo. Ese día tuvo oportunidad de recordar, aquel famoso verso que estudiamos en la clase de literatura: “Y vi en milano trocarse la paloma...”. Me paré de mi asiento, para encaminarme hacia el maestro y desde la tarima, oponerme terminantemente, a que nos distrajeran de la clase con frivolidades como las de elegir sucesora. Para todos estuvo suficientemente claro, a quién me refería y un respetuoso silencio rubricó mis palabras. No contestó; dio media vuelta y salió con su equipo hacia otro lado. Alcancé a ver de reojo cómo la expresión de su rostro se ensombreció, con los ojos inundados de una gran melancolía. A partir de ese momento me veía con respeto o con tristeza. En las pocas oportunidades en que estuvimos cerca, era yo quien, al percatarme de su proximidad, abandonaba el lugar para situarme lejos de ella.

Una gran influencia tuvieron en esta actitud los pocos comentarios que todavía escuché acerca de lo que había sucedido. Carlos, un muchacho con quien mantenía un lejano contacto, me había dicho un día, sentados en las filas de atrás:

—Acláranos si Pash te dijo sí, o no; aun cuando haya sido por poco tiempo. No hemos podido definir todavía, quiénes perdieron sus apuestas y quiénes las ganamos.

—Ganaron los que apostaron a que me diría que no —le contesté, sin perder la serenidad, a pesar de que me sentía profundamente humillado, de que se hubieran cruzado apuestas acerca de algo que siempre creí muy íntimo y muy discreto. Naturalmente, de esta indiscreción pensaba que no podía haber más responsable que Pash, quien me había puesto como escabel a sus plantas, para demostrarse a sí misma y a los demás, que seguía siendo la número uno.

Al paso del tiempo, me fui volviendo un tipo hosco y huraño. Dejé poco a poco de frecuentar a los amigos consuetudinarios, pasando más horas en la biblioteca. Temía las preguntas o comentarios de los amigos, acerca de Pash, que de una u otra forma, renovaban mis heridas, tal como sucedió un día en que Ángel, me acompañó a la refresquería. En ella me recordó aquella plática en su casa, en la que me había enfadado su confesión, de que perversamente me hizo sufrir con el asunto de la política estudiantil.

—En esa ocasión te enojaste y ya no pude platicarte algo, que pensé que te interesaría. Tengo un hermano que estudia en la Ciudad de México y comparte la misma casa de huéspedes que el novio de Pash. Bien; en esos días, él me había escrito diciéndome que Pash y su novio se habían reconciliado. Eso era lo que me tenía furioso y alterado, pero lo que aclaró el distanciamiento de Pash, que injustamente había achacado a tu amistad cada vez más estrecha con ella.

—De cualquier forma no me interesa ahora, ni me habría interesado en ese momento. Si bien es cierto que hubo una época en que creí ser su amigo, en poco tiempo me demostró que se cree la Cleopatra del salón y por lo mismo, que todos tenemos la obligación de rendirle pleitesía —y, le cambié el tema molesto—. Ya tiene tiempo que no me das a leer nada. ¿Es que ya no escribes?

Me explicó que había escrito ya muy poco, porque no andaba nada bien en las clases y quería recuperar el terreno perdido para mejorar su promedio tan bajo y nos despedimos, diciéndole que pasaría al parque a buscar a Cani; pero realmente, fui por las calles caminando sin rumbo fijo, un poco molesto de mí mismo. No me agradaba hablar mal de nadie, mucho menos de Pash; por eso prefería que no me la mencionaran. No podía evitar que mis resentimientos saltaran encima de mi pensamiento y esto, me hacía sentir muy mal, porque no estaba acostumbrado a minimizar a nadie. Siempre admitía en todos, las virtudes suficientes, para merecer no sólo mi respeto y consideración, sino de todo mundo. El hecho de que la cercanía de Pash me hiciera sufrir, no la obligaba a ella a nada. No dejaba de admirarla, pero me daba cuenta, sin saber qué había ocurrido, que me hacía sufrir si estaba cerca de mí y si estaba lejos, también. Mi soberbia era la más afectada al sentirme

rechazado y era ahora, mi consejera, para evitar una nueva herida y otra humillación. Mantenerme lejos de Pash; sufriendo, sí; pero a solas, sin tener que hacer de nuevo el ridículo papel de títere.

Seguí viendo esporádicamente a Marsella, que si bien no me hacía comentarios del asunto, no dejaba de sorprenderla, en sonrisitas maliciosas. Mucho tiempo después me pregunté el porqué de su actitud, sin encontrar respuestas satisfactorias. De haber seguido completo, el consejo de Cani, en caso de ser rechazado, tal vez hubiera descubierto un mundo que me tocaba de tan cerca y que la miopía sentimental, provocada por la personalidad de Pash en esos determinantes momentos, enturbió mi visión.

Llegaron las vacaciones de septiembre, que de hecho eran el prelude del fin de curso y yo atrapado en el tormento de sentir con lentitud, pasar el tiempo. Para esas fechas, ya casi no pasaba a las refresquerías del parque, por los embrollos que me fui fabricando, sino que iba a una nueva cafetería de moda en la avenida central, casi en el parque también, llamada Qüins.

Los momentos que antes pasaba en la refresquería, ahora los pasaba en Qüins con los amigos de antes. Un viernes de la postrer semana de clases, llegué a la cafetería con Paco y al ir a ocupar una mesa, vi a Pash sentada con un muchacho a quien no había visto antes. Me senté dándole la espalda y Paco me comentaba.

—Tiene tiempo que no había visto a este muchacho y ahora recuerdo, que hace años era el novio de Pash.

En ese momento llegó el mesero a recibir el pedido y me evité la cortesía de contestar.

Me sentía molesto (¿celoso?) con la presencia de Pash a mi espalda, pero no quería que Paco se percatara, por lo que hacía fuerte esfuerzo para platicarle cualquier cosa, aun cuando lo que deseaba era mantenerme callado. Finalmente no pude resistir la tentación de voltear a ver, para percatarme de que Pash y su acompañante, se habían marchado. Los busqué por todas partes con la mirada, pero ya no estaban. Nuevamente había actuado en contra de lo que realmente deseaba. Era en este momento, en el que me daba cuenta que no observé la actitud de ellos. No sabía cómo se miraban, por tanto no podía intuir lo que sentían el

uno del otro. Tuve la oportunidad de observarlos a mis anchas, pero la había desaprovechado tontamente. Lo único que sí estaba claro era que Pash, no sólo llamaba la atención en el terreno estricto de la escuela, sino que también fuera de ella, obligaba a detenerse a observarla; como se acerca la nariz a la flor, para corroborar que su belleza es tal, que se sublima en la fragancia del perfume.

Me fui a casa pensativo; seguía sintiéndome extrañamente afligido. La ausencia de Pash, había llenado de silencio mi pensamiento, por lo que decidí tomar el avión a la mañana siguiente, para pasar las vacaciones en mi pueblo. Necesitaba del calor familiar para ahuyentar la nevisca interna, que mantenía entumecidos mis órganos emocionales.

Fue sorpresiva mi presencia para casi todos en el pueblo, cuando me vieron bajar de la avioneta, en el primer vuelo. A pesar de ser el único medio de transporte, los vuelos eran regulares, pero cada vez que un avión aterrizaba, el pequeño aeropuerto se llenaba de curiosos que, una vez que identificaban a los pasajeros, corrían por las calles del pueblo anunciando la llegada de fulano o mengano. Caminé el corto trayecto de la pista a mi casa, acompañado de chiquillería y parientes, como si fuera un personaje con cortejo ceremonial. Contestaba maquinalmente a las preguntas que me formulaban, aspirando con fuerza el aroma de limas, limones y naranjas, suspendidas apeñuscadamente de las ramas de sus respectivos árboles, diseminados en casi todos los sitios del pueblo. Caminaba sin dejar de ver la punta de mis zapatos, para evitar tropezar en las calles empedradas que, aunque uniformemente embaldosadas, presentaban una superficie desigual, ya que habían sido desyerbadas recientemente, con motivo de la fiesta de Santo Domingo.

Mi madre no pudo reprimir algunas lágrimas de felicidad al verme; mi padre, por el contrario, me habló con severidad creyendo adivinar que había abandonado la escuela o, porque era su costumbre regañarnos por todo, para demostrar que era él la autoridad en la familia, aunque fuera el menos alto. Mis hermanitas me miraban desde lejos escudriñando cautelosamente, lo que tierras lejanas iban haciendo conmigo, o tratando de identificarse tal vez, en este mozalbete que decían era su hermano y en el que habían de encontrar signos, actitudes o rasgos que lo confirmaran. Uno que otro primo se había colado a la casa

también, con la idea de encontrar en el extranjero objetos o comentarios que certificaran su estancia en tierras lejanas. Tiempo después creí que era mi puerivisión la que le daba esta dimensión, a detalles que no podían ser tan pronunciados, ya que mi pueblo está apenas a doscientos kilómetros de Tuxtla; pero es que en ese tiempo, significaba cuatro o cinco días de camino a caballo, sin contar con la alternativa del avión; porque si ahora estamos incomunicados, en aquel tiempo, vivíamos en una isla rodeada de tierra y selva.

Caminaba por uno de los corredores de la casa colonial, admirando las flores que en macetas, cubrían todos los rincones o circundaban el basamento de las pilastras (para mi madre, la floricultura era una actividad inherente a su personalidad, en la que nosotros participábamos de motu proprio con nuestro machetito, removiendo la tierra, desherbando, trasplantando... Para mi padre, era una obra de maniáticos que le ponían obstáculos en el camino, para entorpecer sus desplazamientos que siempre eran veloces; como si de la rapidez de ellos dependiera la vida de alguien).

Estaba parado frente a una *Begonia rex*, comparando su talla con la mía, cuando oí a mi espalda la voz de una de mis primas, de trece años, comentarle a una de mis hermanas de similar edad, desde el jardín:

—No es tan guapo como decías.

Me acerqué a donde estaban preguntándole su nombre.

Antes de que ella contestara, mi hermana se le adelantó diciéndome:

—Es Carmela.

Me quedó viendo con cara de admiración, cogida al tallo de una mandarina erguida al borde del jardín y sin quitarme la vista de encima me preguntó:

—¿Vas a ir a Tzajalá? Si vas te acompañamos.

—No; no creo que tenga oportunidad de ir; voy a estar poco tiempo —le dije—. Para cuando venga en noviembre, seguramente vamos a ayudar a la cosecha.

Me encaminé a la cocina, con la mirada de las primas siempre siguiéndome. Alcancé a ver en el fondo del jardín, una sirvienta desplumando una gallina. Entré a la cocina despacito y sin hacer ruido. Ya había notado que mi madre empezaba a perder la vista, aunque seguía



teniendo oídos de tísico, como ella misma decía. De puntillas me acerqué a sus espaldas y le tapé los ojos. Con voz divertida me dijo:

— ¡Pólux! ¡Héctor!

Siempre nos confundía los nombres y para no fallarle, bien fuera que le hablara a mi hermano o se dirigiera a mí, nos decía los dos nombres.

Mi barbilla se mantenía sobre su cabeza, ya estaba más alto que ella, quien no dejaba de ser alta para el común de señoras que yo conocía. En la semipenumbra de la cocina le veía a escasos centímetros de mis ojos, una que otra cana que empecé a ocultarle con mis manos; ella fue siempre vanidosa, presumía de no tener arrugas ni canas a sus años.

— Te veo delgado — me dijo, volteando la cara—. ¿No habrás estado enfermo?

— No; no he estado enfermo ¿Y tú?

— Debo de estar ya podrida por dentro — dijo bromeando—. ¿Tienes problemas?

— Los normales, creo yo.

La cocina era el lugar favorito de todos, para las confidencias y me appena reconocerlo, porque no parece nada estético. Tal vez en nuestros pueblos tropicales se trasladó a este espacio, donde se mezclan luz y aromas, el hogar, que en otras latitudes se comparte en sala, biblioteca o recámaras. La penumbra que normalmente las rodea, es la ambientación propicia para ocultar la expresión, cuando se habla en una familia como la nuestra, proscrita a las pusilanimidades.

— Ve con tu hermanita al sitio, para que te muestre dónde crecen los cardosantos. Cortas varias hojas con cuidado, no te vayas a espinar. Te voy a hacer un tesito que tomarás mientras permaneces con nosotros para que te tranquilice el corazón — añadió, para despistar—. Los estudios debilitan.

No bien volteé a ver, mi hermanita había desaparecido entre jobos y guanábanas del huerto, seguida de la prima Carmela. Las seguí a paso lento, mientras ellas saltaban ágilmente sobre las plantas y troncos.

— Aquí están — me dijo, parándose repentinamente.

Quedé observando su denso follaje arrollado, erizado de espinas. Busqué en el cogollo, con un palo que encontré en las inmediaciones, porque de sus hirsutas hojas, nadie supondría que brotaran flores.

— ¿Y, el cuchillo?

—Voy por él —dijo mi hermanita, desapareciendo velozmente.

— ¿Para qué las quieres? —me preguntó Carmela intrigada.

—Dice mi mamá que sirven para las penas del corazón —le contesté.

— ¡Qué! ¿Sufres alguna decepción amorosa? —preguntó con semblante compasivo.

—No creo, pero por si las dudas.

Me quedó viendo intrigada, poniéndose en cuclillas a mi lado, para decirme en voz baja:

—A lo mejor te están dando algún bebedizo.

— ¿Qué sabes tú de esto? —le pregunté.

—Se lo he oído decir a mi abuelita, que es curandera. Ella dice que las mujeres de las ciudades, lo usan frecuentemente. Mejor ya no te vayas —terminó diciéndome, en el momento en que mi hermanita regresaba con un cuchillo dentro de un canasto. Tomé el cuchillo silenciosamente y con la ayuda del palo, comencé a cortar algunas hojas que iba introduciendo en el canasto.

—En un momento futuro volveré para quedarme. Lo prometo, pero por ahora, tengo que estudiar —le dije, ante la mirada interrogante de mi hermanita.

Por las tardes y al levantarme, mi madre me daba de beber la infusión de cardosanto, que si bien no era un dechado de sabor, tampoco me pareció desagradable. Tal vez habrá sido efecto del té o del cambio de ambiente, lo cierto es que mi cara se fue iluminando poco a poco, con una que otra sonrisa, evidencia de que me sentía a gusto.

En la semana de vacaciones pude nuevamente disfrutar de los baños en el río, como cuando estudiábamos la primaria en la escuela local. Pude ir ahora, con mis primos, aunque por una sola ocasión, a las cascadas Las Delicias, a tres kilómetros escasos del pueblo y semiocultas en la espesura de la vegetación. Ellas me volvieron a recordar, fugazmente, la sonrisa de Pash desbordándose fluida y cristalina, en los días felices. Pero eso, estaba ya tan lejano que pronto lo olvidé, trocándose lentamente la sonrisa en una amplia falda de chifón rematada en encajes blancos. La modelo remojaba sus pies, en la profundidad esmeralda del agua; talle del azul infinito y busto inquieto de nubes, que a ratos

le cubrían la cara y a veces amenazaban desprenderse del cuerpo, para correr en el espacio a cumplir su misión amamantadora donde se le requiriera, pero la fuerza de cohesión las retraía nuevamente, en convulsiones voluptuosas.

Por las tardes platicábamos sentados en la banqueta de la casa y acompañados de las primas, con la confianza y la falta de malicia que nos teníamos desde la infancia. Reíamos en competencia con la zanata que chillaba en los guanos de los sitios vecinos. Cuando se hacía tarde, dormíamos hacinados, en un cuarto los varones y las mujeres en el de mis hermanitas. Parecía siempre, que nadie quería ser el primero en ir a dormirse, como si quisiéramos resarcirnos de los meses de ausencia, o porque ellos no quisieran perderse ni un segundo, la exótica influencia de quien estudiaba en la capital del estado.

Pero eso terminó y el domingo de la semana siguiente, los veía con la ropa y los cabellos al aire, haciendo esfuerzos por mantenerse en pie, ante la fuerza del aire impulsado por el motor de la avioneta hacia su popa. Yo los veía desde el interior de la máquina con un aspecto de acuarela, con los colores de la ropa en fuga. Un poco más lejos, mi madre con mis hermanitas de la mano, refrenando a duras penas algunas lágrimas, con la ropa agitándoseles también y haciendo señas con la mano para decirme adiós. Sobre un montículo, mi padre, acompañado de otros señores también daba cuenta del viaje de retorno.

En media hora, estábamos nuevamente en Tuxtla. Maravillas tecnológicas que nos permitían desplazamientos tan rápidos, desde zonas tan incomunicadas.

Tan pronto como pude, me dediqué a ordenar lo que tenía que estudiar, para no tener rezagos cuando finalmente, llegara el período de exámenes. Cani me había invitado al cine y acepté, para distraerme un rato; no sin antes asegurarme que Doris no iría. Me aseguró que tenía tiempo sin verla. La película que fuimos a ver al Cine Alameda era romántica. Por ser domingo, la sala esta atestada de espectadores. Nos sentamos en las butacas de la nave central, unos quince minutos antes de la hora anunciada para el inicio de la función. Mientras Cani platicaba con su novia, yo veía distraído a los que se paseaban en los andadores para buscar asiento, cuando un codazo de Cani me hizo voltear hacia una de las

entradas laterales por donde iba haciendo su entrada Pash acompañada de una de sus primas, que ya había tenido oportunidad de conocer en su casa con anterioridad. Martina no dejó de darse cuenta que estábamos sosteniendo una conversación subterránea, de las que se ejecutan más con gestos que con palabras e intervino, preguntándole a Cani:

—¿Se puede saber quién los hizo abstraerse de este mundo? —buscando en la dirección en la que nosotros mirábamos.

—Nadie en especial —contestó Cani—. Es al colete, que se le van los ojos tras la gorda aquella, que está parada debajo de la cortina. Le ha de agradar por saludable.

Su novia no se tragó el despiste y Cani estaba inquieto, queriendo decirme algo y no encontraba la forma de hacerlo sin enfadar a Martina. Yo me hacía el desentendido, porque sospechaba que Cani quería que yo fuera a acompañar a Pash. Pero no estando dispuesto a hacer el ridículo en privado, mucho menos lo haría frente a tanta gente. La luz se apagó para indicarnos que estaba por comenzar la exhibición del filme y en la semioscuridad de la sala distinguía aún las sombras que se movían por los pasillos y no dejaba de observar las que suponía que debían de corresponder a Pash y a su prima, por si decidían moverse hacia donde estábamos nosotros, para mantenerme en guardia por lo que a Cani se le ocurriera hacer para involucrarme; pero noté que se deslizaban entre una fila de butacas y se sumergían en el anonimato de las sombras. Momento después, veía en la pantalla, a una tal Lolita representando a una adolescente de quién sabe qué país, porque en el nuestro las adolescentes no se comportaban como ella lo hacía. En vez de interesarme por la trama de la película, yo no hacía más que comparar la forma rara del comportamiento de los personajes de la pantalla, con las que conocía en la vida real. Nunca vi en el jardín de ninguna escuela abrazarse y revolcarse en el césped a ninguna pareja, ni tan siquiera que los novios se besaran en la boca públicamente, como ellos lo hacían. Distráido en esas consideraciones, me sorprendieron las luces que se encendieron para anunciar el intermedio. Inmediatamente, muchos se pararon nuevamente de sus asientos. Cani seguía inquieto, el movimiento de los espectadores, por donde creíamos que se encontraban Pash y su prima; cuando finalmente ellas también se pararon para ir a la fuente de sodas

me codeó, para que observara que tomaban el pasillo central, que las conduciría cerca de nosotros. Afortunadamente, Martina era el muro de contención e inmediatamente le comencé a platicar, de modo que tuviera la vista hacia donde me encontraba, para que Cani no tuviera ninguna libertad de hacerme alguna de las suyas. Vi de reojo cómo Pash pasaba a escasos centímetros de mí, sin que se percatara de mi presencia. Eso fue lo que pensé, pero parece ser que sucedió de otra manera, porque al día siguiente, cuando Pash comentaba entusiasmada la película en un intermedio de las clases, volteó hacia donde me encontraba para preguntarme algo acerca del simbolismo psicológico de uno de los personajes:

— ¿Tú, qué pensaste de Lolita, Héctor?

Me hice el desentendido y continué leyendo mis notas; ella no insistió y dio su propia versión de los hechos, menguando paulatinamente su euforia en la charla, para dejarla finalmente en labios de los demás (habíamos terminado).

Iban transcurriendo las semanas y mi fortaleza se resquebrajaba, en la medida en que las fechas de examen se acercaban. Cuando finalmente decidí intentar un acercamiento con Pash, pensando que en pocos días estaríamos en la Ciudad de México, donde con toda seguridad necesitaría de su estímulo, el letrero anunciando el horario de exámenes, se hizo visible en la pizarra de avisos. Su color blanco calizo, estaba ahí, diciéndonos que las clases de prepa habían terminado. Durante este período se me hizo imposible intentar siquiera una conversación con Pash. Sólo la veía durante unos minutos en el salón y raras veces coincidíamos en terminar al mismo tiempo la evaluación correspondiente. Por lo que, cuando los últimos exámenes se acercaron, mi actitud nuevamente se había cambiado en un sordo resentimiento. Esto explica lo sucedido, en vísperas del último reconocimiento

Varios minutos después de haber comido en casa de Cani, continuaba sentado a la mesa del comedor que, a veces, usaba como escritorio y él, por su parte, se disponía a salir para entrevistarse con su novia, cuando regresó excitado de la sala para decirme:

— Pash y otra muchacha están en la sala esperándote.

— Diles que no deseo hablarles —le dije petulantemente.

—Pero coleteo, ¿cómo no les vas a hablar, si vienen a buscarte? —me replicó amablemente.

—Entonces no les digas nada ; pero no saldré.

—Les diré entonces que pasen al comedor —salió nuevamente a la sala, para regresar al poco con pasos rápidos, diciéndome:

—No seas cobarde. ¿Qué miedo les vas a tener? Ve a hablarles.

—No iré, Cani. No insistas.

Salió nuevamente a la sala, para regresar de inmediato.

—Dicen que te vienen a invitar a la casa de Pash, a una fiesta que organizan mañana en la noche, para despedir el curso.

—Diles que pierden su tiempo. No iré.

—¡Necio! —me dijo. Salió de nuevo, pero ya no regresó.

Teníamos el último examen a las diez de la mañana del día siguiente y yo estaba arrepentido de mi absurda actitud anterior y costara lo que costara, le pediría disculpa. Llegué con tiempo y Pash se hizo presente en el último minuto cuando ya todos nos aprestábamos para entrar al salón a ocupar nuestros respectivos lugares. Después de que el maestro pasó lista, nombró a los que estaban exentos de examen por sobresalientes y que, obviamente, podían retirarse, entre los que estaba Pash. Con una sonrisa de satisfacción levantó sus útiles y se fue. En cambio yo, tuve que someterme a la evaluación y así perdí la oportunidad de hablarle ahora que estaba decidido a hacerlo.

Anduve en la calle, pensando en cómo presentarme en la noche a una fiesta, a la que groseramente me había negado a ir. Poco a poco empecé a encontrar justificantes. ¿Quién me decía que no estaría ya en Tuxtla su novio y tuviera que verla bailar con él, mientras me escondía en una esquina intentando alguna fórmula mágica, que me permitiera hacerme invisible? ¿Quién me decía que Pash no preparaba una trampa para ridiculizarme vengativamente el último día de cursos?

A la caída de la tarde, salí a la calle bañado y con ropa de fiesta, con la idea de pasar un rato por la cafetería, esperanzado de que algo milagroso ocurriera; pero el tiempo transcurría entre las charlas y chistes de los amigos, sin que sucediera algo que rompiera la rutina. Cerca de las nueve de la noche, me fui a descansar antes de que Cani llegara a la cafetería, evadiendo los posibles comentarios ante los amigos, de que

había rehusado ir a la fiesta organizada en la casa de Pash. A esta hora seguramente, estarían ya casi todos reunidos y yo, caminando solitario por las calles, rumiando mis frustraciones. Ya en el hogar temporal, me sentí invadido por una gran tristeza, al considerar que mis compañeros estaban reunidos quizá por última vez y que mi tozudez, me impedía estar con ellos. ¡A cuántos de ellos, ya no volvería a ver! Nuestras órbitas iban a separarse irremediablemente, para emigrar a constelaciones diferentes. El ICACH, nuestro centro de gravedad, atraería nuevos inquilinos.

Abordé la avioneta con destino a mi pueblo al día siguiente, tardé en él poco más de un mes; al cabo del cual, regresé a Tuxtla, a recoger mis documentos escolares e ir a la Ciudad de México a iniciar los trámites de inscripción en la UNAM. El tiempo pasó como una exhalación y cuando ya estaba inscrito, me dediqué unos días a pasear por la ciudad, mientras las clases daban comienzo. En este vagar, fui a buscar a Marsella, la única de quien tenía la dirección y por fortuna, correcta. La encontré viviendo en el centro de la Ciudad de México, hospedada en el departamento de una de sus tías. La visité varias veces y con ella pasaba buenos ratos, charlando entretenidamente; ella conservaba contacto con la mayor parte de los compañeros. Poco a poco me fui ambientando en la gran ciudad y un día, al llegar a la casa de mis tíos que me hospedaban, me encontré con un recado telefónico que escuetamente decía:

“Héctor. Te llamó Pash”

Pregunté quién había recibido el mensaje y una de mis primas me dijo que ella. Quería más detalles y así se lo hice saber, pero me contestó que como yo andaba fuera, la muchacha que habló únicamente dio su nombre, sin dejar su número telefónico o dirección. Nuevamente el corazón se me agitaba. Nunca pensé que ella me hablara, aunque lo deseaba. Me hacía tanta falta su estímulo, para intentar ser de los mejores en la facultad. Quedé cavilando, cómo supo a qué teléfono hablarme, ya que de los antiguos compañeros, sólo Marsella tenía mi número. Decidí no perder más tiempo en especulaciones y preguntarle por el número de Pash. Puso algunas objeciones para proporcionarme el número. La oía un poco divertida en el extremo de la línea indagando maliciosamente para qué lo quería; que no sabía si estaba bien dar un número

que no le habían autorizado divulgar y mil cosas más. Parecía, que quería desesperarme, pero finalmente me lo transmitió y tan pronto como colgué con ella, marqué el número

Me contestó una voz femenina diciéndome que la llamaría. El golpeo de mi corazón empezó a resonar en mis oídos de tal modo que aparté ligeramente el auricular para que la línea no los transmitiera. Las manos me empezaron a sudar y mi vista, clavada en el suelo, me hizo observar mis piernas temblando, cuando oí una voz en el teléfono:

—Bueno —era la voz de Pash.

—Habla Héctor. Encontré un recado en casa, en donde me dicen que me hablaste.

—Es un error, Héctor. Ni siquiera sé tu teléfono —y, agregó—. ¿Quién te dio mi número telefónico?

—Olvídalo Pash. No tiene importancia. Adiós. Y le colgué. Alguien me había jugado una broma y empezaba a sospechar de quién se trataba; pero no quise hacer aclaraciones, que pusieran en evidencia que la trampa había funcionado y que yo había caído ingenuamente, aunque no descartaba que Pash, se hubiera retractado de hablarme. El tiempo continuó inexorablemente y pasó un año más, como si nada. Como todos los demás, me preparé para ir de vacaciones a mi pueblo, para lo cual abordé el autobús que me conduciría a Tuxtla, en donde tardaría un par de días mientras tomaba la avioneta hacia mi pueblo.

Ya en Tuxtla, la mamá de Cani me informó que mi amigo había cambiado nuevamente de trabajo. Cuando llegó, me platicó entusiasmado que trabajaba en una importante empresa de comunicaciones y me invitó a que lo acompañara a su trabajo; así lo hice y me sentí de tal manera fascinado con los aparatos electrónicos que allí se manejaban, que a la mañana siguiente, volví con él, desde el inicio de su jornada laboral. Estaba manejando un aparato de conmutación, con la autorización del jefe de Cani, quien se sintió gustoso de enseñarme a manejarlos al enterarse de que estudiaba ingeniería, cuando Cani entró a llamarme;

—Coletto, en la recepción está Pash y aquella amiga que casi siempre la acompaña. Quiere hablarte.

No le hice caso pensando que me estaba tomando el cabello; pero al rato insistió:



—Siguen esperándote. ¿Qué les digo?

—Diles que no estoy —le contesté.

—Desde que me preguntaron por ti, afirmé que aquí estabas —me contestó.

—Entonces comunícales que no voy a salir. Estoy ocupado —le dije, sin creer todavía, que me estuviera hablando en serio.

—No seas descortés. Cuando menos, díselos personalmente

Empezaba a creer que efectivamente estuvieran ahí y por lo mismo, a intranquilizarme. Tenía un año que no la veía, pero sentí temor a una nueva broma y con ella, una nueva frustración; por lo que me negué terminantemente.

—No voy a hablarles. Que se estén ahí todo el día si quieren.

Caní trató todavía durante un rato, de persuadirme por cuanto medio se le ocurrió y yo a negarme con más terquedad, hasta que se dio por vencido yéndose a la recepción de la empresa. Al poco regresó:

—No tienes perdón. Nunca pensé que le tuvieras tanto miedo. Me sentí muy apenado al decirles que no querías salir, pero era peor que estuvieran esperando eternamente.

—¿Se fueron? —le pregunté.

—¿Pues, qué querías? —me preguntó a su vez.

Salí a la recepción y de ahí a la calle, para corroborar si era cierto. Todavía alcancé a ver casi en la esquina a Malena y Pash.

Ahí se quedó clavada mi mirada, viendo pasar los años y envejecer las calles. Mi vista, se esforzaba cada día más en distinguir a la distancia a Pah. En la medida en que su imagen se alejaba mi vista mejoraba, para no perderla o quizá, para no olvidarla.

## La inflorescencia

El zumbido de los motores del avión me arrullaba; pero el temor que desde niño me inculcaron contra estos aparatos, me mantenía despierto, mientras volábamos una noche de enero con destino a Nueva York. No apartaba la vista de la ventanilla tratando de vislumbrar en la claridad de la noche las luces que me indicaran que estábamos llegando a la famosa bahía, cuando la vocecita dulce de la prisionera en mi memoria me decía:

—¿Te acuerdas Héctor, que hoy hace veinticinco años, que me ataste a tu vida?

Busqué en mi bolsa de mano la cuartita de tequila que traía oculta en su interior; el vuelo me inquietaba.

—A mi salud, Pash; para que puedas vivir otros tantos años lozanamente joven —le dije a mi memoria.

—Después de veinticinco años, ¿no te gustaría compararme con la que abandonaste entonces?, ¿seguirá pareciéndose a mí?, ¿temblarás de nuevo, frente a ella? ¿No te gustaría saber, si sufre algún padecimiento varicoso? Recuerda que desde que me aprisionaste, no has cesado de observarme las venillas poplíteas —mi linda prisionera me acosaba a preguntas tenazmente, mientras entre densa niebla, el avión descendía sobre la pista.

Durante cuarenta días y cuarenta noches, siguió tentándome doquier anduve y ni una sola vez me resistí, prometiendo que cumplido ese plazo, había de buscar a quien abandoné en uno de los múltiples senderos del tiempo, con la esperanza de encontrarla y carearla con la que ha tiempo guardo.

Con el ánimo debidamente confortado, después de haber caído en tentación tantas veces cuantas fui tentado, providencialmente, en una de mis pocas llegadas a Tuxtla, frente a la casa de mi hermano Pólux, quien había venido a radicar finalmente al estado y en la que había de hospedarme un par de días, encontré a Fonchis lavando un coche que después me enteré que era de su propiedad. Lo reconocí, a pesar de que tenía el cutis bastante áspero; los agujeros de antiguas espinillas en la cara, eran profundas oquedades. Lo saludé con una palmada en el hombro, hablándole por su nombre y su respuesta, fue realmente entusiasta. Hablamos de otros tiempos, comentándonos lo que sabíamos de antiguos compañeros. Él estaba bien enterado de casi todos los sucesos concernientes a los camaradas, gracias a que, según me dijo, él era ahora presidente de una agrupación formada por nuestra generación con los residentes en Tuxtla, que eran los más y periódicamente se reunían para desempolvar el parque de nuestra adolescencia. Le pregunté por algunos cuyos nombres recordaba, para despistarlo; con la esperanza de que, casualmente, me informara de quien realmente quería saber, sin que sospechara que eso era exclusivamente, lo que por el momento me interesaba. Pero, desesperadamente, se extendía en pormenores y anécdotas de algunos que ya ni siquiera encontraba en el registro de mi memoria; por lo que, con alguna impaciencia le dije, como recordando algo borroso:

—Oye, ¿y, aquella compañera nuestra, morena, que fuera reina...?

—Pash —completó rápidamente—. Vive ahora aquí y la veo con alguna frecuencia.

Quise preguntarle dónde vivía anteriormente y otras cosas más, pero temí delatar mis intenciones reales, en mi ávido afán por tener mayor información acerca de ella, por lo que discretamente comenté:

—Fíjate, que me daría mucho gusto saludar personalmente a los excondiscípulos, entre ellos, a esta muchacha que dices que se llama...

—Pash —completó Fonchis—. No habrá ningún problema de que veas a la gran mayoría, puesto que este sábado nos reuniremos en el Hotel Bonampak, a la una de la tarde. Es cosa de que te quedes unos días.

—Definitivamente, la sugerencia es muy atractiva; pero asuntos pendientes, imposibilitan mi permanencia por más de un día; de modo que si tienes los teléfonos de ellos, te agradecería que me los facilitarás

para saludarlos por esta vía, a reserva de poder reunirme con ustedes, en la primera oportunidad que se presente —le dije, persuasivamente.

—Tengo los teléfonos de algunos, entre ellos los de la ahora, señora Pash. Déjame entrar a buscarlos a mi casa. Vivo aquí enfrente, para cuando vengas —añadió, metiéndose a la casa y dejándome en lo oscuro de la reflexión, acerca del subrayado que había hecho de señora.

“Sí; era normal que se hubiera casado y tenido hijos, nunca esperé lo contrario”

Al poco rato, me entregó un papel con nombres y números telefónicos enlistados, que recorrí ávidamente buscando el de Pash, que finalmente encontré; con lo que me di prisa en despedirme, no sin antes haberlo acompañado a regañadientes a su casa, para ver una fotografía reciente de los compañeros, en la que para colmo de males, Pash había estado ausente, cosa que terminó por acabar con el poco interés que me seguía manteniendo su compañía.

—Nos volveremos a ver, Fonchis. Te buscaré cuantas veces venga a Tuxtla —le dije, dirigiendo mis pasos hacia la casa de enfrente.

Ya adentro de ella, me encaminé directo hacia el teléfono para marcar el número anotado. La línea no tuvo mucho tiempo para presumirme con sus trrrrrriiiiiines, porque una voz varonil me contestó en el otro extremo, preguntándome de parte de quién, cuando le dije que deseaba hablar con la señora Pash. Dejó el teléfono descolgado, diciéndome que la llamaría. Puse en juego toda mi capacidad de atención, para intentar ver en la polifonía transmitida por la línea, las rugosidades del tiempo y me sorprendí, escuchando la misma cálida voz de mi prisionera, hablándome a través del teléfono.

—¡Qué gusto me da oírte, Héctor! Tengo tantas cosas que contarte, que no sé por dónde empezar

—También yo tengo cosas que quisiera platicarte. ¿Te podría ver mañana?

—Nada me sería más grato, Héctor. Te espero en mi casa a la hora que tú digas —me dijo afectuosamente—. Por si no estás enterado, mi dirección es Calle del Sol número 40, exactamente donde empieza la Primera Oriente. Encontrarás una tapia de piedra, coronada de tejas; ésa es tu casa.

—Gracias, Pash. ¿Qué te parece, si te veo después del desayuno? —le sugerí cortésmente.

—Totalmente de acuerdo. Te espero a las diez. Hasta mañana, Héctor —su voz se deslizó en mis oídos como el calor del café y el sabor del chocolate, en mi garganta.

—Hasta mañana, Pash. Estaré puntual —le dije nostálgicamente, sin colgar el teléfono. Un paréntesis sin llenar en la línea, me indicaba que tampoco ella lo había hecho, como si ambos esperáramos algo más uno del otro. Lentamente, fui apartando el teléfono de mi cabeza hasta colocarlo nuevamente en su sitio de parálitico.

El aroma de las guayabas maduras se esparcía en el jardín. Una rama, orgullosa portadora de dos enormes frutos, los mecía rítmicamente sobre el brocal del pozo, en el fondo del cual, mezclado en sus negruras, estaban mis pensamientos, tratando de retomar el hilo del pasado que vinculaba mis aprehensiones del presente.

\* \* \*

Las fiestas de octubre en Guadalajara llegaron en tiempo en que recibía adiestramiento para el trabajo. Tarde con tarde, con uno u otro de mis compañeros y no pocas veces sólo, me iba al Zócalo a presenciar los eventos artísticos que se presentaban en homenaje a cada estado de la república. Sorpresivamente para mí, un sábado, que esperaba el anuncio del estado homenajeado, escuché en los altoparlantes que ese día, estaba dedicado a Chiapas. Con el anuncio, hizo acto de presencia la característica marimba, en el enorme estrado que para tal fin había sido construido y desde el que actuaban todos los grupos, comenzando su presentación, con *Canción mixteca*, que nada tenía que ver con Chiapas, pero que llenó de nostalgia mi frágil corazón, que parodiaba el triste son:

“Que lejos estoy del suelo donde he nacido...”

La música me carcomía el cerebro, como obligándome a detenerme en este único verso y considerar sin velos o ambages mi posición verdadera. Aceptar que si bien es cierto, estaba lejos del suelo donde he nacido, no lo era, que hubiera nacido en Chiapas, sino en Pash. El

Héctor actual, había nacido en Pash, era producto de la combinación de caracteres, inquietudes y deseos, con Pash. Sin esa referencia, podría ser cualquier Héctor, menos éste, que melancólicamente identificaba su sangre en el dolor de las teclas baqueteadas de la marimba, que se tendían como un puente luminoso, para encontrar mi verdadero origen. Aceptarlo, para trasmutarme en un ser marcado con un trozo de eternidad, por el recuerdo de imágenes y palabras, que el tiempo no había podido corroer, porque se lo había arrebatado para esconderlo en el fondo de mi memoria y de mi corazón. Otros tendríamos que vivir, el desgaste insidioso del tiempo en nuestra piel y en nuestros actos; pero Pash me pertenecía, como la había dejado: inmutable, inveterada, siempre fresca y la tendría cerca de mí, voluntariamente presa en mi memoria. Otros compartirían sus enfermedades, sus angustias, sus peligros. Yo, sólo aquello con lo que la había encadenado a mi conciencia.

Abrí los brazos de espalda a la catedral y de frente a la marimba, con ganas de gritar lo que pensaba; pero me limité a aplaudir como un buen chiapaneco la actuación de la marimba. Con cierta prisa, encaminé mis pasos para arribar al parquecito adyacente al Teatro Degollado, donde los sábados se efectuaba la *Serenata de la rosa*. La tradición de esta serenata obligaba a las chicas a dar vuelta en el parquecito en un sentido, mientras los varones lo hacían en sentido inverso. Los varones compraban rosas en alguno de los múltiples puestecillos, que para tal efecto se encontraban por doquier, las que obsequiaban a las damas de su predilección. Si en la siguiente vuelta, alguna rosa les fuera devuelta, significaba un signo de aprobación a sus deseos de acompañar a la chica que le había regresado la flor. Fui pues, alegre, confiado y optimista a participar activamente en la serenata, estrenando mi nuevo nacimiento sin el fardo del pasado. De entrada compré el consabido ramo de rosas, que presuroso repartí con cuanta muchacha guapa (que eran las más) me cruzaba y ellas lo recibían cortésmente en respeto a los cánones de sus tradiciones. Antes de terminar la vuelta, ya no tenía rosas qué repartir, pero aún tenía dinero para muchos ramos más y me disponía a comprar el siguiente, cuando distinguí un buqué de muchachas bulliciosas, a cual más lindas, que se acercaban a mí. Del conjunto policromo, se desprendió la sonrisa de una de ellas y su mano ofreciéndome

una rosa que, debiera de ser una de las que repartí. Dueño de mí mismo y devolviendo la sonrisa, agradecí la flor y participé en el ritual de las presentaciones sociales.

La chica que me había devuelto la flor era morena clara, de pestañas muy negras y de *ojos tapatíos* muy oscuros. Continué con el conjunto, caminando al lado de ella y rezagándonos un poco de sus compañeras que, discretamente, se adelantaron unos pasos de nosotros para dejarnos en segunda fila. Durante mucho rato, platicamos caminando y parando, según el caso, con una seguridad que nunca antes había enseñado frente a una mujer. Curiosamente descubrí, que la mejor actuación, no es la que se representa deliberadamente, sino aquella que emerge de lo profundo de nuestra sensibilidad estética. A cada rato me sorprendía a mí mismo en gestos, actitudes y ademanes, que equilibraban exquisitamente los de ella, haciéndola sentir segura y bella, como realmente lo era y, por añadidura, orgullosa de mi compañía, la cual descubrí, al pasar junto a una banca, donde, pacientemente, sus amigas la esperaban. Ella volteó la cara parándose, para indicarles que nos esperaran una vuelta más; yo, que había adelantado un medio paso, regresé el tórax, sin mover los pies y colocando mi cabeza atrás de la suya, para mirar sonriente en la misma dirección que ella. Recibí, a cambio de la contorsión que había resultado natural y espontánea, una sonrisa complaciente y admirativa de sus amigas. El cuadro plástico de esa manera logrado, se apoyaba en mi mayor estatura, que en la posición adelantada, me hacía ver inclinado, pero a la misma altura de mi acompañante. Esto me recordó, tiempo después la cascada El Chiflón, que conociera en mi infancia, donde el agua del río golpeaba con tal fuerza contra una roca, que la hacía levantarse nuevamente y precipitarse inclinada sobre la otra, en estrecha comunión. El mejor termómetro para medir el calor que uno es capaz de proyectar en los demás, no es el espejo inerte que reproduce las poses que el actor delinea según su particular gusto, sino el brillo reflejado en las miradas de los espectadores.

Terminé aquella velada y afortunadamente, Myriam sugirió que no la acompañara a su casa, pues esto me permitió dirigirme a la posada con prisa, pero satisfecho, en donde sentía urgencia por platicar con mi prisionera.

— ¿Te das cuenta que ahora, puedo hacer cosas, que ante ti nunca he podido? ¿Notas como voy madurando, mientras tú permaneces y permanecerás, siempre igual? Afortunadamente has trascendido las pasiones humanas, pues estarás conmigo en otras muchas circunstancias, sin que puedas sentir celos, angustia, desesperación. Estarás conmigo siempre, Pash, sin que nadie tenga derecho sobre ti, puesto que soy el único que puedo abrir tu prisión, sin que te escapes, ya que finalmente, eres parte de mí mismo y morirás conmigo...

\* \* \*

La brisa vespertina siguió meciendo el racimo de guayabas, en una orquestación de grillos y chicharras, que aumentaba en la medida que la luz decrecía, con mis recuerdos abismándose en la oscuridad del pozo, donde se iban borrando las siluetas del exterior.

A temprana hora del día siguiente, me paseaba por el jardín aspirando el aire matinal saturado de aroma de flores. Lentamente, con las manos ocultas en las bolsas del pantalón, pretextando frío, me acerqué a la orilla del pozo y desde su fondo, oía la vocécita dulce intimidándome:

— Tiembles otra vez y escondes las manos, para negar que te sudan. Después de veinticinco años, todavía te comportas como un adolescente. ¿Do está la seguridad y el dominio, que pretendías haber reconquistado una noche, ha mucho tiempo, en Guadalajara?

Regresé inquieto, desandando mis pasos para ir a la cocina a servirme una taza de café. Mi cuñada ya estaba en ella, hacendosa como siempre, sirviéndome con solicitud inmerecida, mientras charlábamos. Su entusiasmo y vitalidad hicieron que me olvidara de mi cita. Terminada la taza de café, decidí tomar una ducha que me acicalara como para día de fiesta. Escogí el baño del cuarto de uno de mis sobrinos, ahora ausente; seguro de encontrar en él los afeites, que en la actualidad usan los adolescentes. Todo estaba según lo previsto, aunque he de admitir que pasé dificultades para descifrar los letreros en inglés, de varios frascos, para ir seleccionando shampoo, crema de rasurar, loción para el cuerpo, acondicionador capilar y demás aderezos. Ante el espejo, intenté un peinado juvenil, que luego deseché por parecerme un



tanto cursi, optando por el de raya izquierda, que era aquel al que ya había habituado mi cabello. Me toqué las mejillas y me sentí satisfecho, tersas y sonrosadas aún. Me mudaría la ropa, hasta después de tomar el desayuno, para aprovechar una nueva puesta a punto.

Bromeamos un poco con mi hermano Pólux, durante el desayuno (nunca entendí con claridad la causa de que nuestra madre nos bautizara como Héctor y Pólux. Seguramente era una entusiasta admiradora de la mitología griega y confundiendo Cástor por Héctor nos predestinaba a vivir uno cerca del otro, como los conocidos luceros. Mi deducción cojea mucho, puesto que nosotros, no somos gemelos).

Anduve un rato, por las calles, en el coche que mi hermano me había dado prestado, intentando orientarme; hasta que me encontré transitando por la Calle del Sol. Tuve que dar vuelta más adelante para regresar por el oriente, calculando el arranque de la Primera, que era mi dato de referencia. Algunas cuadras más adelante, recorría la calle que suponía debiera ser la que buscaba. Estacioné el vehículo, bajo una arboleda plantada en una esquina y bajé lentamente, buscando la tapia de piedra, que no tardé en localizar a escasos metros de donde permanecía parado. Por un costado de la barda, se extendía una larga verja de hierro tras la cual, reverdecía un jardín empastado cuidadosamente y por donde se afanaban dos sirvientes, lavando coches último modelo. Me temblaron las piernas (de modo, que tendría que vérmelas con una familia milloneta).

Dudé si llamar la atención de alguno de los sirvientes, pero me pareció de mal gusto y comencé a examinar el enrejado en busca de un timbre. Cuando lo localicé, sin ninguna consideración, lo oprimí varias veces. No escuché si sonó, entretenido como estaba, conjeturando si los ricos, ponían rejas de hierro como ostentación de su dinero o, para resguardarlo de la codicia ajena, cuando una sirvienta que no vi por dónde llegó, me preguntaba qué deseaba. Le dije que quería hablar con la señora y desapareció. Noté cómo la cortina de la única habitación visible, se movía y minutos después, una señora entrada en años, me preguntó a quién buscaba. A mi respuesta me dijo, que no la conocía. Corroboré con ella la dirección, informándome que estaba sobre la Segunda Oriente. Con disculpas corteses me alejé hacia donde había dejado estacio-

nado el coche, desde donde distinguí otra verja de piedra sobre la calle que debiera ser la Primera Oriente. Al ir acercándome, las tejas que la coronaban se hicieron visibles, Me paré junto al número que comparé con el que tenía anotado, para no errar por segunda vez y ya estaba buscando el timbre, por si lo había, cuando oí ruidos en la puerta contigua. Me asomé a ella, para encontrar un anciano dentro de una cochera, trajinando con algo. Le pregunté por la señora Pash, quien a su vez, me preguntó mi nombre. Desapareció por el fondo del zaguán, sin mayores explicaciones y aun admiraba lo sabio de su actitud en no malgastar el tiempo en palabras inútiles, cuando una sirvienta me invitaba a pasar desde la puerta contigua, frente a la cual había estado buscando un timbre con anterioridad. Me hizo pasar a una salita acogedora, levemente aburguesada, donde me indicó que eligiera asiento, en espera de que la señora bajara de sus habitaciones.

No me senté de inmediato. Permanecí observando unas persianas chinas, de ésas, que ahora se ven por cualquier sala que se precie de acomodada y analizando la conveniencia, de ubicarme en tal o cual sillón. Finalmente, decidí hacerlo, en uno que me dejaba de espalda a la entrada, que supuse, fuera por donde Pash se presentara. No bien lo había hecho, cuando comenzó a llegar el sonido semiapagado de unos pasos discretos. Cuando calculé que estaban suficientemente cercanos, me paré volteando teatralmente.

—¡Qué gusto en verte, Héctor! —me dijo, estrechando la mano que yo le ofrecía e intentando darme un abrazo, que evité. Al notar el rechazo tuvo un asomo de inseguridad, que rectificó aclarando tímidamente—. Quería desearte feliz año Nuevo.

Quedé observando cómo se sentaba, preguntándome al mismo tiempo, si no estaría ya demasiado lejano el principio de año, como para seguirse prodigando abrazos.

No hubo tiempo para sentir el frío que la ausencia de tantos años, dicen que provoca, porque automáticamente empezamos a hablar generalidades, de nuestra situación actual. Contestaba maquinalmente a sus preguntas, formulándole a mi vez otras tantas, que me dieran tiempo a registrar lo que tenía ante mi vista.

¡El cuadro era *proustiano*! En mi memoria, la imagen de una muchacha de dieciséis años; frente a mí, una mujer de cuarenta y tantos. La dentadura agrandada. Los caninos mostraban grietas entre uno y otro, por donde habían fluido las charlas vanas. La piel de la cara endurecida. Las manos huesudas. El cabello (creo que fue lo que más llamó mi atención), antes sedoso y moreno; hoy pintado de color amarillo, muerto totalmente, adelgazado cual rayas de viento; tuve la impresión de que era peluca, pero las raíces se veían salir del cuero cabelludo en un soterramiento agitado recientemente, por un peinado permanente, con teñido artificial.

—¡Hijita, ven acá! Él es Héctor, un amigo muy querido, de hace muchos años —le dijo a una muchachita pecosa, de unos quince años de edad.

Un poco tímidamente me dio la mano y desapareció, por donde había llegado. La señora continuó platicándome, que tenía dos hijos más: un varón, actualmente en un intercambio, en Estados Unidos y la mayor, que ahora estudiaba en la Ciudad de México, alguna carrera rara, que algo tenía que ver con la alfarería.

—Me platicaron hace años, que te casaste en San Cristóbal y ahora me dices que vives solo, en un rancho. ¿Significa esto, que te divorciaste?

—No; no me he divorciado. Mi esposa y mis hijos siguen viviendo en San Cristóbal y nos vemos con tanta frecuencia, como nuestras actividades lo permiten. Mi permanencia en el rancho obedece a una antigua inquietud intelectual que, al mismo tiempo, me sirve ocupacionalmente —le contesté.

Su acento era realmente de una gran cordialidad. No me cabía la más mínima duda de que mi presencia la hacía congratularse. Mientras ella hablaba, quedé observando sus pendientes (me hicieron recordar los berrinches de veinticinco años atrás), estilo de la Cleopatra que había visto en las películas; de forma piramidal, con franjas horizontales, alternando el negro con el plata; completaba el terno, una pieza más, suspendida de un collar que descubrí escudriñando su cuello, tan profusamente camuflado por la ropa, como ajado por el tiempo.

—Los compañeros de aquel tiempo nos seguimos reuniendo cada principio de mes. Tal vez quieras estar con nosotros alguna vez —me dijo, con una mirada tímida. Su actitud general, seguía pareciéndome insegura.

—En fechas próximas, no estaré desocupado; tengo trabajos pendientes en el rancho que me tendrán recluido por unos tres meses o más; pero tan pronto como me sea posible, lo haré —le prometí vagamente.

—Me parece conveniente, para que te cerciores de cómo cambiamos con el tiempo y de qué manera aquellos que conociste, conservan la imagen de antaño o la han perdido totalmente. Después de vivir lejos de Tuxtla, durante algunos años, tuve que enfrentarme a este cambio en las actitudes y en los físicos —decía todo esto, un poco dolorida.

Continuaba observando algo, que me tenía estupefacto: la señora que tenía enfrente, estaba pintada hasta la saturación. Había observado, desde que entró a la sala, sus párpados rojiazulados por el maquillaje, en colores tornasol, que chocaban con el cambiante negriplata de los dijes que tenía en collar y pendientes. Sus labios estaban fuertemente encarninados con el propósito, quizá, de ocultar una incipiente rigidez del labio superior, apenas perceptible. ¡Cuán lejos de los labios color sangre de mi cautiva! Tal vez por eso, no acababa de aceptar que una y otra, tuvieran algo en común; mucho menos, que pudieran ser la misma.

—Creí siempre, ingenuamente, encontrar en mis antiguos condiscípulos preparatorianos la misma candidez que manifestamos aquellos años, pero el tiempo había cambiado a muchos de los que después busqué y me trataron como a una extraña «me tenía perplejo, su capacidad para adivinar mis pensamientos. En este momento pensaba en lo mismo, que ella» —la señora continuó—. Debo de admitir, que después encontré a otros, que seguían siendo los nobles muchachos que nosotros conocimos.

—Fonchis me enseñó —la interrumpí— una fotografía que el grupo se había tomado hace unos días y francamente, creí que me tomaba por otro; porque no pude reconocer a uno solo de mis antiguos compañeros; no es posible que estén tan viejos.

—El día de la fotografía, andaba en muletas; me acababan de operar una vieja dolencia en el pie. Por eso me lo ves vendado todavía —cuando ella me explicaba este incidente, tenía rato que observaba sus pies, ahora algo flácidos y efectivamente, el derecho, con un apósito blanco aún visible.

— ¿Te acuerdas —le pregunté—, que alguna vez me dijiste, que de niña habías tenido un problema óseo?

—Esto, por supuesto, es consecuencia de ello —se apresuró a aclararme—; mis incomodidades, iban más allá de lo tolerable.

Me faltaba corroborar lo de las várices, pero esto era prácticamente imposible, a través de los pantalones que vestía. Quería además completar detalles que nunca antes vi, pero cuán difícil me resultaba. Se me antojaba, por ejemplo, responder ahora las preguntas de Cani, antaño.

— ¿No le has visto el busto?

Lo observaba ahora, pareciéndome un pecho masculinizado. No sé... La moda tal vez.

— ¿No le has visto la cadera?

Después de tres partos, debieran haber adoptado la forma de una cuna. Pero no la veía tan exuberante...

—Te ves todavía muy bien Héctor.

Con estas palabras, caí en la cuenta de que yo estaba más viejo que ella, que nuevamente había encontrado el hilo de mis cavilaciones. Sonreía ahora, medio divertida, empujándose la punta de la nariz hacia arriba, como lo hacía hace años, cuando me veía con mirada cariñosa. Nunca pude saber, si era ésta una manía en ella o, mi prolongada nariz la incitaba a efectuar esta operación, para acortarse la de ella. De cualquier manera este acto, le hacía iluminar los ojos que ahora me parecían, con la córnea un poco amarillenta.

Después de cerca de dos horas de charla, durante la cual en ningún momento volví a sentir temores o inseguridad, me despedí, con la promesa de que la volvería a visitar.

Salí a la calle, envuelto en incertidumbres y desilusiones. Había estado conversando con una señora que, si bien es cierto, en todo momento me demostró simpatía y cariño, no correspondía con precisión, a la que había conocido en mi adolescencia.

¿Habré estado alguna vez, enamorado de ella? ¿Dónde había quedado el arrebato de aquellos días? ¿Qué es el amor?

Por lo pronto había el indicio de una vía de conocimiento diferente al que se ligaba con los demás y que me mantenía intrigado. Nunca tuvimos durante nuestra entrevista, necesidad de manifestar nuestro pensamiento verbalmente, para que el otro lo conociera. Al menos, yo estaba seguro de que ella siempre adivinaba lo que yo pensaba y todo me hace suponer, que lo mismo le pasaba a ella. Posiblemente fuera obvio lo que pensábamos después de lo que vivimos y del tiempo que nos dejamos de ver; pero tengo mis dudas, porque no eran trivialidades, sino asuntos trascendentes en cuanto a nuestro concepto de la vida y nuestra actitud ante ella. Hubo un tipo de comunicación en todo momento, que rara vez he percibido aún con personas íntimas; si acaso, exceptúo a los hijos, que son capaces de despertarnos a media noche desde una recámara contigua, sin emitir un solo sonido para encontrarnos con que están enfermos. Esto es lo que llamamos intuición, aunque frecuentemente se le asocia con el sentido común; pero no es la sensación que sentí cuando nos adivinábamos los pensamientos. Era algo más claro, más evidente. Nuestra intuición acerca de lo que el interlocutor pensaba, no admitía dudas; su mensaje era claro, aun cuando no, el camino por donde llegaba. ¿Sería esto la recepción del conocimiento por la vía emocional? ¿Sería esta la metamorfosis del amor, si es que existió?

Durante mi adolescencia me llamó la atención, tanto en Tuxtla como en San Cristóbal, el enorme éxito que tenían los costeños con las mujeres, y siempre quise descifrar la causa de este inusitado triunfo, sin encontrarle justificación satisfactoria. Del mismo modo anoté en mis observaciones que esas relaciones no eran duraderas; de manera contraria a lo que sucedía cuando los hombres de las tierras altas conquistaban a alguna de las de la costa, en las que casi siempre vería una relación coronada de cierta permanencia. Me parece que la única explicación intuida hasta la fecha, pudiendo ser correcta o no, es la de que la precocidad de los tropicales, iba más o menos de la mano, con la femenina. Y el tardío maduramiento de los de la altiplanicie, nos hacía apetecibles en la edad madura, que es en la que aparentemente muestra-

mos con más claridad nuestra fuerza creativa, productiva, realizadora o reproductiva. Sin embargo todo puede ser cosa de las costumbres, del malinchismo, o de la fuerza genética de hibridación. Durante mi adolescencia, viví siempre el azote de la competencia por una mujer contra tierracalientanos y creo que siempre salí derrotado. Esta es la razón de que saliendo de la casa de Pash, se me haya ocurrido generalizar mis frustraciones, que con toda seguridad sólo a mí me corresponden.

El sol cenital había convertido el toldo del auto en un comal, cuyo calor ya no era capaz de contagiarme el alma, paulatinamente enfriada por los años. Recogí de prisa mis escasas pertenencias (¿es que tenía algunas?), en la casa de Pólux y sin despedirme de nadie, me lancé a la carretera con destino a San Cristóbal, buscando afanosamente el frío de las crestas para templar las mías. En el ascenso de la montaña había un Héctor conduciendo un auto en la carretera y otro navegando en la alturas: era un avión que volaba, recogiendo en sí mismo su tiempo, su pasado, sus días de luz, sus tempestades...

Mientras el conductor del auto aceleraba para acometer con prisa el trayecto hacia la alta sierra; el volador planeaba sobre pinares para confundirse con un trozo de luz o uno de niebla.

—Tu ingenuidad es todavía la de un niño, Héctor. Tuve que tender-te una trampa para desvincularte de mí y no hubo mayores problemas para que cayeras en ella. Era mi obligación enfrentarte con Ella, para liberarte de mí —mi prisionera continuó—. Cuando veas una estrella yo me iré de tu lado y sólo cuando escribas, vendré a buscarte.

Uno que otro pájaro azulejo se escondía precipitadamente entre encinos o madroños, indicando que pronto llegaríamos a Navencháuc, caserío que juega con la laguna acercándose a sus orillas en tiempo de estiaje y retirándose de ella en el de lluvia. Juego en el que ha quedado atrapado a veces más de un jacal, cuando llueve de tal modo, que los obliga a trepar en la falda de los cerros que se derrumban rebeldes, cuando montan sobre sus grupas cerreras, estas traviesas viviendas que huyen con sus pies talofitas hacia la laguna, a reconocer su derrota y pagar con el baño la partida perdida. Casa del rayo metafórico enterrado en su vientre ha muchos años, cuando Luzbel, ángel de luz, se precipitó hacia las entrañas de la tierra, procedente del galáctico cielo y donde

el Héctor que vuela, se reconcilia con el conductor, que desliza el auto sobre el platelminto asfáltico.

Por fin, frente a mí estaba el caserío de San Cristóbal, que eludí en mi camino para ir directamente a mi casa, situada en los alrededores de la ciudad colonial. Al llegar a la verja de mi domicilio, bajé del vehículo para abrir el portón y entre la yerba, llamó mi atención una plantita, sobre la que me incliné para observarla con detenimiento, cuando un empellón me lanzó de bruces sobre el pasto.

—Papi, ya no tienes fuerzas. Pero qué cara tienes. Parece que vinieras de un velorio.

«¿Velorio? —intento consultar con la voz de mi prisionera, pero nadie me responde—. ¿Dónde la he dejado? ¿Se habrá escapado?»

—En el automóvil están mis lentes. Pásamelos, por favor.

Con los lentes sobre la nariz, observo el cardosanto que crece en la entrada de mi casa. El cardosanto está floreando, cosa que nunca creí que sucediera. Sólo faltaría que Cástor y Pólux estuvieran alumbrando de día; pero no, la tarde sigue igual en el cielo; sin luceros. Pero el cardosanto, sí está floreando; de eso no hay duda.

—Papi, ¿no te golpeaste?

—No hijita. Pero, acércate; para que veas esta flor.

—Qué rara flor, papi. Parecen estrellitas de color amarillo —Héctor siente que algo se borra en su memoria y no alcanza más que a musitar:

—Igual que tus ojos, hijita.



## *Rectoría*

Ing. Roberto Domínguez Castellanos  
RECTOR

Dr. Rodolfo Calvo Fonseca  
SECRETARIO GENERAL

C.P. Miriam Matilde Solís Domínguez  
AUDITORA GENERAL

Lic. Adolfo Guerra Talayero  
ABOGADO GENERAL

Mtro. Pascual Ramos García  
DIRECTOR DE PLANEACIÓN

Mtro. Florentino Pérez Pérez  
SECRETARIO ACADÉMICO

Dra. Adelina Schlié Guzmán  
DIRECTORA DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO

Lic. Ricardo Cruz González  
DIRECTOR DE ADMINISTRACIÓN

L.R.P. Aurora Evangelina Serrano Roblero  
DIRECTORA DE SERVICIOS ESCOLARES

Mtra. Brenda María Villarreal Antelo  
DIRECTORA DE TECNOLOGÍAS DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIONES

Lic. Noé Fernando Gutiérrez González  
DIRECTOR DEL CENTRO UNIVERSITARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN

Lic. Roberto Ramos Maza  
DIRECTOR DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

## *Dependencias de Educación Superior*

Dr. Alain Basail Rodríguez  
DIRECTOR DEL CENTRO DE ESTUDIOS SUPERIORES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA (CESMECA)

L. G. Tlayuhua Rodríguez García  
DIRECTORA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE LA NUTRICIÓN Y ALIMENTOS

Dr. Ernesto Velázquez Velázquez  
DIRECTOR DEL INSTITUTO DE CIENCIAS BIOLÓGICAS

Mtro. Alberto Ballinas Solís  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ODONTOLÓGICAS Y SALUD PÚBLICA

Mtro. Martín de Jesús Ovalle Sosa  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

Dr. José Armando Velasco Herrera  
DIRECTOR DE LA FACULTAD DE INGENIERÍA

Antrop. Julio Alberto Pimentel Tort  
DIRECTOR ENCARGADO DE LA FACULTAD DE ARTES

Dra. Silvia Guadalupe Ramos Hernández  
DIRECTORA DEL CENTRO DE INVESTIGACIÓN EN GESTIÓN DE RIESGOS Y CAMBIO CLIMÁTICO

Mtro. Jesús Manuel Grajales Romero  
DIRECTOR DE LA ESCUELA DE CIENCIAS ADMINISTRATIVAS

Mtro. Rafael Araujo González  
DIRECTOR ENCARGADO DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES

Lic. Jorge Luis Taveras Ureña  
COORDINADOR DEL CENTRO DE LENGUAS

**Colección  
Boca del Cielo**



**UNICACH**

**Cardosanto**

Se terminó de imprimir en el mes de junio de 2014, con un tiraje de 500 ejemplares, en los Talleres de Ediciones de la Noche, Madero núm. 687, 44100, Guadalajara, Jalisco. Teléfono: 33-3825-1301. El diseño tipográfico estuvo a cargo de Salvador López Hernández. Cuidado de la edición: Oficina Editorial de la UNICACH, durante el rectorado del Ing. Roberto Domínguez Castellanos.



**E**n la novela *Cardosanto* el autor despliega una trama coral para abordar los dilemas que cercan la nostalgia, a través de ella, se vuelve al principio de los años sesenta, ya casi olvidados, donde se desarrolla la historia de un grupo de jóvenes bachilleres del ICACH tuxtleco. Hay una recreación de los acontecimientos pasados como interpretación de la educación sentimental.

Fausto Trujillo mantiene intacta la capacidad de llenar de frescura e inocencia la crónica del camino a la madurez, la novela es una apuesta a la sencillez y por la ausencia de artificios verbales y narrativos.

